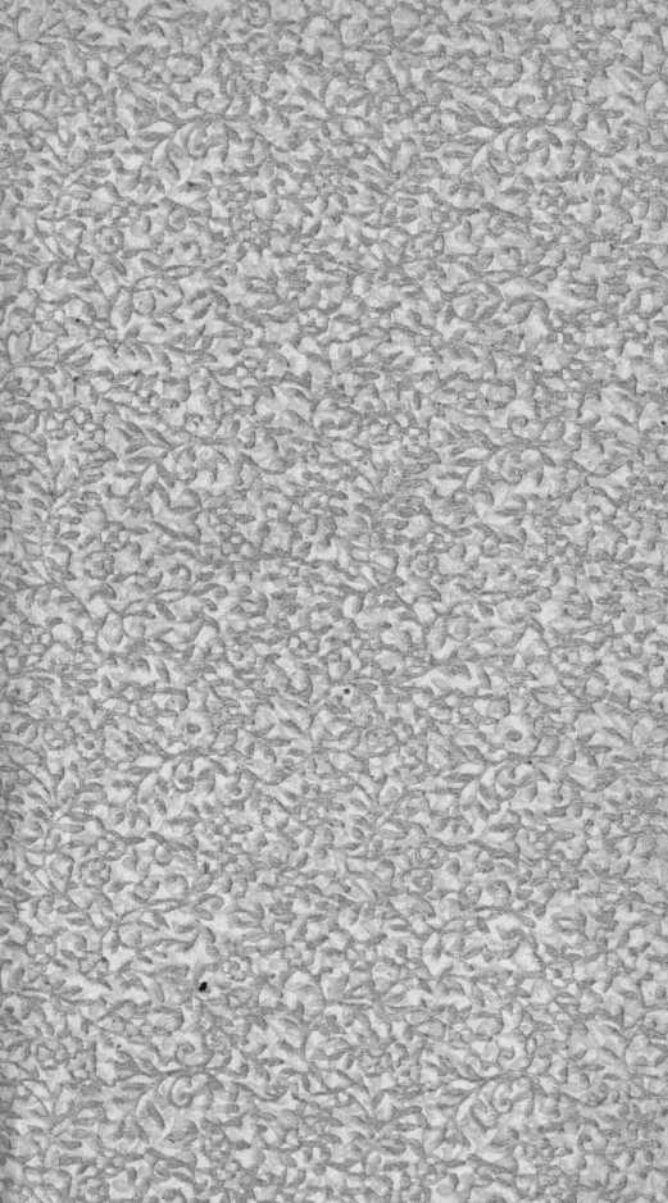


8.

ÑA  
AR  
ER  
Y  
SRO











**Luchar y vencer es ley de Cristo**

ES PROPIEDAD



**Biblioteca PATRIA de obras premiadas.—Tomo CXXVIII.**

---

# **Luchar y vencer es ley de Cristo**

**OBRA ORIGINAL**

**DE**

**ISIDRO BENITO LAPEÑA**

---

**LAUREADA CON EL PREMIO  
JUANA Y ROSA QUINTIANA**

---

**OFICINAS:  
FUENCARRAL, 125, 1.º, DERECHA**

**M A X I M O**

*Quien no ha recibido de la naturaleza un espíritu falso y un corazón perverso, los puede cambiar con la frecuente lectura de libros malos, tanto ó más perjudicial que la conversación y trato con hombres corrompidos.—BAILLET.*

*La buena novela, la novela que aspira á deleitar por medio de la belleza, no puede menos de contribuir indirectamente al triunfo de la verdad y del bien, por la íntima relación que existe entre lo bello, lo verdadero y lo bueno.*

MARCELO MACÍAS.

(Lemas de la «Biblioteca»)

NOTA.—La edición de obras en esta «Biblioteca» no implica recomendación de otros libros de los mismos autores que en ella colaboran; solamente supone la moralidad y ortodoxia de las que publicamos, que en todo tiempo están sometidas á la autoridad de la Iglesia.

*La Dirección.*

# Obra laureada

Esta obra ha obtenido el premio

**Juana y Rosa Quintiana**

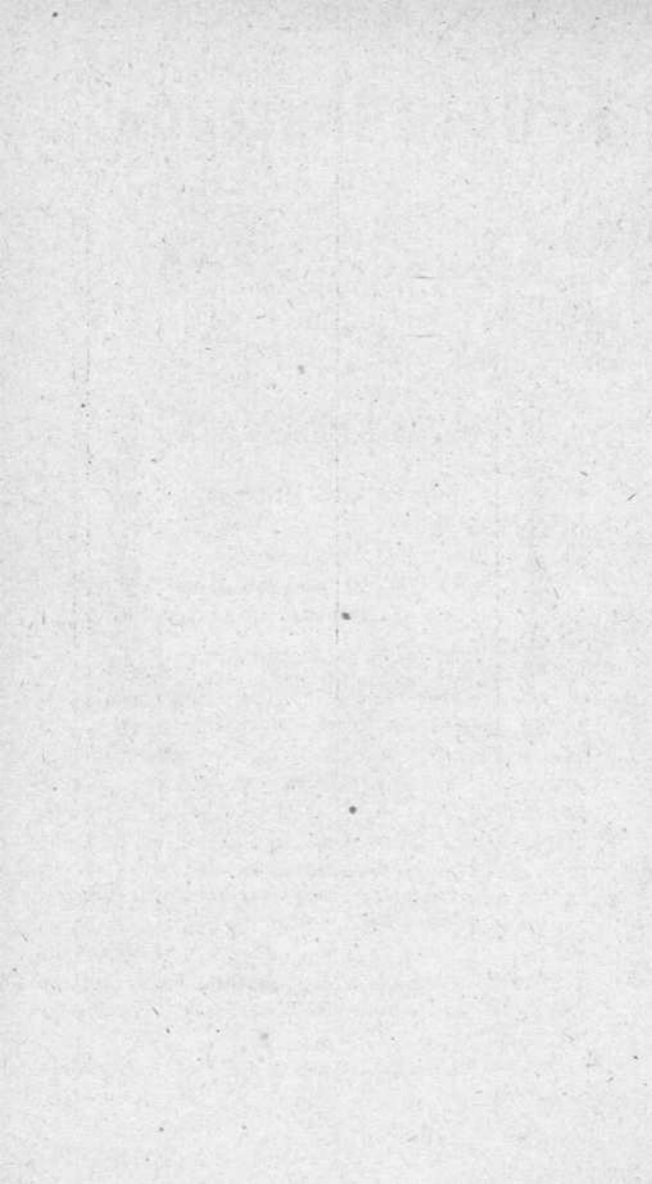
instituído en memoria y honra de sus finados, para el fomento de las Buenas Lecturas, por estas nobilísimas bienhechoras de la moralidad, el casticismo y el arte en las obras literarias.

*... y lo recordarán, elogián y bendecirán, los entendimientos que su lectura ilumine, los corazones que mueva, las almas que fortifique y alimente.*

**ANTOLÍN LÓPEZ PELÁEZ.**

ARZOBISPO DE TARRAGONA.

(Cruzada de la Buena Prensa. Pág. 131).



## AL LECTOR

---

No tengo la dicha de pertenecer á la honorable parroquia de las Letras.

Ninguno de esta parroquia me conoce y, por lo tanto, no cuento con padrino que me presente á tí.

Habré de hacer yo mismo mi presentación, y tú—caro lector—tendrás que resignarte dos veces, ó cerrar el libro; porque, por ende, no pienso hacerla en cuatro palabras—como vulgarmente se dice, aunque se empleen cuatro mil—sino que voy á propinarte ocho cuartillas, á guisa de presentación, por aquello de que *las bromas ó pesadas ó no darlas*.

Cuéntase de Carlos V, que se dolía de que, no bien se hizo viejo, cesó de acompañarle la *victoria*, y á su sabio predicador, Antonio de Guevara, se le atribuye también esta sentencia: *Sólo aquel se puede llamar viejo que pone fin á los males viejos*.

¿Pues qué razón va á dar de sus anhelos—

si oye á Carlos V—quien lleva peregrinando por el mundo, la friolera de setenta y cinco inviernos, y cómo se escusará por viejo quien—desoyendo á Guevara—no pone fin á *su mal viejo* de escribir, desahogadamente, salga lo que saliere y murmure quien murmure?

He aquí la cuestión, como diría Hamlet.

\*  
\* \*

Los inviernos de Avila, con el recogimiento de las frondas y las heladas de los cierzos, desnudan de hojas á los árboles y dejan al descubierto sus ramas peladas y esqueléticas...

Así obra con el anciano el invierno implacable de la vida: le apaga el fulgor de las ideas; le seca los brazos descarnados; le arruga la frente emperezada, y lo mismo á brazos que á ideas y que á frente, los hace que se abatan desolados, en señal de cansancio y desaliento.

¿Por qué el apresurado andar del tiempo ha de destruir, uno á uno, todos los poderes del sentido y todos los vigores de la mente, y no se atreve á tocar al corazón que, en vez de envejecer y de cansarse, conserva intrépido la inmarcesible juventud del sentimiento?..

¿Quién lo sabe?... ¿Sabemos por qué la piedra albestón, que hay en la Arcadia, se enciende puesta al fuego y nunca se consume?

¿No había entre los Gramantes una fuente cuyas aguas no podían beberse por el día, á causa de su excesiva frialdad, ni tocarse durante la noche por quemantes?

Hay igualmente en Sicilia cierta sal que, en vez de deshacerse, salta si se la hecha al agua, como salta la sal de por acá al arrojarla al fuego.

¿Sabemos por qué—escribe San Agustín—el imán puesto al lado del diamante no atrae al hierro y hasta lo suelta, si ya lo hubiera atraído, y por qué á su vez el diamante, cuya dureza es inquebrable, se quebranta como cera si se moja en la sangre de un macho cabrío?

La carne del pavón—afirma el mismo santo—nunca se corrompe ni se pudre, cual sucede á la carne de los restantes animales; y yo también he comprobado que los pececillos del Adaja—desde el nacimiento de este río hasta la patria de la Bendita Santa—se conservan, después de muertos, años y más años incorruptos (como el cuerpo de la inmortal Teresa) en tanto que los desde Avila para abajo, se pudren ó corrompen como la demás pesca.

Pues si tamañas maravillas é infinitas más que pudieran servir de ejemplos son para el entendimiento humano estupendos portentos, de los cuales ni santos ni sabios dan razón ¿cómo yo—¡pobre de mí!—voy á saber el por qué mi animoso corazón, repudiando con juveniles bríos el influjo de la prudencia y el consejo, trae á mi memoria aquella expresión adulatora—oída no sé dónde—de que la *mayoría de los éxitos depende de una firme voluntad?*

Atiende solamente—refunfuñaba el corazón con la insistencia que las linfas susurran al discurrir sobre guijarros—que los juicios de

Dios son asombrosos y siempre un secreto no entendido de la ruín flaqueza humana.

Que donde menos se piensa se cumplen sus efectos prodigiosos, pues para su Providencia—que todo lo ha previsto—no hay cambios de lugar, ni consumación de tiempo, ni distinción de edades, condiciones ó personas.

¡Grande es tu fe, entusiasta corazón, y por más que la lumbre y la luz de mi cerebro sean tan escasas que al fulgor de una bujía se parecen, tú suplirás lo que á él le falta y voy á complacerte, corazón!

Mas ya que cual huracán impetuoso me arrastras á salir de mis casillas, déjame cobijarte bajo la égida de la Santa, mi patrona, y recomendar la ruda expresión de tus afectos á la piadosa indulgencia del lector.

\*  
\* \*

Tengo para mí que cuatro cosas convienen á todo trabajo literario para ser algo comprendido, y para poder circular—siquiera sea cojeando—por el campo anchuroso de las letras, á saber:

**Móvil del autor.—A quien se dirige.**

**Materia á frafar.—Y fin que el libro se propone.**

\*  
\* \*

*Si el principio de toda mala tentación—según afirma el Kempis—es la inconstancia del ánimo y la poca confianza en Dios—yo casi voy cre-*



yendo que el móvil de mi tentación ha de ser bueno; pues por mi parte no solamente lo espero todo de Dios, Nuestro Señor, sino que con firme y resuelto espíritu, mando al corazón que, enfrenando el fragor de sus impulsos, diga sincero lo que siente y tal como lo sienta; y al ánimo le encargo que obligue á la inquieta voluntad á moverse, única y exclusivamente, en servicio de la verdad y la razón: este es, pues, el móvil.



¿Que á quién me dirijo? A tí; al otro; á mí mismo; á multitud de conciencias que presumen de inflexibles y son más elásticas que la liga y que la goma.

¡Cuántos no hay con careta, que hasta cometen la injusticia insigne de avergonzarse de ser buenos!

Yo bien sé que carezco de autoridad para exhortar á nadie en particular; por eso mismo al emborronar estas cuartillas—quizás las postreras de mi vida—dejaré á la loca de la casa—como llama á la imaginación Santa Teresa—que se cierna y revolotee sobre todos, que viene á ser igual que si se cerniera y revoloteara sobre ninguno...

¡Locuras nada más de esa demente rematada é incurable; pues nada hay tan lejos de mi propósito como la petulante y cándida pretensión de que mis flacos razonamientos traspasen el conocimiento de las contadas personas de mi particular afecto; pero, en todo caso, cuenta será de quien los lea—y de nadie más—

apreciar cuándo y en dónde él debe ó no aplicarse el cuento!

\*  
\* \*

¿Que cual va á ser la materia del trabajo, y cuál el fin que se propone?

Hay en este mundo, de mentiras lleno, no más que una infelicidad real y positiva y no más que una alegría duradera y cierta.

Todos los seres racionales estamos capacitados para conocerlas y experimentarlas, porque cada una de las dos tiene su peculiar y respectivo origen: el pecado y la virtud, ambos persistentes y voluntarios.

La materia, por tanto, es muy sencilla; se reducirá á poner en escrito—una vez más—lo que todos llevamos grabado en el alma, y lo que, á diario, nos repiten de palabra los que nos quieren bien.

El fin de mi propósito aún es más modesto.

Allegar—correspondiendo á la demanda que el Vicario de Dios nos hace á todos—un gramo de arena á la gran tarea, emprendida por plumas é inteligencias prestigiosas, de contradecir esas cavilaciones y engaños modernistas, que levantan en los corazones tumultos de impiedad; que embotan los entendimientos, y que ponen rocosas indiferencias en las conciencias.

\*  
\* \*

Anegado, pues, en hondas dificultades para tratar asunto tan complejo como el pretendido

por mi osado corazón, voló mi entendimiento en torno de los libros de Teresa de Jesús —maestra de moral y gran enseñadora de las vías del corazón—y en sus pensamientos se fundió, de igual manera que la fascinada mariposa vuela en torno de la luz y en su fulgor se quema.

Ideales son los libros de Teresa, que encierran el summum de la piedad y del amor, como la resina que transpira el terebinto encierra la superior esencia del buen perfume y del buen sabor.

En esos libros ideales—que el cristiano debiera tener siempre en la mano por el día y bajo la almohada por la noche—bebí la inspiración.

Y á la manera que las blancas azucenas, al abrir su albo broche, llenan de fragancia el ambiente, esos libros me proveyeron de valiosos lemas para cada uno de los capítulos del mío.

Quiera Dios que, al ordenar y expresar mi tosco juicio lo que en esos bellos libros aprendió, se produzca en tí—caro lector—la grata y honda impresión que se produjo en mí.

Por lo demás, la lealtad de mi sentir y la sinceridad de mi decir, son las únicas prendas que abonan, á mis propios ojos, este modestísimo trabajo.

Y basta de presentación ó de proemio, que ya van, con creces, las ocho cuartillas que te anuncié lealmente al comenzar.

Cumplido este primer deber, ó sea: hecha esta necesaria profesión de fe, para que nadie después se llame á engaño, voy á entrar en

materia, valiéndome de lenguaje corriente y familiar, y sin embarcarme en umbrosas lucubraciones filosóficas, en las cuales naufragaría mi ignorancia.

Si hubiera algo de bueno en mi trabajo, de Teresa de Jesús será, no mío; la tosquedad en sentirlo y la rudeza y desaliño en expresarlo, perdónalos, lector; porque eso será lo único que habrá de mi cosecha.

## LUGAR Y VENCER ES LEY DE CRISTO

---

### Invocación

Dichoso sería mi trabajo si acertara á decir algo, que sólo una vez se alabe de ello al Señor, que con esto, ya me daría yo por bien pagada.

(*Santa Teresa.*— Su vida. 48.)

**A** la manera que el águila caudal—vacilante al comenzar su vuelo—se yergue de improviso y sube hasta las nubes, así mi avaricioso corazón (tras muchos temores y recelos) pretende encumbrarse á las alturas y contemplar desde ellas el lóbrego horizonte de la desdicha humana.

Animado de esa fe sólida á la que no inmuta el punzón de la ironía, ni el respeto humano asusta, se dispone á esgrimir, gallardamente, esas agresividades subyugantes y esas loables intransigencias, que, no por muy sabidas y rutinarias dejan de ser el santo orgullo de todo cristiano convencido.

Y con iguales terquedad y confianza con que zumban por el campo los enjambres, en

busca de olorosos romerales, él se obstina en pedir á la rudeza de mi flaco ingenio, rayos de locución con que asolar á las pasiones astuciosas, único principio causativo de la verdadera infelicidad del hombre.

¿No veis al cohete prodigioso que se remonta ciego y, luego en el espacio, se resuelve en luces?

Pues eso mismo pretende mi temerario corazón...

Sudando reflejos de esperanza quiere escalar las gradas del empíreo, en demanda de inspiración y aliento con que glosar el combate que mantienen la materia y el espíritu, durante su breve paso por este valle de ensueños y emociones que se llama vida.

\*  
\* \*

Dice un adagio popular *que querer es poder*, y también suele decirse comunmente que la voz del pueblo es voz de Dios...

¿Por qué, pues mi corazón—poseído como está de inquebrantable fe, y penetrado por la lumbre del Sagrario—no ha de entregarse confiado, en brazos de esos dos gratos decires...?

Yo bien sé que para *poder*, además de *querer* es indispensable *orar*, pues el hombre por sí solo, alcanza poco, que la humana facultad se embrolla y equivoca casi siempre.

Dios—que todo lo puede—da con más frecuencia la victoria á quien se la pide á El, que á quien pone la confianza en las fuerzas propias.

El cielo jamás oculta la *verdad* á quien ansía de corazón hallarla, y con firmeza y lealtad la llama.

¿Quién no sabe—por experiencia propia—que no basta *querer* para que fulgure la imaginación opaca, ni para que el ingenio ruín se torne agudo?

Tan vano como fiar al fuego la custodia de leña seca, y al viento la conservación de las cenizas, es pedir á la flaqueza humana que la voluntad, por sí sola, dé siempre serenidad al raciocinio, y actividad á la memoria.

En cambio—como afirma Santa Teresa de Jesús (1)—*cuando el Señor quiere darnos á entender alguna verdad de nuestra fe, su Majestad lo hace sin trabajo nuestro.*

Es preciso, pues—según la Santa repite—que la voluntad de la criatura se mueva ardentemente por el mayor celo en el servicio del Creador, pues haciéndolo así Cristo Redentor se apresura á darle—con su divina gracia—el conocimiento y posesión del reino de la verdad.

\*  
\*\*

Según el Apóstol de las gentes, *así como por la desobediencia de uno solo fueron constituidos muchos en pecado, del mismo modo por la obediencia de otro seran muchos constituidos en justicia.*

Al desobedecer nuestro padre Adán á Dios, olvidó, totalmente, lo mucho que sabía.

---

(1) Conceptos de Amor.

Quiso conocer—contrariando el mandato divino—la ciencia del bien y del mal y fue castigado en lo mismo que delinquiró, no solo olvidando su sabencia, sino enemistando entre sí las potencias de su alma y los afectos de su sentido, al enemistarse con el Hacedor.

Lo que aprendemos, desde entonces, sus infelices descendientes, lo sacamos de la razón y de la experiencia; pero, ¡ay! con facultades limitadas, y además en guerra, las cuales ya no pueden pacificarse, ni traspasar sus límites, sin la ayuda otra vez de Dios.

Mas si en el árbol de la concupiscencia y del orgullo se produjo el pecado original, que nos trajo las miserias de la lucha y de la muerte, más tarde, en la cruz sacrosanta de la humildad y el sacrificio, nació la redención, que nos provee de las armas con las cuales, se obtienen la pacificación, la libertad, la victoria y la vida.

Para cantar, pues, la eficacia y poder de esas benditas armas, yo, como el ciego testarudo de la ciudad de Jericó, necesito clamar gozoso y confundido (1). *¡Hijo de David, apia-daos de mi! ¡Haced que vea!...*

\*  
\* \*

¡Oh, Dios Omnipotente y sabio, principio y fin de todo lo creado y que, estando siempre quieto, todas las cosas mueves y á todos los seres vivificas y gobiernas!...

¡Oh, tú, que, con la inalterable estabilidad

---

(1) San Lucas—cap. V y VIII.



de tu Soberana Providencia, haces las cosas inciertas y movedizas, á la vez que, con inflexibles riendas, las constringes y guías como bien te place...

¡Dios misericordioso, que nos haces sentir los efectos invisibles de los dones que visiblemente disfrutamos, vuelve hacia mí la luz maravillosa de tus ojos, con la cual se iluminan los espacios y se sondan los abismos!...

(1) *¡No alejes de mí tu paternal socorro!... ¡Recuerda que á ti clamaron nuestros padres y fueron puestos en salvo!...*

¡Con un solo destello de tu gracia, tú puedes inflamar mi corazón para que sienta, y modular mi voz para que cante!...

¡Ah, si tú—compadecido de mi poquedad y mi rudeza—derramaras sobre mi tosca mente la semilla de tu inspiración celeste, yo me sentiría transportado á una lozana juventud, y presto mis ansias lograrían su atrevido intento, como se cubre de verdor la tierra seca á beneficio de la lluvia, y se transforma el tronco estéril en frutal fecundo por gracia del injerto.

\*  
\* \*

La Sabiduría Omnipotente y Creadora dispuso en sus eternos é inescrutables juicios, que por la senda azarosa de la existencia humana llegara la criatura al Creador.

Y para enseñarla á ir por esa senda quiso—Justiciera y Bondadosa—que su propio Verbo

---

(1) Salmos 25 y 73.

encarnara en las purísimas entrañas de una mujer nacida entre nosotros y, por lo tanto, hermana nuestra.

Quiso que el Divino Humano—Rey de todos los pueblos, de todos los tiempos y de todos los corazones—adiestrara á todos, y á cada uno de los hombres, en esa virtud eficaz y alumbradora que dimana de Dios; con la cual se busca á Dios; y por la cual se termina en Dios.

Pues bien, Jesús mío, pródigo dador de todos los auxilios ¡oye mi oración! ¡llegue á tí mi clamor!

Ayúdame tú,—¡Soberano Señor de Cielos y de tierra!—y pues ni la paja se levanta del suelo, ni del árbol cae la hoja, sin que tu Providencia lo permita y las marque el camino que deberán seguir; ilumíname, guíame, sé mi norte en la difícil y ardua tarea que voy á comenzar...

Yo pongo en Tí mis esperanzas todas: yo, transpirando piedad y confianza, imploro de tu gran misericordia un destello, no más, de esa virtud fascinadora que es alma del saber y manantial de vida.

¡Haz, Señor, que la divina gracia me preste la claridad de sus amantes ojos para que mi rudo entendimiento vea esas verdades inmovibles y tremendas, que desafían á los siglos y que nunca cambian, como no cambian los mares ni los cielos!...

Que ella traiga á la memoria rezagada, y grave en el espíritu indolente, ese himno viejo y siempre nuevo, que no consigue acallar el tonante rugir del cataclismo, ni logra que se

hunda en el olvido, el rodar continuado de los tiempos.

Y que imprima vigor á mis acentos toscos —pero ingénuos como amanecer de primavera— para que acierten á cantar esas endechas inmortales, casi desdeñadas, que jamás nos cansan, que nunca nos sorprenden, y que, por cima de todos los ruidos y tumultos, sonaron hasta aquí, y sonarán eternamente, en los perezosos oídos de los hombres...

## EL DESTIERRO

¡Qué duros estos destierros!  
 ¡Esta cárcel y estos hierros  
 En que el alma está metida!...

*(Santa Teresa).*

**C**ON la fiereza con que luchan en la tierra la luz y las tinieblas, y el calor y el frío, pelean en el sér humano el noble espíritu de estirpe celestial y eterna y la plebeya carne, frágil vasija de deleznable arcilla.

Todo es un enigma en este valle de lágrimas, rusiente y dilatado, donde asfixian las impuras realidades; los grilletes del límite avasallan; y la majestad del dolor se impone!...

¡Donde la vida es amarga á la entrada y agria á la salida, y agria y amarga mientras dura, por el miedo que se tiene de perderla.

¡Vida llena de pesadumbres y trabajos, en la que, tras breves horas de paz y gozo, vienen largos días de guerra y duelo, en los que no se ve la muerte y sí se teme, la cual—siempre inoportuna y mal intencionada—llega co-

mo chiticallando y desata á los que no la esperan y parece que se olvida de quien por ella muere!...

¡Vida, en fin, de contradicciones y misterio, que, cuanto más el hombre la vive y la padece, más ama la esclavitud de su coyunda!

La naturaleza misma, que mientras vivimos nos rodea, es, para nosotros, el inhóspito misterio más abismal é indescifrable!...

Toda ella se compone de latebrosos y múltiples portentos, que espantan y confunden á la razón—plañidera y meticona como las ráfagas del aire—la cual se afana á su vez y se consume por husmearlo y estudiarlo todo, pero que, ante sécretos tan impenetrables, tiene al fin que rendirse anonadada...

Así como escuchamos atobidos el metódico susurro del arroyo, sin poder ver las aguas, que ocultas entre juncias y espadañas, le producen, así admiramos, encantados, las perfecciones de cuanto nos rodea y acontece, sin que acierte á conocer el premioso entendimiento las causas potenciales de tan excelsas maravillas.

\*  
\* \*

El Soberano Autor y Conservador de cuanto existe, decretó—para sus altos fines—que el alma humana viviera por breve tiempo alejada de su venturosa y verdadera patria.

Si la razón—que es el privilegio más solemne que caracteriza al hombre—nos confirma que todo sér bueno, inteligente y libre, obra (según su naturaleza) para lograr el fin que se

propone, Dios Omnipotente—que es libre por excelencia, y Sumas Bondad y Sabiduría—¿qué pudo proponerse en su decreto inexcrutable, sino lo más útil y provechoso para la criatura racional que El—por excepción insuperable—hizo á imagen y semejanza suya?...

\* \* \*

Al disponer, pues, que el alma humana baje á morar, temporalmente, en una patria inferior á la que la Infinita Generosidad la tiene destinada, es, ciertamente, con el fin de aumentar más nuestro bien, y de otorgarnos mayor gloria.

Por eso, al someterla al periodo de la prueba, la dió vigores suficientes para soportarla: lumbre muy sobrada para vencerla con sus propios méritos, y, por último—á fin de que nunca desmayara—la iluminó con la luz esplendente de la fe, con la cual se vislumbran, á través de las neblinas del mañana, la segura y recta justicia del Señor, y una deleitosa primavera de eternal belleza.

Pues qué la Justicia Soberana, que hasta á los insectos y aún á las moléculas del sér más embrionario otorga, generosa, cuanto es debido á su naturaleza y propiedades, ¿habría de dejar indefensa á su criatura predilecta?...

¡Suposición tan injusta y tan perversa es indigna del hombre de razón!

Por doquier tendamos la mirada observaremos que en ninguna cosa Dios puso ponzoña, en la que no pusiera, á la vez, el natural y eficaz remedio.

Lo puso en el perro rabioso, con cuya sangre y pelos se cura el mal que su rabia ocasiona.

Y en el alacrán, la vívora y el escarabajo, pues con ellos se fabrican vacuna, triaca y cantáridas que sirven de remedio á los daños que producen.

Si el peligro de las tentaciones es la ponzoña que, durante el periodo de la prueba, puede dañar al hombre caído, en el mismo hombre se encuentra la triaca que contrarresta tal peligro.

El mismo Criador lo afirma por boca del Rey Profeta: *entendimiento te daré y te mostraré la carrera en que entrarás...* Y en otro lugar dice igualmente: *señalada es en él la luz de tu faz sobre mí.*

\*  
\* \*

No cabe, pues, dudarlo, porque de igual manera que la lumbre está de suyo en el sol, y no prestada de ningún otro planeta, porque á él se la dió Dios cuando le hizo, así está en el hombre su razón—que es la medicina del peligro—y no en ninguna otra criatura.

*Las virtudes y las malicias—dice Aristóteles—en nuestro poder están. Ninguno es hecho bueno ó malo contra su voluntad.*

¿Qué importa, pues, que mientras tanto el alma gima en la cárcel temporal de la materia y que ésta la solicite con los apremios crepitantes del deseo y que la caldee obstinadamente en la fragua voraz de los sentidos, si sabe, si está cierta, de que—si quiere—todo eso es breve y

pasajero, y hasta puede convertirlo en mieles para el día magno de la eternidad?...

¡Que la oprimen ahora múltiples querereres; y tenaces aversiones...! ¡Que confuso hacinaamiento de ideas encontradas le enloquecen!... ¡Que unas veces queriendo y otras sin querer —y muchas sin conocerlo— tiene que someterse, á viva fuerza, á las cosas inestables del siglo, y que sufrir trabajos sin cuento y pertinaces inquietudes!...

Pues en eso, cabalmente, estriba el periodo de la prueba...

\*  
\* \*

¿Pero hay algo tan racional y tan lógico como el que sea la aflicción compañera inseparable del destierro?

En las sombrías noches invernales no es natural que dulcifiquen nuestro insomnio los trinos de las alegres avecillas, sino más bien que lo aterre el rumor macabro que esparcen los murciélagos, al azotar las vidrieras de la alcoba con sus gétidas y carnosas alas...

La luna, en el destierro, no tiene esa dulce y plateada claridad con que unge el sueño de los floridos campos, sino que luce siempre en rojecida entre tinieblas, como cirio que se consume en el catafalco de un difunto...

Cuando se hunde el castillo solariego, ya no posan la planta en sus ruínas deshechas y olvidadas, más que la soledad, el desengaño y la tristeza...

Mientras el río bullicioso pasea sus aguas por nativo cauce es de todos amado y bende-



cido por jugueteón y fecundante; pero no bien se separa de ese cauce, ó se rezuma en su arenoso lecho—como ya no deja á lo largo de sus márgenes más que turbios y raquíuticos remansos—lo mira con desdén el caminante, y lo recuerdan enojados lo mismo el pastor que el hortelano.

¡Esto es el destierro!... ¡Noche de invierno; luna enrojecida; río sin agua y castillo en ruínas!...



Por la prevaricación del primer hombre, los infelices descendientes, que le hemos sucedido, venimos condenados á tremenda y tenaz lucha con las miserias é infortunios en que le hundió justamente su funesta desobediencia.

Las penas y dolores, que causó aquella transcendental caída, nos son pues connaturales: ellos nos mecen en la cuna y nos abren las puertas de la vida; ellos, en fin, nos acompañan á todos los sitios y en todas las edades, hasta dejarnos en los umbrales tenebrosos de la muerte.

¿Pero qué estímulos para el bien y qué méritos para la gloria tendrían la conciencia y la razón, si los dolores y las penas se hubieran excluído de la vida humana?...

¡Nunca se atavía el cielo con las galas de un manto tan pomposo y azulado como después de pasada la tormental!...

Si la mansión donde se ve cara á cara á nuestro Dios ha de ser el lugar de mi descanso, ¡bien haya este destierro, con sus espinas

y sus guijos, porque esa esperanza torna en muelle y suave alfombra el áspero camino de la prueba!...

Pues qué: si las pocas horas que dura la vida terrenal no fueran salpicadas por el dolor y la tribulación ¿sabría apreciar el hombre la alteza de su egregia estirpe, ni fiarse y soñar en el mañana?...

¿Cómo—si no fuera por ellos—habría de volver la vista á lo profundo del pensar y del sentir, para enfrenar los tumultos que, á diario, se levantan en el voluble y codicioso corazón?...

\*  
\* \*

Son los dolores y las penas, para la inquieta y ofuscada mente, como una mano hábil é industriosa que desenreda, fácilmente, la complicadísima maraña de los malos pensamientos.

Un freno regulador; una mordaza que pone silencio y coto á esos ímpetus locos y deseos insaciables que llenan de tules á la razón; de nubes á la inteligencia; de cobardía al ánimo y de laxitud á la voluntad.

Ellos enseñan á descubrir y remediar las heridas letales que producen el vértigo audaz de los sentidos y la malicia asqueante del pecado.

Ellos nos dicen—con relatos prácticos, en los que impera y flamea la verdad—que con igual puntualidad que al sol poniente sigue el fiel lucero de la tarde, á la culpa cometida sigue el castigo merecido.

Y le sigue, á menudo, tan veloz é inmedia-

tamente, que no da respiro al mísero culpable para que pueda saborear, ni las primicias siquiera del fruto del pecado.

En las noches más atribuladas y oscuras del espíritu; cuando el cerebro se puebla de fantasmas espantables, y recuerdos pavorosos nos salen al camino—como negras sombras— las penas y contradicciones son las que obligan al perezoso entendimiento á que sacuda la bastarda indolencia de sus ojos, y vea con claridad el fin para que fuimos hechos.

\*  
\* \*

Desgraciado quien no convierte las naturales y precisas desventuras de la prueba en mágica y serena proa, que enfile cuerdamente lo ultraterreno, por cima y á despecho del hosco oleaje de angustias y desvelos con que, á diario, nos distrae la corta vida del tiempo.

¡Es nuestra vida temporal tan agitada y misteriosa como incierta y breve!...

Todos la cruzamos descuidados, cual si estuviera sólidamente asegurada de entorpecimientos, y como si no tuviera fin...

Ora libando la corola de las flores como las frívolas mariposas, sin pensar que su néctar embriagante es estival veneno que abrasará presto á la una y á las otras, ora cual abejas activas é industriosas fabricando rica miel para solaz ajeno, y virgen cera para lucir y derretirse en nuestros propios funerales.

Unos y otros, placeres y trabajos pasajeros, nos llevan velozmente á la espantosa eternidad, como es llevada una saeta disparada, la cual, después de atravesar, en raudo vuelo,

espesos robledales, se sepulta en el seno abismal de la llanura, para no aparecer más.

\*  
\* \*

Cuanto nace en este mundo en este mundo perece; y no bien ha nacido se precipita, en curso vertiginoso, á su propia é inevitable destrucción.

Las olas—rizadas por el viento—se empujan las unas á las otras, afanosas de perderse juntas en su sepulcro natural, el mar...

En el hombre los cuidados tozudos de grandezas y los anhelos incansables del deseo, se suceden tan inmediatamente los unos á los otros, que ni hombres, ni cuidados, ni deseos se dan cuenta de que trabajan desafortados para hundirse más rápidamente, todos ellos, en la nada, en lo desconocido y pavoroso.

¡Vida de perenne incertidumbre!... ¡Vida pendiente de un hilo más delgado y frágil que el cabello de una trenza, que al menor tirón se quiebra!...

Así como basta un vientecillo sutil,—que apenas mueve las hojas del manzano—para helar á la flor madrugadora del almendro, así es suficiente, muchas veces, un estremecimiento casi imperceptible de la serrana brisa, para apagar, de un solo soplo, la llama flameante de la vida.

¡La muerte es inexorable: jamás falta á la secreta cita que—por decreto irrevocable—la da la divina Providencia, para que visite al mortal indolente, siempre amenazado y siempre desprevenido y descuidado!...

\*  
\* \*

¡Solamente la muerte es la que pone fin á este llameante y trágico destierro!...

¡Ah, si pensáramos en la muerte con la asiduidad con que ella se cierne amenazadora sobre nuestras frentes orgullosas, á la manera que las aves de rapiña revolotean graznando sobre las altas torres!...

¡Cuán prontamente ese severo pensamiento nos convencería de que el destierro es sólo llameante y trágico para las almas insensatas, que no quieren considerar lo que ahora son y lo que pueden y esperan ser mañana!...

Como cede al vaivén de las olas el flujo y reflujo de la marea, así cedería el flujo y reflujo de nuestra inquieta voluntad si inspiráramos la vida en esta sabia sentencia de la mística Teresa: *no temo mal que se acaba ni quiero bien que no dura.*

\*  
\* \*

Dice San Juan Crisóstomo que nunca hay destierro para los buenos, porque donde quiera que se hallen, siempre tienen consigo á Dios.

Y los buenos son esas almas idóneas que, lejos de dejarse llevar por la materia, son ellas las que la llevan á remolque hasta conseguir que la arcilla grosera de que ella se compone se torne en búcaro pulido de balsámicas fragancias...

Son esas almas piadosas que, diluyéndose en plegaria constante y fervorosa, obtienen del cielo—antes airado y silencioso—que desarruque el ceño y cese en la mudez y conteste, benigno, á sus amantes súplicas.

Siempre la devoción cristiana que—en forma de humildes espirales de mirra, de áloe, de incienso y de ardiente fe—se eleva pidiendo auxilio al Creador, recibe, en recompensa, el vigor, la resignación y la paciencia á merced de los cuales el destierro se convierte en plácida antesala de la Gloria.

Nadie niega que el destierro es campo de prueba, lo mismo para los buenos que para los malos, y que los males que en el destierro se padecen parecen semejantes lo mismo para los fieles que para los infieles.

Pero ¡ay!... ¡Cuán diferentes son la infelicidad y los tormentos que tamaños males producen!...

En el hombre cristianamente vigoroso, paciente y resignado—merced á la recompensa que obtuvo del Señor—esos males producen la dicha y la virtud; en tanto que al hombre entregado á sí mismo le ocasionan la zozobra, la infelicidad, el vicio, en fin.

¿No veis cómo el mismo trillo que limpia el trigo, desmenuza la paja, y la misma brasa que hace brillar al oro, sólo consigue que la paja humee?

Pues así son los males temporales del común destierro.

Al probar al hombre fiel lo purifican y ennoblecen, mientras que al infiel le rebajan, le destruyen y condenan...

Y eso es lo natural que á los sentidos salta: cuando se agita el bálsamo produce buen olor; y, en cambio el cieno, cuanto más se revuelve peor huele...

## II

### LA INFELICIDAD

Dijome la eterna Verdad: *todo el mal que viene al mundo es de no conocer las verdades de la Escritura, con clara verdad.*

*(Santa Teresa—Su vida, 40).*

**P**REGUNTANDO un adolescente á Sócrates, por la vida que emprendería para ser feliz, le contestó el filósofo griego: *Comienza la que te plazca, en la seguridad de que luego te desplazará.*

No voy, pues, á tratar—¡líbrame el cielo!—de esa infelicidad acomodable al sentir especial de cada hombre, en la cual presta el falseamiento á las cosas y á los hechos, el color del cristal con que se miran.

Ni de esa otra infelicidad fantasmagórica, que las almas visionarias atribuyen al hado ó la mala suerte, olvidando que nadie puede dar lo que no tiene.

La margarita y el crisantemo—que son flores sin olor—no pueden brindarnos con aromas, como el jazmín y el nardo.

¿Ofrece, por acaso, al caminante, la escuálida y desnuda caña la sombra, amparadora, que la ramosa y espléndida palmera?

El hado y la suerte no dan virtudes—que son fuente de verdadera dicha—porque ellos no las tienen: más bien suelen desatar los principios virtuosos y dar vida y prosperidad á los extremos punibles y viciosos.

El poder del hado y la fortuna alcanza, únicamente, á los bienes inciertos y movedizos, y, en todo caso, darán venturas ó desventuras pasajeras lo mismo que son ellos.

No: no voy á tratar de esas infelicidades quiméricas, y menos aún de la más vulgar y apocadora de todas ellas, que se adueña de los corazones mal criados y voluntariosos, que quieren rechazar—cual si bastara querer para lograrlo—las flaquezas y miserias connaturales al linaje humano.

¿Atiende, acaso, alguien al nido del mezuquino pajarillo cuando el huracán descuaja la arboleda?...

Voy á ocuparme, solamente, de la única infelicidad que hay verdadera, y la cual toma su origen de la transgresión voluntaria de la ley divina.

\*  
\* \*

¿No advertís, con evidencia plena, cómo rebrilla el mar y cómo titilan los luceros?...

Pues con mayor certidumbre el alma—aún la menos esperta—conoce cuándo obra el bien y cuándo practica el mal: y lo que es la virtud y lo que es el vicio.



Al insensato que, no queriendo ver, cierra á drede los ojos de la materia y del espíritu, ya se encargan los bramidos del mar y el tronar de la tormenta—proclamadores de un Dios Omnipotente—de barrenarle los oídos de la conciencia, denunciadora de la sanción ó del enojo de ese Dios.

La nave descuidada ó presumida, que, fiándose en las débiles tablas de su quilla, se lanza á los mares de la prueba, desprovista de timón y timonero, después de luchar desesperada con las bravas olas, termina por estrellarse, irremisiblemente, en el acantilado de incommovible roca.

En tanto que el cuerdo navegante, á quien no engañan los espejismos pasionales de la mente, y que, bordeando los escollos de la materia deleznable, busca la realidad en las cosas del espíritu—que es el que tiende continuamente á perfeccionarse—presto, empujado por las verdades evangélicas, llega al puerto de la paz y del sosiego, donde la infelicidad no es conocida.

Siendo, pues, el pecado voluntario el sólo causador de la desdicha verdadera, nadie puede ser infeliz, en este mundo, sino quien quiera serlo en este y en el otro.

\*  
\* \*

¡Bien sabe el hombre, sin que nadie se lo enseñe, cuándo se crían en su pecho yerbajos de refinamientos inauditos y cuándo en él florecen el lirio de la piedad debida, y la violeta de una buena acción!...

Demasiado conoce que obra mal quien, faltando á la dignidad y á la justicia, se complace en transgredir la ley divina, que al fin no es otra cosa sino la ley natural y racional que todos llevamos grabada en nuestra propia inteligencia.

Así como el funerario Eolo, aventando las pocas hojas que dejó rezagadas en el árbol el inclemente otoño, así el remordimiento, después de hacer que el ruín goce del pecado deprimado y desaliente al pecador, le sigue implacable á todas partes como sombra fatídica y perenne, para que ya en lo sucesivo no viva ni descanse más.

\*  
\* \*

¡Cuán clara, repetida y falazmente reproduce el Genio del Mal, aquí en el mundo, aquella satánica tragedia del paraíso terrenal!...

¡No! El libre albedrío no es, ni mucho menos, la independencia absoluta de la criatura con respecto al Creador. No es, ni puede ser, una permisión adredemente pecaminosa para obrar el mal...

Lo dicen los primeros vagidos de dolor de espíritu que nos arranca toda culpa; lo afirma la razón: esta noble facultad que brillando en lo alto de nuestro sér—cual faro luminoso—nos permite descubrir los escollos del mal obrar, é invita á la voluntad á que, con pleno conocimiento de lo que hace, inspire sus actos en términos de rectitud y de prudencia...

La libre voluntad humana, auxiliada por la gracia divina—procedente de los cielos—tiene

fuerza sobrada para arrojar al pozo de la infecundidad, á la nativa y arcaica semilla que traemos al campo de la prueba, como la tienen los aludes—rodados de las cimas—para arrastrar al valle lo mismo los pedruscos colosales como los troncos más vetustos.

Si Dios coloca al hombre entre el subido misterio del empíreo (iluminado por estrellas) y el bajo enigma de la tumba (lleno de sombras) también le da razón para reflexionar lo conveniente y alas de ángel para volar á las alturas.

Culpa solo es del hombre, si, copiando al topo, prefiere á la luz del sol, las negruzcas entrañas de la tierra: culpa suya, no más, si, entregado á la mollicie, le enerva y adormece, flojamente, la alucinante vibración de la cigarra.

\*  
\* \*

El funestísimo pecado del primer hombre fue causa de que aquello que tiene el deber de obedecernos—porque así lo había mandado el Criador—se revele sin cesar contra nosotros y se torne en enemigo nuestro.

Y de que el instinto de la sublevación y del pecado nazca con nosotros, como brote maldito del árbol de la culpa; pero la alta dignidad de nuestro origen permanece en pie.

También en el tallo de la rosa crecen espinas dispuestas á herir como enemigas, y no por eso la rosa pierde su fragancia y su hermosura.

Y así como las espinas de las rosas quieren

para herir descuido y desnudez, esos brotes fraudulentos y malditos necesitan para su desarrollo corazones secos, faltos de fe, é inobedientes al requerimiento de la gracia.

Son como la víbora traidora que busca, para anidar y reproducirse, los cantos pelados y las matas secas.

Si las potencias del alma flaquearan alguna vez, y aún si llegaran á obscurecerse y sucumbir ante el astuto y obstinado empeño que pone ese brote en florecer, no desmayemos, ni dejemos por eso de luchar.

La lumbre que Dios puso en el hombre no se apaga: es como el sol al que negros nubarrones podrán nublar por breve rato, pero quitarle su eterna luz, eso jamás.

También las galernas obscurecen y encabritan tumultuariamente las aguas del océano; y luego se aquietan, y pasan, y el mar se serena y tranquiliza.

No olvidemos nunca que en nuestra mano está el triunfo; recordemos incesantemente que el Corazón de Cristo es un divino y paternal refugio, siempre de par en par abierto, para recibir, en todo tiempo y en todas las ocasiones, á los hombres de buena voluntad.

¡Que ese sacratísimo Corazón—en el que se aprende que no será señor de victoria quien sea esclavo de pecado—es el conducto inefable y misterioso, por donde llegan al hombre las virtudes suficientes, no ya para resistir, sino para luchar y vencer.

El venerable Padre de la Colombière—que de la árdua materia de la felicidad supo mucho más que el filósofo á quien el adolescente pidió consejo, estampa, á su vez, rectificando á Sócrates, en una preciosa oración que compuso para sus devociones, estos preciosos párrafos: *...pretendo, como es muy justo, que la obediencia, la caridad y las demás virtudes que practicare sean todas del Corazón de Jesús, donde tomaré lo que necesito para ejercitar estas virtudes, las cuales, por consecuencia, le pertenecerán sin reserva... ¡Sagrado Corazón de Jesús! enseñadme lo que debo hacer para llegar á la pureza de vuestro amor... Vos solo tendréis toda la gloria de mi santificación, si me hago santo; yo veo más claro que la luz del día.*

### III

#### **¡NON SERVIAMI!**

No llamo mío lo que es bueno, ni por eso me engrío; que yo sé que no hay cosa buena en mi alma, sino la que, sin merecerlo, me ha dado el Señor.

(*Sta. Teresa.*—Su vida, 39.)

**E**N el cubil más profundo del infierno; en aquel antro en que se crían todas las larvas del pecado; allí donde se congregan para sus satánicos festines las demencias de la perversidad, de la ostentación y del vicio, tiene su guarida la soberbia.

El padre de la soberbia es Lucifer; y Lucifer es la criatura más odiosa, más asqueante y desdichada de toda la creación.

Fue un ángel privilegiado; pero que, complaciéndose más de lo debido en sus prestadas grandeza y lucidez, y olvidando que necesariamente ellas tenían que estar subordinadas al Autor de toda grandeza y toda luz, trató de utilizarlas con el propósito inícuo de

emanciparse de la autoridad de quien, generosa y graciosamente se las dió.

Ingrato y arrogante, en vez de agradecido, quiso traspasar el horizonte de delicias trazado por la Suprema Voluntad del Hacedor, y, en lugar de fundirse venturoso en la deleitable Creadora Luz, con la dulce suavidad con que la luna se pierde en el níveo fulgor de la mañana, se sumó, con estrépito y por siempre, á las desdichas y negruras de una noche eterna y tenebrosa.

Pretendió, ensoberbecido, endiosarse á sí mismo por sus propias fuerzas, y no consiguió otra cosa, sino caer desde la cima más elevada de la divina Gracia á la más ignominiosa y mísera abyección.

Mas como quiera que el poder de su gran entendimiento no acabó—que jamás destruye el Creador sus propias obras—al recogerle el abismo en su rugiente seno, le envolvió en densos vapores de odio y de maldad, los cuales habilitaron su voluntad para obrar el mal y la dejaron estéril para producir y practicar el bien.

Vino después, en forma de serpiente, al paraíso terrenal á deludir con mañosa seducción al primer hombre, é inculcando en su corazón la ponzoña de su perversa transgresión, consiguió que los inocentes descendientes de aquel hombre naciéramos proscritos de la Gloria Celestial, y enemigos desventurados del ofendido Dios.

He aquí de qué modo el Angel Malo dejó en el corazón de nuestros primeros padres, el gérmen de la soberbia, que todos traemos de origen al campo de la prueba y que conduce á los humanos—como condujo á su infame autor—al culto fatal de todos los vicios, si no impedimos nosotros, cuerdamente, que ese maldito gérmen fructifique.

También el hombre insensato, que se deja atravesar el alma por la vira sutil de la soberbia, pretende traspasar los límites marcados por la Ley del Hacedor, y también, á su vez, sufre igual desengaño que Satan...

Quiere sobresalir y atraerse la admiración de sus semejantes y, por lo general, sólo consigue ser de ellos abominado y maldecido.

Se juzga superior á los demás; pretende agrandarse achicando á todos; se cree poderoso, y alguna vez lo es; pero, aunque lo sea, ni el poder, por sí sólo, justifica la soberbia, ni hace feliz al hombre.

Bien poderoso es el demonio, y sin embargo es el sér más repugnante y despreciado de todos los seres que ha creado Dios.

Verdad es que, comunmente, la autoridad, la sabiduría y la grandeza inspiran merecida consideración y gran respeto; pero es mientras no se visten con el odioso sayal de la soberbia; porque, con él ataviadas, no esperen alcanzar de nadie ni fiel respeto, ni veneración sincera, ni leal amor.

¡Nadie—ni aún con el pensamiento—tiene derecho á llamarse señor, sino el Señor del Oielo!...

Solamente el Hombre-Dios, con quien es



imposible compararse ni en poder, ni en sabiduría, ni en grandeza, es y será siempre infinitamente respetado, bendecido y adorado; y eternamente feliz, porque no fue autoritario, ni descortés, ni egoísta, ni agrio, como lo es el soberbio, sino que permanece siempre humilde y siempre clavado en la cruz de las misericordias clamando: *¡Padre, perdónalos!* como lo hizo en aquella hora *sexta* del primer Viernes Santo que vió el mundo. Y porque es —á la vez que Todopoderoso—propicio dador de todo bien; pródigo bienhechor de desvalidos; y benigno amparador de tristes y desconsolados.

(1) Jesucristo Nuestro Señor quien—*teniendo naturaleza de Dios no debía reputar como una usurpación ser igual á Dios, se anonadó á si mismo, tomando la forma de siervo, hecho semejante á los demás hombres*—amonestaba con la palabra y el ejemplo de este modo:

(2) *Los reyes de las naciones las tratan con imperio, y los que tienen autoridad sobre ellas son llamados bienhechores. No habéis de ser así vosotros; antes bien, el que tiene la procedencia como el mayor de entre vosotros, pórtese como sirviente.*

\*  
\* \*

El hombre juicioso debe huir de la soberbia más aún que del contagio de la hidrofobia y de la lepra, porque los mayores males del mundo á esta satánica pasión se deben.

(1) San Pablo á los filipenses, c. 2.

(2) San Lucas, cap. 22.

Por la soberbia el Angel de Dios, cayó del alto cielo al abismo del averno—y el hombre, de un paraiso de venturas y delicias, pasó á una existencia de pesadumbres y trabajos—y la torre de Babel se derrumbó—y las lenguas se dividieron—y la sociedad humana fue embadurnada con falsas y múltiples doctrinas.

Por causa de ella la Bondadosa Justicia, con rugir de tromba, sepultó á Faraón y á su aguerrido ejército en las ondas de un mar embavecido.

\*  
\* \*

Tres son los disfraces que usa comunmente la soberbia: el gesto repulsivo del orgullo; el aire humoroso de la ambición, y la mueca risible de la vanidad.

\*  
\* \*

## EL ORGULLO

Engalanada la soberbia con la barata percalina del *orgullo*, no solamente no confirma las superioridades que altiva pretende atestiguar, sino que, en la mayoría de los casos—por no decir en todos—lo que demuestra claramente es la existencia de una cabeza huera, ó la destemplanza de un corazón pobre ó averiado.

¿Cómo quiere ser feliz el hombre de las exaltaciones desmedidas ó de los falsos oropeles,

si siempre se halla expuesto á que todos ellos le huyan avergonzados, en cuanto aparece la realidad, como vuelan azoradas las palomas no bien el halcón mueve las alas?...

Los pomposos cirrus—que llenan orgullosos el espacio con sus rizados vellones de carnero—son humo nada más; por eso fácilmente los evapora el viento, aún cuando hayan podido ensombrecer, por breve rato, al esplendente sol...

Los devaneos é ilusiones del insolente orgullo podrán fascinar por un momento; pero sus mentirosos resplandores tardan bien poco en disiparse, como si fueran fuegos fatuos ó quiméricos ensueños...

Todos nacemos en cueros; todos necesitamos durante muchos años que los que luego nos han de parecer los más humildes, nos hayan prodigado sus cuidados, sin los cuales, de nada nos serviría haber nacido; porque de todos los animales de la tierra el hombre es el único que tarda más de un tercio de su vida en hacerse hombre y más de media vida en valer algo, y en cambio, es el animal que más rápidamente llega á valer poco ó quizás nada.

\*  
\* \*

No porque los altivos azahares y jazmines, vestidos de blancura inmaculada, constituyan el ornato y las delicias de un jardín, rinden ofrenda más pía y estimada al Creador, que la que le ofrecen—tímidas y temblorosas—las violáceas campánulas, que brotan humildemente entre las tumbas...

El olivo patriarcal que, con profundas y múltiples raíces, arraiga fuertemente en el terruño, no es por eso más necesario, ni más amado de la madre tierra, que la modesta planta de maíz que, sin apenas agarrarse al suelo, brinda generosa con sus doradas y nutritivas mazorcas...

Todo lo que Dios ha creado es necesario y merece igual afecto, porque *Dios lo hizo todo bien*; y así como una gota de agua se parece á otra, así todos los hombres son iguales entre sí, en cuanto al respeto y atención que mutuamente se deben los unos á los otros.

Cuando alguno pretende aumentar su pesantez, más de lo que conviene á su volumen, le pasa lo que á los puentes que se cargan con exceso.

Estos se hunden rotos y desbaratados en la serena corriente de las aguas, como al orgulloso le arroja el peso de su propio orgullo, á la desdicha y al olvido, pues después que le deshace, le entrega á la frívola sociedad para que ésta—siempre falta de entrañas—le denigre y pisotee.

\*  
\* \*

Hoy mismo estamos viendo que á las gigantes fortalezas—que parecían eternas é inquebrantables—las derrumba, en un instante, cual si fueran hechas de tablas, esa menuda y vil metralla compuesta de residuos despreciables y de hierro viejo...

Que los feudales castillos y las altas torres que ayer admirábamos pasmados, hoy hechos

escombros, sirven de recebo en los caminos públicos y son despectivamente hollados por las herraduras de las bestias.

Toda manifestación de la soberbia humana, y todas las manifestaciones de su orgullo, acaban en cenizas, que presto se las lleva á la playa del desprecio ó del olvido el inconstante soplo del tiempo.

¿Quién no ha visto á muchos orgullosos, ayer endiosados merced al incienso de la adulación ó al de la gloria merecida, hoy vilipendiados por los mismos que los admiraban ó adulaban?...

¿Quién no conoce á otros—no menos numerosos—á quienes el destino tornadizo arrojó en nada de tiempo desde la altura suntuosa del palacio á una mala covacha, ó á un inmundo sótano?...

¡Cuántos, que antes miraban con altivez y desdén á sus hermanos, no se consumen ahora arruinados, maldecidos ú olvidados!...

¡Qué de desengaños y trabucos, y qué de vaivenes y de saltos da este mundo engañador é inconsecuente, donde se ve tan á menudo á los bajos en la grandeza de lo alto y á los altos en la miseria de lo bajo!...

¡Nunca es el hombre ni tan feliz, ni tan justo, ni tan grande como cuando es humilde!...

¿Y quién no será humilde en presencia de la verdad incontrastable de que más ó menos pronto tiene que morir indefectiblemente?...

\*  
\* \*

## LA AMBICIÓN

Tantos y mayores infortunios aún que los que produce al hombre el gesto repulsivo del orgullo, le traen los negros humos de la *ambición* en que se envuelve, otras veces, la soberbia para venir al campo de la lucha.

Es tan hipócrita la peste sutil de la ambición, que—como dice el P. Lapuente—*hasta á los mismos que la padecen les repugna, y por eso la encubren, buscando la honra, la dignidad y la moneda, sin querer que se entienda que las pretenden.*

Sus inagotables peticiones son fabricadoras—háviles é incansables—de todo género de bajezas, de vicios y desmanes.

Como dice el Rey Profeta, *la ambicion es un negocio maldecido que siempre anda en tinieblas*, pues á fin de salirse con la suya, comienza por apagar en el corazón la lumbre de la fe, y por oscurecer la justicia y por anublar la santidad; y concluye por entenebrecer el alma, y cubrirla de densos humos las entrañas para asfixiar en ella hasta los más sagrados é íntimos afectos.

Tremenda pasión, cuya falaz astucia conoce, como nadie, todos los secretos y escondrijos de la hipocresía, de la lisonja y de la vil adulación, y todos los explota—ya cautelosa, ya descaradamente, según la conviene—al exclusivo objeto de aumentar fortuna, ó de ob-

tener renombre, ó de adquirir celebridad, aunque tenga que mendigarlo todo y que arrastrarse por los suelos.

¿Que cómo lo consigue?... Pues á expensas de bajezas, y de duros sacrificios, y de grandes desvelos, y de mortificaciones sin cuento; y, por lo tanto, á costa de una continua infelicidad.

No la importa doblegarse para ello, igual que cachorro amedrentado, pues lo mismo que él lame humildemente las manos que le maldicen y castigan cuando así conviene á sus miras.

Tan fácilmente se rebaja y se denigra, con tal de posesionarse de su codiciado fin, como se levanta, engreída y arrogante, tan pronto como lo tiene conseguido.



Casi todas las pasiones acostumbran á dar ratos de tregua al apetito y sufrimientos; y, aún algunas veces, á traves de sus nieblas tupidas y morbosas, suelen vislumbrarse fulgorosos destellos de virtudes santas, como pesar y arrepentimiento: en el alma del ambicioso—más sucia y herrumbrosa que candil de garabato—jamás el sarro de la pasión exclamó: *¡basta!*

¡Cuanto más se posee más se quiere poseer!...

El abigarrado montón de los valores—una vez agolpados—le parece al ambicioso una bicoca si encima no flamean los signos y colorines del pendón de los honores, y si luego

no corona á los unos y á los otros la recia humareda de la fama, de la celebridad y de la gloria...

¿Se puede ser feliz de esta manera?...

¿No es la mayor de las desgracias vivir tan pocos días y vivirlos en perenne desasosiego y mordido, siempre, por aspiraciones y anhelos implacables que nunca se sacian ni aun se aquietan?...



## LA VANIDAD

¿Y qué decir de la risible *vanidad*, vulgar caricatura de la soberbia y del orgullo?...

Ella lleva á la cúspide de lo peregrino y lo ridículo, cuando anida—y lo hace comunmente—en esos entes grotescos, mitad hombre y mitad cosa, que, sin criterio propio, y verdaderos cata-vientos, dirigen su rumbo hacia el sol que más calienta.

Farantes de cómicos y nobles son esos entes vanidosos—degradados femeninos del orgullo—que queriendo dar tensión á los resortes del espíritu, los aflojan humillados, sin dignidad y sin decoro.

Tras muchos ensueños de presumida gloria y humos de Rodrigos, acaba por contentarse su flaqueza, con mezquinos resíduos ó piltrafas.

Quando abren la boca ó arremeten pluma



en ristre, sueltan más sandeces que palabras y escriben tantos errores como frases.

Algún simple ó burlón suele simular que los escucha, pero nadie, en general, les hace caso.

Su empaque, su ademán, sus maneras y á veces hasta su vestir estrafalario, todos llevan un sello, mezcla de necedad y de malicia, que los distingue de los demás y que á unos mueven á desdén y á otros inspiran lástima.

\*  
\* \*

Cuanto más se infla de humo el vanidoso—que como el globo con que juega el niño, estalla entre el holgorio de quintos y nodrizas—más se parece á la ventruda rana de la fábula, que se hinchaba hasta reventar, pretendiendo competir en corpulencia con el buey.

Los necios presumidos—ora con el pelo hasta las cejas, vaticinando como si fueran grullas; ora con lenguas de lorito repitiendo lo que el magín no entiende; ora con la cabeza calva convertida en tintero ó en tomate, según el color de la peluca—se esfuerzan por causar efecto y entusiasmo en los demás, y, aunque muchas veces merezcan verdadera indignación, lo más frecuente es que su gran bellaquería sólo inspire compasión y lástima.

¡Infelices! Se creen admirados con envidia; se consideran invulnerables como el aire, cuando el ambiente de desdén y de ironía en que respiran, tiene para ellos—si su paladar no estuviera tan hecho ya al ridículo—púas

más punzantes que las afiladas moharras de las lanzas.

Todo lo husmean y rastrean como los perros ratoneros; á todo se atreven; nada respetan; todo lo discuten ex-cátedra, y, con el mayor descaro, tachan de superficial lo que no entienden, y llaman vulgar y candoroso á quien son incapaces de imitar.

*Malos mercaderes que estiman el valor de su género en mayor precio de lo justo, llama San Bernardo á éstos falsificadores de la inteligencia; á éstos contrabandistas del saber, que sólo pueden colocar sus oropeles entre gentes tan menguadas como ellos.*

\*  
\* \*

Todo el prurito del vanidoso es hombrear y codearse con las personas significadas, sin comprender, el infeliz, que son considerados como arbusto exótico que brota entre ellos sin periodo determinado, y que crece á la intemperie, sin riego ni cultivo, y por lo tanto, que tiene que espirar, forzosamente, como planta parásita, á la menor escarcha del ridículo, ó de la ironía, ó que agostarse en tallo, no bien abra la boca...

Como las gallinetas, que revolotean indecisas sobre los juncales buscando lugar donde hacer su nido, cierne el vanidoso su volar mezquino en derredor de esas personas significadas, pidiendo, míseramente, que le hagan á su lado un sitio.

Pero el runcoso moscardón de la ignorancia, y el cínife trompetero de la necedad—que

susurran á su pesar en torno suyo—le dan prontamente á conocer, y deshacen, en menudo polvo, el fantástico bloque de sus sándios ideales.

¿No ha de ser infeliz también el vanidoso si no paran de herirle el ariete del silencio irónico, y el dardo cruel de la sonrisa despectiva, que son los enemigos que causan más horror y espanto al *amor propio*, único dios de la vanidad?...

Y si no, preguntémoslo á la Esfinge mitológica.

## IV

### LA ESFINGE

¡Oh desventurada miseria humana, que quedaste tal por el pecado que, aun en lo bueno, hemos menester tasa y medida para no dar con nuestra salud en el suelo, de modo que no lo podamos gozar,

(*Santa Teresa*. Fundaciones, 6).

**C**UÁL es el animal terrestre que anda por la mañana en cuatro piés; durante el día en dos y á la noche en tres?

—¿Cuál es ese taimado sér que cambia de voz, y muda el rostro, y cuanto más impedido está camina más de prisa?

—¿Cuál es, en fin, ese animal incomprensible que concentra y que disipa; que es insultante y candoroso, y que enfurece á los de su especie, los que, á su vez, le tienen lástima?...

Esto preguntaba la ESFINGE MITOLÓGICA á cuantos caminantes se dirigían á la capital de Beocia.

Cuenta la fábula que á raíz del asesinato de

Layo, por su hijo Edipo, esta Esfinge apareció en el monte, por el cual tenían que pasar los caminantes que se dirigían á Tebas.

Se dice, igualmente, que los caminantes que no contestaban satisfactoriamente á esas preguntas, eran devorados en el acto por la cruel Esfinge; y que el pueblo—aterrado por las numerosas víctimas que hacía—pidió á la hermosa Yocasta, soberana del reino, que librara cuanto antes al país de aquel horrendo azote.

La reina ofreció entonces su mano y su corona al valeroso campeón que libertara á la patria del furor del vengativo mónstruo. El esforzado y ambicioso Edipo se aprestó á ganar el premio.

\*  
\* \*

Sin armas de ninguna clase, pero seguido de algunos cortesanos que le sirvieran de testigos, se fué en busca de la Esfinge.

No bien le vió la fiera se fué derecha á él y deteniéndole, como á todo caminante, le conminó con las consabidas tres preguntas.

Edipo contestó sin vacilar,

—Ese animal, que dices es el *hombre*.

—¡Demuéstralo!—rugió encolerizado el mónstruo.

—Eso haré—replicó imperturbable el esforzado Edipo.

\*  
\* \*

—El hombre—continuó diciendo Edipo—

es el único sér que encierra en sí las más fieras ingratitudes y las mayores inconsecuencias y malicias.

Le da la Naturaleza de sus reinos animal, vegetal y mineral, los elementos necesarios á la vida y le ayuda á que se los asimile gradualmente para que obtenga su crecimiento, su desarrollo y su vigor, y él suele contrariarla, forzando su propia naturaleza á fin de llegar, cuanto antes, á la edad viril, en la que el crecimiento termina, decrece el desarrollo y el vigor se cansa, sucediendo así que él, voluntariamente llama y precipita, antes de tiempo, la venida de la decadencia, del desfallecimiento, de la vejez y aún de la muerte.

Sabe que tiene encerrada en esa frágil materia orgánica (que él, insensato, ayuda á desorganizar), un espíritu inmortal y racional, y deja que ese espíritu indolente presencie, impávido, las ciegas impaciencias de esa materia deleznable, que hace madrugar á las variaciones naturales de su sér, demostrando, de ese modo que, en vez de señor de esa materia, es su esclavo ruín y miserable.

—¡Déjate de rodeos y retóricas—rugió impacientándose la Esfinge—yo te exijo más claridad y precisión en tus respuestas!...

—A eso voy, y para ello observaremos al hombre más de cerca.

\*  
\* \*

—Por la mañana anda á gatas, ó sea arrastrando piés y manos, porque como aun no conoce los misterios y falacias de la vida, sonríe

ingenua y candorosamente—cual flor recién abierta—sin recelos, ni doblez, ni engaños, con la risa pura y sencilla de la infancia.

Mírale después durante el día: ya erguido en dos piés, pasea su niñez, su adolescencia y juventud, ornado con la ilusión de nacientes y tímidas pasiones, que presto se hinchan y revientan en rayos destructores, como tormentas del estío, hasta que llega el otoño implacable de la vida que, acabando con la edad adulta, le hace inclinar la frente, antes tersa y ya surcada de desengaños y falsías, como la flor marchita se hunde en la misma tierra que ha poco le nutría.

Y por último, en la noche oscura y fría de la cruel vejez, le hallarás apoyado en un báculo, porque las piernas le flaquean, caminando así en tres piés, y curvado como gancho de traperero, rebuscando, igual que él por entre míseros despojos, fuerzas para su cuerpo enflaquecido y piltrafas para sus pasiones aún hambrientas.

—En verdad que estás cruel pero no des-acertado—murmuró la Esfinje.—¡Prosigue, pues!



—Por la mañana—continuó Edipo—su voz es infantil y delicada, semejante al grato rumorcillo del céfiro cuando, exhalando el incienso ideal de la natura, se recrea en el bosque virginal al despertar el alba.

Viene el día esplendoroso y, durante todo él, su voz es menos pura pero más vibrante y

sonora y educada, y se escucha á sí mismo con deleitosa placidez, como el pardo y vanidoso ruiseñor, cuando en la bien cuidada arboleda desgrana el rosario de sus notas armoniosas que á todos agradan y embelesan.

Mas pasa, rápidamente, el breve crepúsculo vespertino, y aparece la noche de la vejez, que sólo antipatías evoca en torno suyo, y da á los acentos del anciano igual ronco sonido que el del siniestro aleteo de los buhos.

También es un sér inconsecuente que muda y desfigura el rostro con la edad.

Primero es barbilampiño y sonrosado; peludo y varonil después, y, á la postre, seco, ajado y rugoso, como la corteza de encina centenaria.

Y no se detiene aquí su inconsecuencia; pues, á medida que las fuerzas le abandonan, y le huyen las energías, y la fiera decrepitud le invade, camina con mayor velocidad y más deprisa hacia su propia descomposición y su sepulcro.

—En verdad te digo—clamó la Esfinge—que me satisface también esta segunda respuesta: oigamos la tercera.

\*  
\* \*

—Entre todos los animales terrenales solamente en el hombre se halla el prototipo más cabal de la contradicción é inconsecuencia.

Conoce, y sin embargo olvida, la ruindad y flaqueza inherentes á toda la humanidad, pues en ella se levantan, con frecuencia aterradora, entes singulares que, cual si fueran



de raza distinta, superior á la de los demás, se hinchan como globos y se muestran como ellos, inflados y vanos y orgullosos.

¿En qué fundan esos entes su altivez y superioridad sobre los otros hombres?

¿Es en la nobleza de su estirpe?... Pues la nombradía ajena no hace superior á nadie, si él no lo es por sus virtudes.

¿Son acaso la riqueza y dignidades?... Tampoco, porque cuando ellas no responden á la honradez y al propio mérito se asemejan al humo, que hincha globos, el cual se sale por el menor resquicio y presto se evapora...

¿Lo será el lugar del nacimiento? Menos, todavía; pues, (1) *el hombre fue creado fuera del Paraíso y la mujer dentro de él y, sin embargo, el hombre, hecho en más bajo lugar que la mujer, es más perfecto que ella.*

Pues bien: en el hombre dotado de razón; en el animal, en el que menos debía esperarse, se hallan, con gran frecuencia unidas con estrecho é indisoluble lazo, esas dos injustificadas pasiones de efectos tan distintos, como son el *orgullo* y la *vanidad*, que, al realizar su monstruoso contubernio, convierten al sér racional en un sér contradictorio é incomprensible, mitad hembra mitad macho, porque la vanidad es propia de mujeres mientras que el orgullo es pasión de varones.



—¡Basta!—exclamó la Esfinge.—¡Me doy por satisfecha y por vencida! Y pues ha sido

---

(1) San Ambrosio.

descifrado ya el enigma, cúmplase el oráculo volviendo yo al abismo de las ondas, y liberando de mi venganza á los Tebanos.

—¡Detente!—replicó Edipo.—¿Y tú, fiera cruel, de rostro femenino, cuerpo de plumas y que de la cintura abajo ostentas las formas y garras del león, no me dirás quién eres?...

—Yo soy—contestó la Esfinje—la humana Contradicción; el espíritu de la necedad, de la malicia y de la rebeldía; la hija, en fin, de Tifón y de la Quimera.

Soy omega del bien y alfa del mal, porque ese fue el sino cruel del ingrato y feroz padre que me engendró.

Y ardo y no me consumo—como la piedra albeston—porque me concibió la infiel Quimera, que era brasa de la fantasía que destruía el juicio, nublabá el entendimiento y énnegrecía el corazón.

Mi femenina presunción y la ignorancia supina de mi espíritu, retratadas están en mi rostro mujeril; la liviandad y ligereza de mi mezquino corazón denotadas quedan en mi plumaje pintado y repintado; y mi fiereza y arrogancia las debo á mis garras y formas de león.

En el reino de Beocia — que por tu gallardía y cordura has conquistado—yo representaba á mis naciones la *vanidad*, el *orgullo* y la *soberbia*; pero una vez descubierto mi secreto, mi misión ha terminado, y vencida me disuelvo en las ondas abismales, como se evaporan mis representadas—luego de conocidas—en el ambiente del ridículo, de la humillación y del desprecio...

## EL REY MIDAS

Los bienes de este mundo son tan gran ceguera que con ellos se compra trabajo y desasosiego, aun para esta vida... ¡Que inquietudes..! ¡Que corto contento! ¡Que trabajar en vano...!

(*Santa Teresa.*—Su vida, 20.)

**E**L muy insensato rey de Frigia pidió á los dioses del Olimpo que todo cuanto sus manos tocaran se tornara en oro.

Los dioses inmortales le escucharon y, á partir de entonces, su comida y su bebida se convirtieron en lava candente del ansiado metal, que no apagaba su sed ni saciaba su alma, y en cambio le abrasaba horriblemente las entrañas.

De igual modo el avariento es devorado por continuo ardor cual si una llama asfíxica estuviera siempre encendida en su interior.

¡Ah!.. ¡Tan horrorosos como los tormentos del infierno deben ser, ciertamente, los sufri-

mientos que, en la tierra, afligen al infeliz avaro!

¡Padecer una sed devoradora y sentir que ella se hace más insaciable y más ardiente, cuanto más se bebe...!

¡Corresponder, de continuo y copiosamente, á la brutal enfermedad de hambre canina, y hallarla cada vez más exigente y menos harta que la que acosa á la voraz y hambrienta loba!...

¡Maldecida avaricia!... Siempre vacía como tonel sin fondo, y la cual—según San Gregorio—se asemeja á un *cántaro roto que permanece con la boca abierta por mucho que sea el líquido que reciba.*

¡Cuánta razón tiene la bendita Santa!... ¡qué inquietud! ¡qué corto contento!... ¡qué trabajar en vano!...

¿De qué le sirve al avaro tener las arcas llenas si siempre tiene el estómago vacío?...

No solamente le atormenta el apetito de aumentar lo que ya tiene, sino que el miedo de que se lo quiten le exaspera aún más, de lo cual se sigue que allí en donde espera hallar reposo á sus ansias, le nacen mayores ansiedad y sobresalto.

\*  
\* \*

Nadie se afana tanto en este mundo, ni nadie descansa menos que el desdichado avaro...

Mientras duermen las flores en el campo, el ave en la enramada, la loba en su cubil, el pastor en su cabaña y hasta el amenazado guerrero en su trinchera, cuajada de peligros,

un sér humano—indigno de tal nombre—está despierto y con sigilo vela...

Mirad á través de las compactas celosías de su alcoba y le vereis que, con los ojos desmesuradamente abiertos, está haciendo centinela imperturbable al esteril montón de sus caudales.

¿Cómo ha de ser feliz quien se cree siempre espiado; quien recela de los suyos, sospecha de los criados, y, cobarde contra los enemigos é infiel con los amigos, siempre está temiendo la insidia de la envidia y se ve constantemente rodeado de fantasmas, que le parece que acechan sus riquezas lo mismo en el campo que en el poblado?

Con el corazón asido fuertemente al lodo de la tierra por raíces más retorcidas y hondas que la grama, no parece criatura racional, sino bestia de carga, pues lleva sobre los hombros un peso tan enorme de anhelos y celos que no puede menos de agobiarle servilmente y que—como á res desnucada—no le permite levantar la mirada al cielo.

\*  
\* \*

¡Ribaldo avaro!... Así como el girasol busca persistente los solares rayos, él, con mayor constancia, enfila su sórdida codicia á los anhelos del dinero ajeno...

Renovero que, con mohatras y negocios poco limpios, es robador astuto y desalmado, que escuda la usura criminal tras nebulosos preceptos de la ley civil, al igual que las ta-

pías enlodadas cubren sus jibas y sus hiendas tras ubérrimas y trepadoras plantas...

¡Oh codicia insaciable, cuánto rueda tu maldad luciferina y hasta qué extremos llega!...

La ley moral es clara, como el día, y no sirve sombrearla con la niebla de las leyes encubridoras de maleficios y de daños...

Ella dice, á toda conciencia acrisolada, que es hipócrita rapiña la posesión—aún disfrazada con la careta de la ley civil—de todo cuanto, á sabiendas, lastimó los intereses de las viudas, de los huérfanos y de los necesitados.

No; el aspecto legal no evita, no puede evitar que los bienes falazmente adquiridos se conviertan en males positivos; en pecados graves; en verdadera infelicidad.

¡Los tratos fraudulentos, después de haber torturado la conciencia y de haber destruído la dicha temporal, escocerán horrendamente en aquella noche inevitable en que se nuble el sol de la existencia y emerja, de repente, el último estertor del fatigoso pecho!...

\*  
\* \*

A nadie, tanto como al avaro, cuadra este consejo de la Santa.

*Acuérdate de que no tienes más que un alma, ni has de morir más de una vez, ni tienes más de una vida breve, y una que es particular, ni hay más de una gloria, y esta eterna, y darás de mano á muchas cosas.*

Por qué ¿quién se fabrica más deliberada y lerdamente la propia infelicidad y quién es

más burlado y más mordido en este mundo mismo como el hidrópico avaro, en quien crece el amor del dinero cuanto más crece el dinero?

Y luego ¿para qué?

La fortuna—bien ó mal adquirida—aquí se queda (sabe Dios para quién) y al Supremo Juicio sólo llevaremos el historial detallado de su adquisición, á fin de dar cuenta centuplicada de él.

Después de tantos sacrificios y mortificaciones, y de haberse privado en vida hasta de lo más necesario, sin otro objeto que atesorar y atesorar, se halla—cuando menos lo espera—frente á frente con la eternidad, y todo cuanto afaná y trabajó y allegó aquí lo deja, para que lo derroche un yerno holgazán, ó un sobrino ingrato, ó acaso un enemigo embozado ó desconocido.

\*  
\* \*

Reflexione sériamente el pobre mortal, cuyo corazón se halle ennegrecido por la dolencia infernal de la avaricia, porque si es innegable que ella ocasiona la desdicha temporal, aún es más cierto que le aguarde, irremisiblemente, la eterna si espera á dolerse y á curarse de ella, cuando ya no haya remedio, como le pasó al rico avariento del Evangelio.

Una madura y concienzuda reflexión hace que esta venal dolencia acorte su acelerado paso; quizás que lo detenga; quizás, en fin, que le haga volver al seno de la razón, como tor-

nan las aguas llovedizas y embarradas al amoroso mar de que proceden.

No aguarde á que la excesiva frialdad del alma le arrebate, por completo, la luz de la razón y detenga el fluido de la gracia, como las heladas del invierno roban á los prados su natural esmalte y paralizan la plácida corriente de los ríos, porque, entonces, perderá la fe, la piedad, la religión y las virtudes del bautismo, que son las verdaderas riquezas y los bienes imperecederos del cristiano.

Diga como Job, quien fue muy tentado y jamás vencido: *Desnudo salí del vientre de mi madre y desnudo volveré al seno de la tierra, pues si así lo hiciere, no habrá trabajo, ni privación, ni sacrificio que no se convierta en verdadero bien.*



## VI

### MALEFIGIOS DEL DIOS EROS

La divinidad es como un claro diamante: todo lo que hacemos se ve en él.

(*Santa Teresa*.—Su vida, 40).

¡Oh! Quién pudiera dar á entender esto á los que muy deshonestos y feos pecados hacen, para que se acuerden que no son ocultos, pues tan presentes á Su Majestad pasan.

(*Santa Teresa*. Moradas, VII-I).

**N**o me negarás—amado Teótimo—que hartos están tus ojos y los míos, de ver cuantos desastres é infortunios produce la funesta pasión de la lujuria, gangrena minadora de la afeminada generación presente.

Siempre esta infame y voraz pasión fue cabeza y maestra de cuantos crímenes y males ocurren en el mundo.

Astuta, cual la serpiente infernal del paraíso, se apodera suavemente del corazón humano; le adormece con pérfidas caricias, y con felina maña le inocular la ponzoña de la infamia y de los vicios.

A la vez que desfigura el cuerpo, al que priva de salud, de belleza y fuerzas, enloda y rebaja al alma, pues quita el honor, la vergüenza, la libertad y las energías de la inteligencia.

Es la pasión más homicida y destructora de la dignidad humana, pues ciega el entendimiento; destierra la imaginación; priva de la memoria; endurece el corazón; mata el decoro; destroza los bienes temporales y es la enemiga de la juventud y el suplicio infamante de la vejez.

Y si esto ha sido siempre, cuando la raza era más varonil y vigorosa, ¿qué no será ahora que da con una generación raquílica, empobrecida, degenerada y encanalladamente afrancesada?...

¿Qué estragos no hará en una sociedad en la que en bailes, teatros, cines, salones, tabernas, paseos, kioscos y escaparates se brinda sin cesar con estimulantes libidinosos, y hasta los templos se ven á ciertas horas profanados por muñecas de carne, mal vestidas, con atavíos exóticos y asqueantes?...

\*  
\* \*

Se lee en los libros sagrados: *Si el que maneja la pez ha de ensuciarse las manos, el que se junta con personas vanas y sin pudor se hace semejante á ellas.*

Así sucede que, en la generación presente—muy distinta á la de hace sesenta años, aunque el vulgo diga que esa es la manía de los viejos—rinden homenaje y pleitesía, lo

mismo ancianos que jóvenes y aún niños, á la lúbrica ninfa de la voluptuosidad.

A esa Maga descocada que, mal tapando con flores de pingajoso trapo la hirviente gusana de la carne sensual, los fascina con sus nefastas liviandades; los saca y los aleja del santo hogar de la familia; les arrebató el corazón, que inutiliza para obrar el bien; los hace perder la honradez y la vergüenza, y termina por apagarles la luz de la dignidad y la razón, hasta convertirlos—como dice San Bernardo—en inmundas y despreciables bestias.

Para saber la infelicidad y los pesares que esa Maga infernal trae á la sociedad humana, preguntádselo al patíbulo, al presidio y al manicomio, é id al Hospital y oiréis, aterrados, las horrendas blasfemias y los espantosos bramidos que escupen los desesperados al morir sin consuelo alguno y rebozados en asqueante podredumbre, y los quejumbrosos alaridos de otros libidinosos que, á su lado, se revuelcan coléricos en durísimo lecho de dolor.

\*  
\* \*

Punto menos que imposible es sustraerse, hoy, á las tozudas asechanzas de la falaz lujuria.

Su fuego traicionero—enervador perverso del espíritu y de la materia—se ceba tanto más cuanto más destrozado encuentra el cuerpo y más débil y oscurecida el alma.

He aquí por que en la raquítica generación del día—acaso la más descreída y pusilánime de tres centurias—son muy contadas las

personas que se libran de su infamante y dominante imperio.

Las modas indecorosas y los atrayentes maleficios de que actualmente se vale, no respetan estados, ni edades, ni sexos, sino que, buscando á cada cual su flaco, se adueña de solteros, casados, de jóvenes y viejos, y á todos los domina por igual, y á todos por igual los esclaviza.

Y una vez que los tiene degradados los arroja—como á pútridos guñapos—á la indignación y menosprecio públicos; pues por noble y encumbrada que sea la persona á quien haya enlodado semejante vicio, no se libra ni se excusa de aparecer siempre humillada y vencida ante la casta mirada de los demás.

Así como la castidad es hidalga y gallarda y respira salud y robustez, pareciéndose al esbelto lirio que todo lo llena de fragancia, así la impureza grosera y enfermiza—más repulsiva y contrahecha que derrengada hiena—signo es de raquitismo y felonía, y se asemeja á la enana y retorcida zarza que hiere y sangra á cuanto toca.

\*  
\* \*

Para el pecado persistente de impureza no hay misericordia ni perdón; es castigado siempre, lo mismo en la tierra que en el cielo; lo mismo en la juventud que en la vejez.

En la tierra porque se atrae hasta la cólera y venganza de la misma naturaleza, la cual no tarda en encargarse de acibarar y marchitar la sucia y breve vida del lujurioso.

Y en el cielo, porque allí ni siquiera se le escuchará: puede que sin oírle se le envíe á los infiernos á padecer penas y sufrimientos sin disminución ni tregua.



¡Desventurada niñez, destrozada por esa pasión maldita que te hunde de improviso en prematura senectud, sin haber conocido ni hallado el periodo noble y natural de la virilidad!...

¡Yema de la frondosa vid humana, no bien brotada y ya comida por el asno soez de la lujuria!...

¡Sencilla mariposa que, fascinada por el resplandor de malos ejemplos, te sientes atraída por su brillo satánico, que abrasa para siempre tus endebles y delicadas alas!



¡Infelice y suicida juventud! ¡Cuán rápidamente esa pasión entenebrece tus facultades físicas y morales y cómo arruina, ó más bien aniquila—no bien nacidas—tus envidiables energías!...

¡Cuán presto imprime en tu mirada juvenil y candorosa, las innegables y manchadas huellas de la desdicha, del deshonor y del hastío!...

¡Cómo te hace rodar, precipitadamente, cuál si fueras piedra caliza desprendida de eminente cima, á los abismos de tenebrosa y prematura tumba!...

Incauta flor de almendro que, halagada por un sol engañoso y mortífero, rompes el capullo virginal de la inocencia, impaciente por brotar antes de tiempo, ¿qué extraño es que al primer soplo del cierzo destructor te ennegrezcas y marchites y deshagas?...

¿Qué de particular tiene que prematura y dolorosa muerte corte el hilo de tu mísera existencia, aún estando tejiendo la trama infamante de tus mismas orgías, como (1) *el tejedor corta la tela cuando aun continúa urdiéndose?*

\*  
\* \*

Y tú, ridícula y degradada ancianidad, ¿cómo has de ser feliz si—igualmente á destiempo—ardes, como yesca, á la menor chispa de ese encendido vicio?...

¡Desventurado el demente viejo que siempre permanezca revolcado en el asqueante lodazal del sensualismo!...

Tras insólitos é irrisorios desvaríos—que siempre los postreros resplandores de la tarde despiden luz mortecina y antipática—lleva su alma vestida de oprobios y de burlas, al autro del infierno, en donde, como dice el Beato Juan de Avila, *el condenado tendrá muerte siempre viva, después de haber tenido vida siempre muerta.*

\*  
\* \*

El alma ha sido dada á la criatura racio-

---

(1) Isaías, 31, 12.

nal, para que obtenga goces más dignos y excelentes que los que ocasionan los apetitos groseros y brutales.

¿Qué más?... ¡Si hasta entre los mismos brutos no hay más que el puerco que prefiera para solaz y revolcadero de su carne la charca cenagosa al afelpado césped!...

Cuando la satisfacción de los sentidos se sacia con exceso, y por lo tanto las libaciones reprochables se multiplican y suceden, todas las potencias del alma racional se quejan y sufren hondamente, como gime y se agita la floresta al sacudirla de modo innatural el huracán bravío...

Todo lo más, de lo naturalmente debido, que el hombre de razón dé á la mortal materia se lo roba inícuamente al inmortal espíritu, siendo así que cabalmente, la humana criatura será tanto más completa de razón y mayor su inteligencia y más merecedora de la verdadera felicidad, cuanto más espiritual y casta sea.

\*  
\* \*

En los lujuriosos, igual que acontece en los impíos, las luces de la fe y de la esperanza se funden pronto en las sombras de la duda, como se esfuman, rápidamente, en el espacio las simples fosforescencias de luciérnagas.

Lo mismo unos que otros olvidan hasta los más rudimentarios deberes de la moral: tienen antipatía á la virtud; quebrantan descarada y solapadamente los más sagrados preceptos de la Ley divina, y, no pocas veces, también los

de la ley social, y concluyen por negar que hay un Creador Supremo y un Supremo Juez.

Es que su mismo proceder, bajo y perverso; es que el castigo merecido que su razón presente; es que, á su pesar, un temor invencible inquieta su conciencia, y por eso anhelan que no haya ni Creador ni Juez.

Dice sabiamente el coloso San Agustín, que *nadie niega la existencia de Dios sino aquel á quien conviene que no le haya.*

\*  
\* \*

En la región extensa del Zodiaco, entre las constelaciones llamadas *León* y *Libra* colocan los astrónomos un signo boreal, denominado *Virgo*, que representa la pureza.

El *León* simboliza la fiereza sanguinaria, y las acerbas garras con que la lujuria acomete y destroza al sér humano.

La *Libra* es la balanza, el peso regulador y siempre exacto, donde se columpia la razón, y el cual pone á los ímpetus ciegos del deseo en el fiel marcado por la ley natural, que es la Ley de Dios.

En ese justo fiel, que es la castidad conyugal; en ese suave rescoldo del hogar, de la familia, florecen, purificadas y honradas, todas las alegrías y los gozos que son lícitos y posibles en el árido destierro de esta vida, y se asientan los fundamentos de una santa y duradera dicha, siempre que cada uno de los cónyuges ocupe el lugar que le es debido.

A propósito del lazo matrimonial acude en este instante á mi memoria, cierta costumbre



que parece existir en Dinamarca, y que encierra singulares enseñanzas.

A la novia se le regala un puerco, una oveja y una vaca; y al novio un potro, un perro, un gato y un ganso: queriendo significar con ésto la necesidad que tienen los cónyuges de no incurrir en los defectos que caracterizan á cada uno de los animales regalados.

Pues para que sea feliz el matrimonio es preciso que la novia huya de la suciedad del cerdo, de la indolencia de la oveja y de la pereza de la vaca, y que, á su vez el esposo, no sea irreflexivo como el potro, ni gruñón como el perro, ni traidor como el gato, ni estúpido como el ganso.

\*  
\* \*

Mas no solamente desde la venturosa venida del Redentor, sino de tiempos más lejanos existe otro estado aún más superior y meritorio que el del matrimonio.

Por cima de ese justo y digno fiel de la castidad conyugal, brillan y se mecen, como ángeles, otras almas privilegiadas que, firmes en el virginal balbuceo de la infancia, cruzan el mundo de la prueba, consteladas por el nítido candor de la inocencia y la impoluta virtud de la pureza, como cruzan los rayos del sol por lugares inmundos sin mancharse, iluminando las jornadas de la tierra siempre con la misma limpidez.

¡Bienaventuradas ellas!... Vestidas de blancura, cual fragantes azucenas, seguirán muy de cerca al Cordero Inmaculado hasta las úl-

timas gradas de su excelso trono, después de haber glosado en esta vida—con perenne, magna é imperturbable serenidad—el tiernísimo idilio que cantó con maestría sin igual el Discípulo Amado, y que, sólo á las almas de ventura suma y de estirpe prócer, les es dado sentir cumplidamente.

## VII

### BELIAL

Dos horas son de vida: grandísimo el premio; más aún cuando no viniera ninguno, con sólo cumplir lo que nos dijo Cristo: *Amarás á tu prójimo como á tí mismo*, es ya grande la paga.

(*Sta. Teresa.*—C. de perf. 12.)

**E**N el libro de la Sabiduría (1) se lee lo siguiente: *Por la envidia del diablo entró la muerte en el mundo, y los que se hallan dominados de ella se asemejan á él.*

¿No hay, pues, razón bastante para afirmar que de todas las criaturas que alientan sobre la redondez de la Tierra, el sér más desgraciado es el hombre envidioso?...

¿Cabé mayor desventura, acaso, que parecerse al mismo Lucifer?...

Corazón continuamente privado de las santas alegrías, y eternamente vacío del perfume de la esperanza, ¿qué puede ofrecer?...

---

(1) Cap. II.—ver. 24 y 25.

¡Los hálitos repugnantes que resuella, semejantes son á los miasmas deletéreos y apesotosos, que brotan de las ciénagas podridas.

En la niebla fétida y en el asqueante vaho que la envidia exhala, nada puede existir, que tenga vida, más que la envidia misma.

Tan luego como resuella esta pasión maldita, desaparecen espantadas la Caridad y las verdades evangélicas, y se apagan entristecidos los destellos de todas las virtudes, como se apagan los cirios del altar al terminar los Santos Oficios.

No: no cabe duda: no hay infelicidad mayor en esta vida, que la infelicidad producida por la envidia...

*¡Misereor super turbam!*, clamó Jesucristo, contemplando, con mirada de inefable amor, á los que carecen de todo sobre la tierra...

*¡Tengo misericordia de esta gente!* debe exclamar todo buen cristiano, al contemplar al mísero envidioso, siempre privado de alegría, de paz y de consuelo!...

\*  
\* \*

La pasión desoladora de la envidia desahucia del corazón humano todos los afectos, hasta los más naturales y más íntimos; y le encoje y le ennegrece, igual que escarcha á la azucena.

En fin, le convierte en foco insalubre donde hierven los gusanos forjadores de venganzas, y donde se producen los pérfidos gases de difamación, que se propalan más activamente que el fuego se propaga en un rastrojo, ó un cañaveral seco.

A la manera que la cruel helada arrebatada á las flores la lozanía y la fragancia, la vira afilada de la envidia perfora el corazón, extrayendo de él todos los sentimientos que le ennoblecen y que le hacen simpático y amable.

Le abandonan el amor, la generosidad, la alegría y el perdón, para dejar más ancho hueco á la tristeza, al rencor y á la ira que le atormentan, le excitan, le achican y envilecen...

Y en cambio le dejan en la nublada mente, la idea mortificante de que es menos honrado y peor tratado de lo que se figura merecer, y con ella el sañudo pensamiento de que no son debidos, en justicia, la honra y el bienestar de que disfrutaban los demás.

Idea y pensamiento destructores que, interior y exteriormente le crispan los nervios de todos los odios, á la manera que el infeliz leproso es devorado—dentro y fuera—por el tozudo roedor de la incurable y destructora lepra.

Idea y pensamientos, mal intencionados, que estimulan á los torpes ojos, á ser de aumento cuando miran los bienes de los prójimos, y de disminución, ó casi ciegos, cuando les toca contemplar los propios.

Dice San Mateo que, si el envidioso mira sólo á los favores del vecino y se olvida, ingrato, de los que él recibe á diario del Creador, es (1) *porque su ojo es maligno, pues Dios es bueno para el prójimo como para él.*

\*  
\* \*

---

(1) Cap. 20.—ver. 16.

Como silba el chacal; y ruge el león; y muerde la vívora traidora al inofensivo caminante; y devoran las fieras á sus víctimas—sin saber por qué pero respondiendo todos ellos á su feroz instinto—así el envidioso—obedeciendo á satánica influencia—gargagea, por entre sus fauces gangrenosas, el *bacillus* reproductor de la calumnia.

¿Y merece—por acaso—ser feliz el ente despreciable que calumnia?...

Nada hay que avergüence tanto á la conciencia propia—por menguada que esté de dignidad—y nada que exaspere más á la conciencia ajena (por tolerante que ella sea) como la cobardía de que se vale el difamador para derramar y extender, lo más posible, la maléfica semilla de la calumnia.

Innoble acción es robar el dinero al prójimo; no es menos detractivo y denigrante el insultarle y ultrajarle; pero lo que colma la medida de la maldad y de la infamia; lo que avasalla y traspasa todas las lindes de la honradez y la justicia, es el aspid venenoso que destruye la fama, el honor y el crédito ajenos, y por ende, sabiendo que miente como lo hace el envidioso...

Solamente esa pasión, tan infernal y ciega, es la que se atreve á herir, con refinamientos inauditos, á los más sagrados méritos del hombre, á saber:

*A los méritos que le dan acceso á los dignos cargos y elevadas posiciones, desde los cuales son útiles y provechosos á la sociedad en que viven, y á los méritos que constituyen el más preciado legado que puede transmitirse á la*

posteridad, ó sea la memoria del honorable y respetado nombre, que sirva de santo orgullo á sus sucesores.

\*  
\* \*

¿Y cuando al envidioso le unen con el envidiado vínculos de gratitud ó parentesco, ó quizás uno y otro lazo?...

¡Ah, entonces!... ¡Cuánto mayor es el encono, y cuánto más horrendo el sufrimiento!...

Dice un proverbio castellano que *no hay cuña peor que la de la propia madera*, y, en confirmación de ello, se lee en el Génesis *que á José sus hermanos, por envidia, le llenaron de amarguras; y le armaron pendencias, y le persiguieron armados de flechas*.

¡Qué lucha tan infernal!... ¡qué infelicidad tan terrible y espantosa!...

¡No querer el corazón á los hermanos y levantarse, á la vez en las mejillas, el fuego abrasador de una misma sangre que se subleva indignada contra ese infamante desamor!...

¡Sentir que la espada del remordimiento y el puñal de la conciencia agitan, con sus vibrantes lenguas, el deseo natural de amarles y no poder hacerlo porque el envidioso corazón no lo consiente!... ¡Y si al fin se satisficiera y conformara con no amarle!...

¡Pero odiarle!... ¡Ofenderle!... ¡Calumniarle sin razón!...

¡Valerse de falaces astucias y degradantes medios para mermar los honores que se le rinden... y la confianza que despierta... y el bienestar de que disfruta... y las ventajas que la fama ó el crédito le ocasionan!...

¡No!... no hay infelicidad más cierta, no hay desasosiego más inaguantable, como eso de aborrecer á quien se tiene obligación de amar; como eso de agraviarle sin razón ni causa, porque su presencia—que no es posible evitar—tiene que ser un torcedor continuo; un recordatorio cruel y porfiado de la injusticia, de la maldad, de la conducta iníca y criminal del envidioso.

La misma Providencia—justamente indignada ante tan gran monstruosidad—parece complacerse en enderezar las injurias inmerecidas á la mayor ventura de los injuriados y envidiados, para que también sea mayor (como merece) el tormento de los calumniadores y envidiosos.

\* \* \*

Ya lo dijimos antes: copia es el envidioso de Belial; pero copia desmembrada, que, si tuviera potencia como tiene mala intención, haría tanto daño como su *malvado* original: por eso el envidioso es menos merecedor de compasión que la que inspiran, comunmente, los otros seres desgraciados.

De Belial, dice Santa Teresa: *Si Satanás fuera capaz de amar, dejaría de ser malo.*

¿Pues por qué el envidioso, que es capaz de amar, y ama á sus hijos, y hasta suele amar á quien no envidia, ha de odiar tanto al envidiado?...

¡Cualquiera le convence que esa infernal pasión, que le ciega el juicio y le inquieta el alma y no le deja ver ni sosegar, revela espí-



ritu raquíptico; genio mezquino y perverso corazón; y que se cura con la humildad y más aún con el amor!...

¡Y que ella no tiene otro origen sino el orgullo: pero el orgullo irracional, vil y maligno que no busca tanto á ensalzarle y complacerle á él, como á desacreditar y abatir el mérito de los demás.

\*  
\* \*

Así como la vanidad es la risible caricatura de la soberbia, así el envidioso, aunque es copia de Satanás, como no tiene ni las armas, ni el talento, ni el poder de éste, se queda en la mísera ocupación de remedador, como el *cuquillo*, pájaro que no conoce más oficio que el de imitar, burdamente, el canto y las voces de las demás aves, y de cuyo bajo oficio le viene su grotesco y diminutivo nombre.

Este ruín pájaro tiene las alas de un azul finísimo y subido, formando desentonado contraste con la nivea blancura de las restantes plumas, denotando, con tal desarmonía, ser su vicio capital la envidia.

Su cuerpo, siempre flaco, y su carne la más dura de comer, revelan que la sabia naturaleza le hizo así para que simbolizara el adelgazamiento del espíritu y la dureza del corazón, que caracterizan al envidioso.

## VIII

### DEMASÍAS DE EPULÓN

No sé muchas veces qué decir, sino que somos peores que bestias, pues no acabamos de entender la dignidad de nuestra alma.

(*Sta. Teresa.*—Epistolario, c. 18.)

**C**UANDO Jesucristo apareció en el mundo, dos pecados estaban totalmente adueñados de la sociedad y de la familia.

El egoísmo más intolerable y el goce más brutal, en todas sus asqueantes variedades, corroían—cual lepra cancerosa—á la mayor parte de la humanidad.

El sér racional, emancipado por completo de la ley soberana del espíritu, dormitaba hastiado en la esclavitud de la materia abusadora y exigente.

El hombre no amaba á Dios ni al prójimo: sólo tributaba pleitesía y homenaje al hartamiento de la propia carne.

Para él no había en esta vida otro cuidado, ni otra aspiración que los de contentar á los sentidos.

Consígnase en la Historia que aquellos degradados repúblicos de la antigua Roma—dominadores de casi todo el mundo—una vez ahitos de manjares succulentos, tomaban vomitivos para arrojar lo comido y poder comer de nuevo.

¿Oabe rebajamiento más grande de la nobleza y dignidad humana como tales demasías de la asqueante gula?...

¿No hace eso mismo el perro ansioso, que vomita lo que come y come lo que vomita?...

¿No merecen compararse esos repúblicos á las pjaras de puercos gruñidores que, con ímpetu famélico, devoran los frutos de la encina?...

\*  
\* \*

Mas no hace falta que miremos tan atrás para ver las vergonzosas vehemencias, en cuyo fango sensual se hallan encenagadas muchas almas groseras y materialistas, que se tienen por racionales y aún por clases superiores y directoras.

No es menester ir tan lejos para apreciar los desórdenes de todo género, que producen las demasías del comer y del beber, las cuales no solo provocan la cólera de Dios, sino que hacen al hombre desgraciado en esta vida, llevándole á los mayores crímenes y exponiéndole á la burla y menosprecio de sus convecinos.

¿Cómo no, si ellas enagenan la razón; incitan á la lujuria; disipan la hacienda; descubren los secretos; mueven riñas y encienden ira?...

De esa pasión grosera se lee en el Libro de

los Proverbios (1): *Lujuriosa cosa es la gula y la embriaguez tumultuaria: cualquiera que se deleite en estas cosas, no es hombre de razón.*

\*  
\* \*

También en los actuales tiempos—no menos banquetarios y tabernarios que los antiguos—se celebran *bacanales* modernistas que ocasionan hondas tristezas, lágrimas amargas y remordimientos sin cuento, enmascarados, todos ellos con una vida alegre y divertida y, de placer y orgía.

También, como antiguamente, se inmolan en las *soirées* de ahora machos cabríos y cebados puercos, símbolos de impureza y suciedad; y urracas descocadas, emblemas de locuacidad é indiscreción; y hasta boas rastreras que, aletargadas por la comida y la bebida, se prestan, fácilmente, á todo género de excesos, de rebajamientos y aún de crímenes.

¡Qué de imposturas!... ¡qué de falsificaciones!... ¡qué de adulterios!... ¡qué de suicidios!... ¡qué de asesinatos no tienen en su *Debe* inaudito las comilonas y embriagueces, tanto de los *palaces* aristocráticos como de las tabernas más inmundas!...

No puede ser feliz—aunque mienta serlo—el hombre que, sujeto por el brutal yugo de la gula, vive sólo para comer y para beber, sin advertir, el mentecato, que hace de su boca y de su vientre el verdugo que al fin y al cabo acabará con él.

---

(1) Cap. 20, ver. 1

No puede ser feliz, de ningún modo, quien padece una dolencia tanto más grande cuanto más añeja, y va por un camino—por demás prolijo,—que se hace más largo y más penoso cuanto más se anda...

¿Con cuántas desazones y dispendios; con qué número de indigestiones y de enfermedades no paga el glotón su apetito refinado?...

¿Qué abyección hay más hedionda que la del embriagado, que pasa á ser vergüenza de los propios y ludibrio de los extraños?...

\*  
\* \*

Los glotones, durante su laboriosa digestión, respiran en un ambiente viciado y surtido de fétidos miasmas: así se les ve siempre con el semblante rojo; soporosos; sufriendo vómitos y ardores; con sed rabiosa, y de mil maneras castigados por la propia naturaleza, que rechaza asqueada ese tiránico é insano yugo del instinto brutal.

¿Pueden ser felices los insensatos que, cabalmente, hallan el acibar repugnante de la tribulación allí mismo donde tan regaladas frescura y suavidad se imaginaban encontrar?...

¡Cuántos cuerpos miserablemente destrozados, para siempre, por estas pasiones maldecidas!...

¡Cuántas familias arruinadas sin remedio!...

¿Cuántos males de cuerpo y alma no ha ocasionado esta brutal inclinación, que no obedece ni á freno ni á consejo?...

Pues aún así y todo: aún viéndose hartas y

hastias de comida y de bebida, las irredentas víctimas de este bajo vicio—tan refractario al cultivo del espíritu y al desarrollo de los nobles sentimientos—ni retroceden, ni se enmiendan, porque la pasión hidrópica de la gula nunca dice á sus esclavos ¡basta!

\*  
\* \*

Dios dotó al hombre de figura esbelta y gallarda; de estatura derecha y levantada hacia el cielo, en tanto que á los mulos—criados para nuestra utilidad y provecho—se la dió abajada y mirando al suelo, y, sin embargo el hombre contaminado de la gula busca, en vez del cielo, los mortales deleites de la bestia á la que se iguala, en lugar de servirse de ella.

Si la mula hablara diría, como el glotón, lo mucho que goza cuando come; y cuánto se huelga si la estrillan; y qué gran placer siente cuando la untan y soban de la cruz á las caderas con su propia sangre.

¿Qué extraño es, pues,—si de racionales se tornan irracionales—que no se den cuenta de que su salud—ha poco joven y robusta—se va destruyendo precipitadamente?... De nada les sirve el ver que la misma intemperancia que ellos padecen mata á más amigos y convecinos suyos que la espada y que la peste.

¡Desgraciados son en verdad!... ¡Siempre expuestos á que, cuando se hallen más ahitos y cebados, les sorprenda una congestión fulminante, sin darles tiempo para recibir el postrer consuelo de una bendición cristiana!...

## IX

### EL ENGENDRO DE ETER Y LA TIERRA

Por grandísimos trabajos y contradicciones que he tenido en esta vida no me acuerdo haber dicho *palabras de aflicción*, que no soy nada mujer en estas cosas, que tengo recto corazón.

(*Santa Teresa.*—Epistolario).

**N**o tenía más remedio que ser así!... Porque Eter fue hijo de aquel furioso Erebo que, convertido en torrente, corrió por los Infiernos, y de la negra Noche, madre, á su vez, de la Aflicción y de la Muerte.

Vástago Eter de semejantes padres, por fuerza tenía que engendrar á otro monstruo, ciego é indomable como él, y engendró la *Ira*.

Monstruo tan ciego y agresivo que hasta contra sí mismo desfoga su coraje, cuando no puede acometer á los demás.

Se parece al fiero *carlenco*, que es un pájaro tan rabioso, que si el cazador le hiere —aunque sea levemente— se enfurece hasta el extremo que él mismo acaba de matarse con su propio pico.

¡Qué diferencia entre ese vil engendro y el verbo de Teresa de Jesús que clamaba de este modo: *Yo, por grandísimos trabajos y contradicciones que he tenido en esta vida, no recuerdo haber dicho palabras de aflicción para nadie.*

¿Puede decir lo mismo el verbo irracional del iracundo, que á la menor contradicción salta con la rabia de la hiena, é impulsado por la ira, da rienda suelta á las feroces euménides de la venganza?...

¡No!... Porque la ira es el escándalo en la sociedad humana; el tumulto en los espíritus; el remordimiento en las conciencias; la que nutre, en fin, con su asquerosa baba, á la satánica blasfemia, cuya estridente anacronía crispera los cabellos de quien la oye, le ataca en lo más hondo de su sér, é hiere sus más íntimos y nobles sentimientos.

Así como el hombre pacífico tiene algo de divino, el iracundo lo tiene todo de frenético, de rabioso, de infernal, de desdichado y pérfido poseso.

Su áspero ademán; su semblante torvo; su faz adusta; sus ojos fulminantes; su cabello hirsuto, y la nerviosa tartamudez de su engruesada lengua, denotan claramente que no es dueño de sí, y por lo tanto, que no debe, que no puede ser feliz.



¿Cómo ha de ser feliz quien á la menor injusticia—real ó imaginaria—que se le figura que le hacen, estalla de cólera, cual huracán impetuoso, y ya no vé, ni conoce, ni entiende,



ni deja ver, ni conocer, ni entender á quien airado se dirige?...

¿Cómo ha de ser feliz, ni hacer dichoso á nadie, quien cuando mira es una fiera; un arma cargada cuando discute; una abeja furiosa cuando acomete; y siempre el cráter de un volcán que vomita perennemente desolación y fuego y lava?...

No puede ser feliz: pues como se lee en el Libro de los Proverbios *al iracundo le siguen siempre la humillación y la vergüenza.*

La cólera le ciega; la pasión le incita; el furor le mueve é impaciente, y así se desborda su locura—en catarata arrolladora—para no dejarle obrar la justicia, si no, por lo contrario, hacer que sus ruidosas violencias subleven á cuantas criaturas tiene al lado; y que le huyan, maldigan, desprecien y aborrezcan...

\*  
\* \*

Es la ira una pasión tan absurda y contradictoria que cuanto más se inflama, alumbra menos y calienta más, como el rayo destructor, que abrasa con la chispa y con el brillo ciega.

Ella toma su origen (lo mismo que el orgullo) de la satánica soberbia, y por eso es tan intensa la braveza de su fiebre y tan febril la pujanza de cuantos corazones con su imperio irrita.

Tirana corajuda, es enemiga de la reflexión y de la luz; su hálito infeccioso cubre de tinieblas el cielo de la razón y nubla la claridad del entendimiento, convirtiendo á una y á

otro en dementes, en impíos, y hasta en necios.

Hemos leído—no recordamos dónde—*que es grave la piedra y pesada la arena, pero que la ira del necio es todavía más pesada que las dos.*

Y se explica fácilmente; porque el peso de la piedra y de la arena solamente molesta y agobia á las espaldas que le llevan; en tanto que la pesantez del necio enojado, no sólo le pesa á él, sino que abruma á las almas de más temple, y no la pueden soportar ni aún los hombres más prudentes y sufridos.

\*  
\* \*

El hombre encolerizado nunca estima injusto su apasionado enojo; más bien cuando no tiene razón para su cólera—que es en la mayoría de los casos—atrofia su corazón con errados juicios y falsos supuestos, avaricioso—como está siempre el demente—de cometer todo género de disparatados actos y toda suerte de malignos desafueros.

Duro, quisquilloso y desabrido, por cualquier cosa mueve rencillas y provoca riñas.

No puede acomodarse al pensamiento de que, en los combates de la vida, sólo de la paciencia es la victoria, y por eso se abalanza ciego á corregir por medios violentos, con los cuales no consigue convencer ni corregir á nadie y si aturdir y exasperar á cuantos le rodean.

Mal puede aquietar á los que tiene al lado quien se inquieta á sí mismo, y menos sabrá dar paz á otro quien se halla consigo en continua guerra.

Lo mismo que el torrente desbordado, que baja de la colina al valle arrasando cuanto halla al paso, así el iracundo da palos á diestro y á siniestro, sin saber lo que hace, pues tales son el desconcierto y el tumulto de esta pasión ciega y salvaje.

Siempre está descontento de sí mismo, por que tiene tan enemistados en su alma la voluntad y el deseo, que jamás logra ponerlos de acuerdo, por más esfuerzos que hace, ni halla ocasión de reprimirlos, viéndose precisado á ejecutar lo que no quisiera hacer, para pesarle después de ejecutado.

La ira, en fin, es un combustible tan activo que prende con más rapidez y facilidad en el corazón del impaciente que en el hornillo la retama seca, y que arde de tal modo, que comunica á sus actos mayor llama que la producida por una brazada de sarmientos.

\*  
\* \*

Acontece una cosa singular con esta pasión maldita: es una semilla tan excepcionalmente funesta que no se destruye para germinar como las demás semillas, sino que vive más cuantos más frutos produce, los cuales, á su vez, son tan contradictorios y agrios, que, cuanto mayor es el mal que á los extraños causa, mayores son también el dolor y desasosiego propios.

Es muy cierto que los daños que la ira produce son muchos é irremediables; pero también lo es que esa pasión se mitiga y hasta se cura si se quiere.

Hace sesenta años una vieja sirvienta me contó que al hombre más iracundo de su pueblo, un sólo sueño le curó.

Soñó que en el infierno los blasfemos, los calumniadores y los iracundos eran amarrados á briosos potros sin riendas, que los llevaban arrastrando por altos cerros y ásperos barrancos, de grandes pedregales; y que sufrían tan cruentísimos dolores, que, los infelices, no cesaban de renegar de sus mismos padres y de maldecir la hora en que fueron engendrados y nacidos.

Que, después de martirio tan horrendo, cuando ya tenían descoyuntados los miembros y destrozadas las entrañas, les sacaban las lenguas por el colodrillo, se las majaban y picaban en duros tajos de encina á su presencia misma, y luego se las hacían comer, á viva fuerza.

Que al masticarlas, al tragarlas, y al volver ellas á brotar en sus gargantas, eran aún más horrorosos los dolores que al sacárselas, y que, una vez hecho esto, con gran algazara de los diablos, sus verdugos, el martirio volvía á comenzar.

Y, por último, que, cuando aquel hombre—que mi vieja me aseguraba haber tratado—despertó de su extraño sueño no se irritó más contra nadie, sino que—cual otro Job—fue, en lo sucesivo el hombre de más paciencia de su pueblo, merced á un buche de agua que se ponía en la boca—y no tragaba—en cuanto advertía los primeros preludios de la ira.

## LOS QUELONIOS

El que tuviera las virtudes ganadas á fuerza de su propio trabajo, mucho más merecerá.

*(Santa Teresa. Morada VI, 9.)*

**E**L animal más antipático por su configuración y su blindaje, y por su recelo y apatía en el andar es el galápago; y el galápago, á su vez, es la representación más genuina del holgazán y egoísta perezoso.

De esa sombra vagorosa de criatura racional, que infesta á la sociedad con su criminal y abyecta dejadez, como los restos letales de astro muerto que, al transitar por el ambiente de los vivos, van derramando peste y tristeza y frío.

De esos satélites del ocio que, como yertos é inútiles despojos, viven en sociedad sin hacer nada, no por falta de medios de racional actividad, sino por sobra de cobardía y de egoísmo.

Hombres que no son hombres sino cosas, pues, á pesar de los dones que les vienen de

natura por su noble condición de racionales, solo anhelan vivir á la manera de seres de cebo ó de regalo, y morir irracionalmente como ellos, cual si no tuvieran una alma que salvar.

Los náufragos se ahogan sin buscarlo, por que el sueño irremediable que les viene del desgaste de fuerzas y del frío, les sumerge en el fondo de las aguas y no por que á ellos les falten voluntad é industria para nadar.

Los egoístas y cobardes perezosos hallan la muerte temporal y eterna por que así lo quieren, pues buscan voluntariamente la desidia y somnolencia de sus fuerzas y de sus facultades naturales.

\*  
\*  
\*

Aun siendo el Creador Suma Bondad como lo es, no puede menos de aborrecer á su ingrata criatura cuando la vé abandonada á la pereza, por que EL la dió fortuna, potencias y energías para usarlas, no para arrinconarlas ó esconderlas.

Y la madre sociedad, que la da asilo, también tiene que maldecirla y detestarla cuando se apercibe de que, en vez de enriquecerla como lo hacen las otras criaturas, la explota y empobrece y la burla y roba.

El trabajo—fuente de perfección humana—es un deber de justicia que nadie puede dejar incumplido sin dejar á la vez de ser honrado.

En el orden natural es una función muy provechosa, y casi indispensable de la vida.

En el social una ley ineludible que nos obliga á todos.

Y, en orden más digno y elevado, es la satisfacción de una justa pena que purifica, que redime del pecado original, y que ennoblece á los ojos del mismo Creador.

¡Hé aquí el por qué la criatura ociosa no puede ser feliz en esta vida ni en la eterna!...

Hé aquí el por qué los perezosos pierden el cielo—que se ha hecho para los justos y no para los delincuentes—después de haber perdido también la dicha de aquí abajo, al hallarse privados del respeto y estimación de sus hermanos, ó sea careciendo de lo que más aproxima á la felicidad posible en el tiempo.

Y no puede ser menos: porque de todos es sabido—y á diario lo confirma la experiencia—que quien no destina su tiempo á cosas buenas y honradas, ocupa su corazón con afectos ilícitos é insanos, que tal es la pobre condición humana, como lo dice el conocido adagio: *la ociosidad es madre de todos los vicios*.

Cuando menos, lo que confirma á diario la experiencia, es que en el ocio—retoño natural de la pereza—brotan las tristezas, las envidias, los escándalos, las pendencias y los crímenes.

¿Qué más puede pedirse para ser infeliz en este mundo?

Siempre la pereza es funestísima al orden social, pues al hacer á los individuos desidiosos y abandonados, los hace pendencieros que causan la decadencia y deshonor de las familias, la ruina de los hogares y el crecimiento de la inmoralidad y el de la población de los presidios.

\*  
\* \*

La *pereza* es la bancarrota del deber: comienza en la ociosidad; se nutre del egoísmo; crea la holgazanería y solo Dios sabe en donde acabará.

Semejante al grano de mostaza—que es una de las semillas más menudas—aparece ella también en los comienzos como el más chico de los desvaríos del espíritu; pero también al igual que la mostaza, se hace con el tiempo árbol gigante, de ancha copa y de gruesas y pobladas ramas.

Numerosos y fatales son todos los frutos que produce, entre los cuales se cuentan la inacción, el egoísmo, la dejadez, la impiedad, la duda, las elegías de la vida, los lamentos de la muerte, la hipocondría del corazón, los espasmos del espíritu, todo, en fin, aquello que supone una infelicidad inexcusable, patente é irreductible.

\*  
\* \*

¡Al entregarse á la molición el perezoso, se le figura estar gozando del placer de no hacer nada, y cuan grandemente se equivoca!...

¡Podrá no hacer nada para el bien social; pero, sin conocerlo, trabaja y hace mucho en su propio mal!... ¡Trabaja y hace mucho en amargarse la existencia creyendo el infeliz dulcificarla!...

El regalo y la ociosidad nunca sirvieron—en la lucha ineludible de la prueba—de defensa al ánimo sidereo, siempre vibrante como el lucero de la tarde; pues, en vez de contener sus vibraciones, que es lo que ellos se proponen, las quitan regularidad y las excitan más



El sér racional, ó pierde la razón, ó tiene que vivir con ideales: no puede excusarse de hacer algo, para no morir de tedio: forzosamente ha de huir de la pereza porque la inacción es, en todo hombre, el verdugo de su cuerpo y la mortaja de su alma.

Delirio, y nada más, es el intento de querer dar total descanso al espíritu y al corazón mientras peregrinamos por este mundo brumoso, inefable conjunto de quiméricos ensueños.

No es la vida del tiempo un campo estéril y desierto, sino valle muy habitado y muy fecundo, en el que, ni el corazón, ni el ánimo pueden excusarse del trabajo de admitir pesares y de buscar consuelos.

Los pesares nos los impone, en justicia, el periodo de la prueba, y también, en justicia, se premian en ese periodo, con consuelos á los leales y concinos.

\*  
\* \*

La carga del trabajo—ya de una manera ya de otra—es inevitable: no se ha dado para arrojarla á las simas de la quietud y de la holganza; así sucede que también la lleva el perezoso aunque la lleve de mala gana, como el asno rezongón conduce el haz de leña.

Ya, para nuestros primeros padres, existía en el paraíso terrenal la muy noble y racional virtud del trabajo, solamente que allí no era el trabajo estimado como carga pesada, sino más bien como motivo de mayor placer y dicha.

El sudor, la fatiga y penas que después

amargaron el trabajo son consecuencia y castigo de la primera culpa.

Esa antipática y áspera corteza con que cubre desde entonces el trabajo á los caídos hijos de Adán, y que les separaba de Dios, su creador, Cristo Redentor, vino á tornarla nuevamente en base de gozo espiritual, convirtiéndola en valioso lingote de oro con el cual se compra la suma felicidad de volver de nuevo á El.

La pereza, por consiguiente, no es una madre estéril, como ella se figura, sino una drastra muy fecunda; pero fecunda en males.

Así como el agua se corrompe si no corre, y el hierro se oxida de no usarlo, así se ennegrecen y enervan las facultades del alma, cuando permanecen inactivas para el bien; y así enferma y se destroza el cuerpo envilecido por la holganza.

El insensato, que cifra todo su anhelo en el descanso, infringe la ley natural que le ha sido impuesta para regirse y gobernarse; sale desordenadamente y con mayor trabajo de la órbita que se le tiene trazada y, después de haberse hinchado de linfa, de dolor y de pesares, deja este mundo de lágrimas y recuerdos, sin que nadie le llore ni recuerde, como concha sin vida que rodó olvidada por la playa, ó caracol vacío de molusco, que el mar arrojó á la arena cual despojo despreciable, pues no por ser inútiles, caracol y concha, dejaron de rodar que es su trabajo.

¿No es la mayor desgracia, ver que hasta la barca pescadora—frágil leño que surca penosamente el océano—deja tras de sí plateada

estela, dibujada por su timón en las hirvientes aguas, en tanto que el egoísta perezoso, que sólo vivió vida de muerte animal, no deja entre los vivientes ni la memoria de una acción siquiera que haya sido útil y provechosa á los demás?...

\*  
\* \*

Si faltando el trabajo material á la vida física enferma grandemente el cuerpo, todavía sufre detrimento mayor la salud espiritual, cuando al alma se la priva del sustento indispensable para ella, que es el amor al bien.

Enferman mortalmente el entendimiento, la razón y la voluntad, que son los tres dones más preciados para obtener la dicha ó la infelicidad.

Cuando el entendimiento está inactivo; cuando el arado de la razón no le cultiva con esmero, la fantástica mente, que jamás para, se prostituye y divaga, y la voluntad, mal educada, rueda, sin rumbo, por espacios peligrosos é indeterminados, llena de vacilaciones desesperantes, que la hacen estrellarse en la noche tenebrosa de la duda.

¡Funestísima duda que, á su vez, siembra en el corazón la tibieza desmayante, presto convertida en total olvido de cuantos deberes se integran en el servicio de Dios, y presto encarcelada en la fúnebre prisión del egoísmo!...

\*  
\* \*

El egoísmo—raíz, savia y fruto de la ácrea pereza—aisla al holgazán de todo cuanto es beneficioso á los demás.

No le permite pensar, sino en sí: en amarse á sí: pero con afecto tan errado y pernicioso que, lejos de ser delicada y sutil gasa que no impida la entrada en el corazón á la dulce savia del verdadero amor que se debe á sí y debe á los demás, es recia corteza ó grosera y asqueante roña que lo endurece, lo agría y lo deforma suciamente.

Como se conduce una res al matadero, así lleva el egoísmo al perezoso á donde ninguno le estime ni pueda estimarle; á donde nadie se duela de sus aficciones: al yermo del desamparo; al polvo miserable del olvido.

No hay aficción más honda, ni infelicidad más deplorable y cierta, como ese menosprecio, esa aversión, ese abandono, que merecen, en justicia, y que infaliblemente se acarrean la mal sana pereza y su consorte el egoísmo.

¡No puede ser menos: pues para ellos no hay padres, ni hijos, ni hermanos, ni amigos, ni prójimos; todo lo son ellos y nadie más que ellos!...

Las nazarenas golondrinas cruzan los mares unidas en bandadas, formando compactas y numéricas familias. Cuando alguna de ellas, ingrata ó caprichosa, se separa del bullicioso bando y se niega á seguir el común rumbo, presto desfallece y cae en las bravías olas, sin hallar una ayuda amiga que la salve del hambriento abismo.

¿No ha de pasarle igual al egoísta perezoso que se separa voluntariamente de la común

bandada, y que nunca trató de enjugar las lágrimas ajenas?...

No esperé, pues, que ningún lienzo bondadoso limpie los ojos afligidos de quien jamás hizo el bien en este mundo... Ni que espíritus agradecidos lleven á sus labios cárdenos—cuando se hallen faltos de frescura—la bienhechora esponja del crucifijo ni aún en aquel momento inevitable en que se exhala el último suspiro!... ¡Ni menos, aún, que una mano querida deposite blancas flores sobre el paño enlutado de su féretro!...

\* \* \*

Así como las sencillas aves tejen con amor sus nidos y hacia ellos vuelan contentas, llamadas por idénticos deseos, así los hombres honrados labran sus cálidos hogares, á los cuales son llevados la piedad, la paz y el casto amor, por los aires bonancibles de la dicha...

Y de igual manera que las hormigas laboriosas allegan, por el estío, la mies que ha de sustentarlas en el invierno, los hombres trabajadores amontonan en el tiempo de la prueba las obras virtuosas, que habrán de registrárseles en la hora tremenda de la eternidad.

¿Pero cómo ha de ser dichoso el egoísta que no busca el hogar de la familia (templo bendecido por Dios) en el cual residen la piedad y el amor puro—afectos que no mueren ni se ocultan, y brasas que abrigan y no queman—en cuyo ambiente se aspiran la gratitud, el cariño, la esperanza y la fuerza de la vida cabalmente en el descenso de la vida?...

¿Cómo ha de ser feliz el perezoso que no trabajó por allegar una voz amiga que mitigara su desconsuelo en las horas del dolor y de las penas, ni un deudo obligado, ni quizás las preces de la Religión, que acompañen su cadáver al abismo de la tumba?...

¡¡Infelices de ellos!!... Sólo es dichoso en este mundo, y sólo conoce los placeres verdaderos—más dulces y sabrosos que la miel de los panales—quien en medio del trabajo se complace en el amor de Dios y gusta del amor y bien del prójimo.

\*  
\* \*

Realmente parecen escritas para los quecnios—egoístas perezosos—estas palabras que un día leyera Baltasar en la tersa pared de su regio alcázar: *¡Manel!... ¡Thezel!... ¡Phares!... ¡En qué has pensado, imbécil, pues tus horas están contadas? Registradas fueron tus obras y se las halló vacías... ¡Cortado está el hilo de tu existencia, y tu reino y tu alma serán entregados á tus enemigos!...*

## XI

### ¡MAGNUM BELLUM!

Ande el alma confiada en la misericordia del Señor, que es fiel y no dejará al demonio que le engañe, aunque siempre es bien se ande con cuidado.

(*Sta. Teresa. Morada VI, 5*).

**V**ALIÉNDOSE unas veces de la hipócrita suavidad de la serpiente, y otras empleando la rabia del ábrego furioso, nos asedia el Angel Malo por siete flacos distintos, como ya queda dicho en los capítulos precedentes.

La soberbia y la avaricia; la lujuria y la envidia; la gula, la ira y la pereza, son los fétidos miasmas en que toman su aliento nuestros malos hábitos, como las hojas de los árboles toman del ambiente la aspiración de las ramas y del tronco.

Pero dice Santa Teresa (1) que el demonio á los apercebidos no osa tanto acometer, porque es

---

(1) Camino de Perfección, 38.

*muy cobarde; pero si viese descuido hará gran daño.*

No desconfiemos pues: aprestémonos valerosos al combate, puesto que en nuestra mano está el vivir apercebidos y evitar, así, que el diablo se atreva con nosotros.

El Genio del Mal—por más que afle las uñas, y por mucho que esgrima sus longevas maldades—no tiene fuerza para causar daño sino á los que viven descuidados.

\*  
\* \*

Por mucho que se esfuerce y enfurezca el Angel Malo, jamás podrá vencer al fiel cristiano que esté siempre adherido al Dios Universal y Omnipotente, que hace que vibren en el sol continuos rayos; y que no detengan su curso las estrellas; y que se sucedan los días y las noches con una regularidad incontrastable.

¿Qué puede él contra ese Dios, cuya grandeza proclama el cielo con sus auroras boreales, y publican, incesantemente, la tierra con sus frutos, las flores con sus galas, la luz con su hermosa transparencia y el sonido con su magia?...

Nada pueden temer del Angel Malo los perfectos cristianos, que usan sin cesar y agradecidos de los cuantiosos bienes que les trajo el Redentor.

Quien quiso dar belleza á los claveles, perfume á las rosas y blancura al nardo, también da á los hombres rectitud de conciencia, fragante fe y divina gracia, que sirven de trin-



chera inexpugnable á los que sienten gratitud; no á los ingratos, de quienes dice el sabio, *que todas las gracias que reciben se les convierten en daño propio.*

\*  
\* \*

Es tanta la misericordia del Señor y tan grande el amor que tiene á la humana criatura que, con idéntica sencillez é igual contento con que mandó á su Providencia Altísima que sacara del caos la radiante luz, así hace brotar del mal, con que nos asedia Satanás, méritos y frutos para nuestro propio bien.

Pero eso los fieles á la Santa Ley; los que vivan advertidos contra el fermento de esas siete malas inclinaciones, nada tienen que temer aunque ellas estén apadrinadas y sean personalmente fomentadas por el mismo Lucifer.

Oigamos de nuevo á Santa Teresa de Jesús (1): *si no andais con malicia ni sentís soberbia, con lo que el demonio os pensase dar la muerte os dará la vida.*

\*  
\* \*

¡Venga pues esa lucha encarnizada, y estalle violenta en el breve periodo de la prueba, como revienta entre sombras la furiosa tempestad!

¡Por cruel y trabada que ella sea y por más tribulaciones y pesares de que venga acompañada, el sol de la Redención, que evoca en torno suyo valor y confianza, la tornará en

---

(1) Camino de Perfección, 70.

lumbre de paja que produce gran humo y no da llama!

Cuando el Señor—que conoce los más secretos pensamientos y los escasos medios que tenemos—envía á los hombres tales luchas, es porque piensa darles también las fuerzas necesarias para vencerlas, siempre que ellos, á su vez, sean fieles á El y no abismen sus ingratos corazones en la noche negruzca de la duda.

Así como la bendita santa de Avila nos dijo, ha poco, que si no andamos con malicia el diablo no podrá matarnos—dándonos á entender que más bien moriría él, como la abeja que al picar halla la muerte—así el Seráfico de Sales nos afirma, igualmente, que donde no hay batalla no se puede decir que haya victoria, porque las fuerzas no probadas son fuerzas inciertas, y las sólidas virtudes se dan á conocer en el peligro y no en la calma.

La calma siempre es mucho más mansa y estimable después de un huracán bravío y estridente.

(1) *Las virtudes que crecen en medio de la consolación y del sosiego son débiles y caducas; mientras que las que se desarrollan en la lucha, en las tribulaciones y trabajos, son fuertes y sólidas; que en el terreno pedregoso es donde se cría el mejor vino.*

\*  
\* \*

Cierto que esas siete nativas inclinaciones

---

(1) San Francisco de Sales.

—como son males naturales del destierro— no envuelven por sí mismas ofensa al Creador, ni menos ingratitud y desobediencia; pero es que se asemejan á la bola de nieve que, rodando sobre sí misma, cada vez se agranda y endurece más.

Y así como la nieve se deshace si no se la apisona, y la derrite fácilmente el sol, á ellas, igualmente, las amortigua la prudencia y hasta llega á disolverlas, por completo, el vívido calor que á todos nos envía el Sol Divino de la Gracia.

Ellas, por sí, no traspasan la Ley Santa, más bien constituyen, cabalmente, el medio de que se valen los siempre sabios é inexcrutables designios de la Providencia para dar á entender á la razón el camino digno y meritorio que es preciso seguir.

Su presencia, pues, en el corazón de los seres racionales no supone la comisión de actos pecaminosos, como tampoco la existencia del precipicio hoscoso significa que hayamos de arrojarnos á él para estrellarnos.

Son á modo de sima peligrosa, de la cual, hasta el natural instinto de conservación nos aconseja huir: son gérmen, disposición nada más, para cometer graves pecados quien premeditadamente quiera cometerlos; pues, por lo demás, la misma conciencia nos dice que son merecedores de castigo, como el barboteo de la fontana oculta nos dice que por allí corren las aguas que distraen el oído.

\*  
\* \*

Las tentaciones que brotan—natural y casi

inadvertidamente á veces—de esos gérmenes capitales no afean, ni envilecen al espíritu; más bien sirven para hermostearle y ennoblecerle con el glorioso laurel de la victoria.

Y hacen más todavía: al ejercitarle en la lucha por el bien, no solamente conservan en él las fuerzas espirituales—no menos naturales que esos gérmenes—sino que las agrandan y multiplican...

Y le vigorizan para menospreciar, cada vez más, esa repugnancia que á la naturaleza de la carne causa esta lucha, en la cual ella sale vencida, siempre que el espíritu se empeña y lo procura.

Y para enseñar y convencer á esa misma carne de que no está en el mundo sólo para satisfacer apetitos y seguir impulsos ciegos, sino que ha sido fabricada, principalmente, para servirle á él—que es inmortal y la enaltece—y para servirle de envoltura pasajera y de sumisa servidora, porque ni el manto real es el rey, ni el hábito hace al monje.

El agua—tesoro valiosísimo y elemento indispensable para la vida—siempre es agua, ó sea un compuesto de hidrógeno y oxígeno. Pero cuando pura y cristalina discurre por llana y prudente acequia, no sólo se desliza solazosa por entre adelfas y rosales, sino que va á parar á la plácida pradera y hace que se vista de pastos sabrosos y de rientes flores. Pero si turbia y airada se lanza torrencialmente por precipicios y barrancos, no sólo destroza su propio cauce, sino que asola, injustamente al prado y los sembrados, á los que cubre de sofocante cieno.

Eso mismo le sucede al hombre si azuzando al insano fermento de origen se empeña en que fructifique la mala semilla que heredó en la cuna.



Quando el instinto de la carne impera; cuando se inflama de la pasión el fuego, los nervios se desatan y sus vibraciones perniciosas sustituyen á la tranquila actuación del entendimiento.

Se embotan las nobles facultades del alma para que se cierre el paso á los saludables efluvios de la gracia; el corazón entrega las llaves de su casa al desasosiego y al error, y la voluntad y la inteligencia toman las torcidas sendas de la duda, en las cuales, difícilmente ya vuelve á penetrar la espléndida luz de la verdad.

Con esos descuidados es con quienes se atreve, principalmente, el cobarde Lucifer... En ellos es en quienes produce grandes daños, aún en la tierra misma, que á los actos y quererres que no se informan en el espíritu evangélico, la conciencia natural los odia y los rechaza, pues—hasta en la vida del tiempo—son los únicos y verdaderos ahuyentadores del sosiego, de la alegría y de la ventura.

Hace, pues, que para ellos el destierro resulte doblemente agrio é insufrible, y que, desesperados, maldigan de todo y por todo se angustien y exasperen.

¡Infeliz del descuidado!... ¡Después de navegar, de tumbo en tumbo, por los mares tor-

mentosos de la prueba, sin ancla, ni brújula, ni timón, ni velas, ni piloto, como barco abandonado, se hunde en el golfo tenebroso de la desdicha eterna.

\*  
\* \*

En cambio, ¡cuán diferente es la existencia y que cierta la victoria de quien vive apercebido y, siempre obediente á la Ley y al sano juicio, temple su alma en los crisoles salvadores de la esperanza y de la fel...

¿No ves á diario que si el rocío de la noche cruda empaña los vidrios de tu alcoba y cierra, por un momento, el paso á los rayos del sol madrugador, luego ese mismo sol—que es más potente que el rocío—no bien besa con su fuego el vidrio congelado, ya no sólo le deshiela para que circule por él la claridad, sino que le abriga y consuela cariñosamente con su benéfico calor?...

Lo mismo obra la gracia: con sus radiantes efluvios de virtud llama á las puertas del corazón apercebido y, si la voluntad responde con generosa actividad, el hombre se ha salvado...

Ya no le intimida lo duro y encarnecido del combate; ya no le importa que el ardiente llover hinche sus ojos; ni que surquen los pesares sus mejillas; ni que la pena y el dolor blanqueen sus cabellos; ni que el perenne martillar de las pasiones le golpee el alma; pues remozado todo su sér, se halla como incrustado en la peña incommovible de la justicia y del deber.

También el flujo y reflujo de la marea azota de continuo á la costa acantilada, y no por eso el acantilado intrépido se inmuta ni pierde su sólida consistencia.

\*  
\* \*

El acantilado del alma, asistida por la gracia, es capaz igualmente de resistir el flujo y reflujo de todas las tentaciones, y de borrar totalmente la nativa inclinación hacia los desordenados apetitos y deseos.

Mas si para triunfar el hombre de su propia naturaleza, necesita de una virtud sobrenatural—superior á él—que se llama gracia, ¿cómo buscarla y cómo hallarla?

Ya nos lo dijo la mística Doctora, al comenzar este capítulo: *viviendo aperecidos*.

Porque ese dón sobrenatural llamado gracia—que procede de un Padre naturalmente bueno y generoso—no se le niega á nadie, que de verdad la desee y con fe la solicite, como no niega su sombra el patriarcal castaño á quien bajo su copa se cobija.

Gracia, por otra parte, tan conforme con nuestra manera de ser y de sentir, que, no por su condición de sobrenatural, deprime ni anula nuestra naturaleza, sino que, por el contrario, la eleva y ennoblece, y la dota de más vigor y mejor vista para que se aparte, si quiere, de la amenazante sima de sus malas inclinaciones.

Es ella tan precisa al hombre, para combatir y vencer al diablo y vivir vida de justicia, como las alas son necesarias á las aves para volar y remontarse.

Así como las aves usan las alas no solamente para levantarse del suelo y para sostenerse en el aire, sino que, una vez levantadas las mueven para seguir volando más, así al hombre, la bendita gracia no sólo le levanta del humillante mal y le facilita la ascensión al bien, sino que, luego de remontarle, ella es la que se encarga de fomentar sus anhelos de subir más, y de empujarle deleitosamente para que sin nuevos esfuerzos lo consiga.

Tan imprescindible es ella para la vida espiritual, como el agua lo es para la vida física.

Sin el agua no podría existir nuestro planeta, ni nosotros aspirar el aire que vivifica nuestro sér, ni tampoco la tierra germinaría para que sus frutos nos vistieran y sustentaran.

Pues de igual manera, el alma racional necesita de la gracia para que la inteligencia no se vea privada de la verdadera ciencia, ni se mueva la voluntad al azar desconociendo el verdadero bien; ni el corazón, en fin, desfallezca y se desquebraje al tenaz martilleo de los quebrantos y amarguras de la prueba.



Parece ser que un príncipe mancebo, hastiado de la vida, atribuyendo sus males á la humana compañía, huyó á lejano monte á buscar en la soledad reposo para sus afanes.

Allí, acostado sobre la verde yerba y arrullado por los cantos de los pájaros silvestres, se quejaba de que no cubría la capa del estre-



llado cielo sér más infortunado que él, pues los árboles, lo mismo que las aves, vegetaban y vivían en plácidos deportes, mientras él pasaba la vida siempre quejumbroso y triste.

—¿Cómo soportará la tierra hombre tan agobiado por la pesadumbre y no me tragará y conmigo á mis pesares?...—el infeliz decía.

Y un día, cuando más ensimismado estaba en tales pensamientos, vió surgir, de repente, por lo más espeso del bosque, siete alegres matronas.

La que parecía más modesta llevaba un estandarte azul, recamado de perlas y brillantes, y en el cual, bordado en oro, había este letrero: *somos las tres virtudes teologales y las cuatro cardinales.*

—¡Necio!...—le dijo la del estandarte.— ¡Vuelve á tu país, asocíate á nosotras y triunfarás de tus anhelos!...

—¿Mas cómo conseguiré vuestra amistad y vuestro apoyo?—preguntó el mancebo.

—¡Fíate de mí!... Que yo soy más esforzada que Judit y más sabia que Minerva y más hermosa que Venus, y más discreta que Dévora. ¡Sígueme, y nada te faltará ni temerás por nada!... ¡Toma mi brazo—que en el Huerde los Olivos fue probado—y si en él te apoyas, serás respetado y feliz toda la vida, porque mi brazo es más fuerte que robusto roble y tiene más raíz que centenaria encina.

—¿Pues quién eres tú?...—volvió á preguntar con ánsia el avisado príncipe.

—Yo soy el diétamo maravilloso que lo sana y embalsama todo... Más medicinal y perfumante que el estoraque de Oriente, que

puedo dotar de savia redentora todas las vísceras de tu cuerpo y de tu alma, para que no más se altere tu organismo ni el sosiego de tu espíritu. Yo seré tu consejera, y si en mí confías, como confía el niño en su madre, no te arrepentirás de ello y me amarás lo mismo que si tu madre fuera... Yo no mermaré tu libertad, ni tu dignidad, ni tu nobleza; ni ninguna de tus virtudes excluiré de tí, sino que, con mi propia virtud las reglaré, y ellas por sí solas se ordenarán, fomentarán y agrandarán de modo singular y prodigioso. En el mundo me llaman la *Prudencia*, pero yo sólo contesto al mundo con tal nombre cuando éste no contradice mi estirpe superior, que es celestial. Mi hija—que te daré por esposa si me sigues—es de una bondad incomparable, pues no hay panal de miel más sabroso é ideal que ella; lleva—lo mismo en el mundo que en el cielo—el nombre encantador de *La Humildad*.

## XII

### LAS ARMAS

La humildad es el unguento de nuestras heridas: si la hay de veras, aunque tarde algún tiempo, vendrá el cirujano, que es Dios, á salvarnos.

(*Sta. Teresa. Morada, III, 2*).

**A**sí como la plácida floresta alienta y cobija lo mismo al ruiseñor de alegres trinos que á la triste y quejicosa tórtola, así la humildad prodigiadora—madre y sostén de las virtudes todas—protege y recompensa, con igual ventura, á los hombres que lloran atribulados que á los que ríen favorecidos.

Ella arranca de cuajo, en todos ellos, las malas plantas con que la desesperación ó la soberbia obstruyen el camino á la razón, y la permite conocer y comprender los magnos privilegios que—sobre todos los demás seres—otorgó al sér humano el generoso Criador.

En el orden natural, ¿qué más le pudo dar que no le diera?

Dios hizo el Universo, y lo conserva y lo

gobierna, no por el Universo mismo sino por su propia gloria.

Desde los millares de diminutos vivientes que pululan en una gota de agua, hasta los gigantescos mares con sus gemidos y bravura y los altos cielos con su inmensidad de mundos, todos proclaman que la Sabiduría Eterna dictó leyes á todos los seres y que todos la sirven, siguiéndolas fielmente...

\*  
\* \*

Solamente al hombre le ha sido concedida la libertad para faltar á su respectiva ley y hasta para ofender al Generoso Creador, en gracia á su nobleza y dignidad muy superiores á las de las otras criaturas.

Ha sido hecho dueño y señor de sus propias acciones, dándole á la vez entendimiento para que, siendo responsable consciente de sus obras, obtenga, por el mérito de ellas, los altos fines para que fue criado.

Solamente él puede infringir, si quiere, su respectiva ley y buscar su propia desgracia y su castigo, menospreciando los valiosísimos privilegios que, para cumplirla, se le han dado.

El mismo Dios dice, por boca del Rey-Propheta: *Hombre, no quieras ser hecho como el mulo y el caballo, en los cuales no hay entendimiento.*

Y el mismo salmista—en nombre de la sensata y agradecida humanidad—contesta de este modo al Hacedor: *Señor, señalada está la luz de tu rostro sobre mí...*

¡No!... ¡El sér racional no falta si no quiere faltar!...

Nadie puede excusarse por rudeza ó ignorancia, porque la lumbre de la razón reside en todos, y su luz nos pone de manifiesto lo que se puede obrar y lo que evitarse puede; siendo, pues, de nuestra cuenta la elección.

Y entrando en el orden sobrenatural ó de la gracia, ¿qué de comunicaciones extraordinarias no se le permiten con el Supremo Señor de todo lo creado?...

¿Qué de medios no se le ofrecen, de continuo, para que alcance fines mucho más superiores á los que él—por sus aptitudes naturales—jamás, ni por ensueño, creyó poder llegar?...

\* \* \*

Bien que el hombre se enorgullezca de ser hombre; mas, por lo mismo, tiene mayor obligación de ser sumiso y agradecido á la Generosidad y Bondad del Creador—principio y fin de todas las cosas.

Y ¿qué viene á resultar la gratitud en este caso, si ella es de verdad firme y sincera?

Pues como el grano diminuto de mostaza, que lleva en su entraña tal poder que, por arte milagroso, se convierte, rápidamente, en el árbol gigante de la *humildad*.

De esa virtud maravillosa que se aumenta y hermosea por si sola y que es la única virtud privilegiada que tiene vida propia, y la única que siempre está florida y floreciente, como el alegre mes de María.

En el risueño mes de María derraman por el valle sus carmines el geráneo y la amapola, pero pasa ese mes y sus dones mueren.

Más opulenta y fecunda y generosa es la planta de la humildad, pues ella esparce por la caída é inmensa humanidad su poderío, su bondad y su fragancia, en todos los tiempos, estados y circunstancias de la vida.

Prodigiosa planta es la humildad, con cuyos bellos y delicados tallos se teje el divino lazo que une las dos vidas del hombre: la de la naturaleza y la de la gracia.

Con arte magistral y milagroso ella activa, embellece y endulza el amargo periodo de la prueba con las mágicas virtudes que produce del temor, de la confianza y de la caridad, que son las armas poderosas con que la divina gracia dota al hombre para luchar y vencer en el combate.

El *temor* que es el grito natural de la conciencia y la prueba de que no duerme la razón.

La *confianza*, sin la cual no puede existir la sociedad, siendo así que el hombre es, por naturaleza sociable.

Y el *amor*, que es también tan natural, como que él es el que impulsa, desde el primero hasta el último latido del corazón humano.

\*  
\* \*

## EL TEMOR

¿Quieres saber lo que es *temor*?... Pues mira al mar Cantábrico.

Y como éste, que siempre está sombrío, sin sosiego y rugiendo lo mismo que alma en pe-

na, se agita sin descanso el delincuente; y el negro fantasma que sigue incansable á su conciencia como la sombra al cuerpo, te dirá lo que es temor.

Es un acreedor inexorable que no tiene nada de piadoso, ni de indolente, ni tardío, sino que acude, con puntualidad de negociante, á que se le haga en el acto el pago de su crédito.

El estafador que creyéndose dueño absoluto de lo prestado, derrocha los bienes que se le dieron en depósito, y los malvende para dar culto á desordenados apetitos, teme el momento crítico en que habrá de dar la cuenta debida al prestador.

¿Pues por qué no ha de temer á la Justicia Soberana la criatura que, defraudando la nobleza de sus privilegios, los arrastra por el lodo, y se vale cabalmente de ellos para ofender y menospreciar á su Dador?...



Cuando el hombre de razón entra en su pecho, y vé que abandonado á sus propias fuerzas es como polvo ruín, con el que juega hasta el viento más sutil de las pasiones, en tanto que si el Creador le sostiene con su brazo, se torna en formidable y resistente peña, á la que no perturba ni conmueve el huracán más bravo, ¿no ha de temer que le abandone ese desinteresado y paternal auxilio?...

¡Ah, si recapacitara el pecador que ese mismo Gran Poder, que permite silencioso que los hombres funden pueblos; y que formen, los

orgullosos, altas torres; y que hagan bandadas las palomas, y que las hormigas fabriquen hormigueros, también suele enviar—cuando le place—un rayo asolador, ó un simple aguacero, que acaban, en un momento, con pueblos y con torres y con bandadas y hormigueros!...

Si juiciosamente amante de sí mismo esto lo pensara un día y otro, no tardaría en convencerse de que sobre los temores mundanos, que humillan y encogen el corazón, merece ser acogido el santo temor de Dios, que le dilata dulcemente, y que cada día le consuela más y más le alienta.

Ya—fuera del pecado—nada le asustaría en esta vida, pues como dice San Luis de Gonzaga, *quien teme á Dios ya no tiene cosa que temer.*



Como el valle rumoroso se cubre en primavera de alcatifas de verdor y de olorosas flores, así se tapiza de mullida alfombra el áspero valle de la prueba, al imprimir, en el hombre sus caricias, el santo temor de Dios.

¡Delicado y benéfico temor!... Crece insensiblemente con la natural suavidad con que crece el día; y, lo mismo que éste, cuanto más crece más luz da y con mayor claridad nos deja ver nuestras miserias, para que cumplamos los deberes con más puntualidad y perfección.

Los temores mundanos siempre aterran y levantan en el alma algo así como recelo, des-



confianza y desamor hacia quien los causa: con el temor de Dios acontece lo contrario.

Es tan magnánimo el Señor en todos cuantos afectos nos tiene y nos inspira, que con nuestro temor nos hace buenos y con su gracia sabios; y rectos y avisados por nuestros duelos; y por su misericordia bienaventurados.

¡Dichoso el hombre—decía Job—que teme á Dios y á quien Dios castiga, porque es prueba de que Dios le tiene en la memoria!...

Es un padre amantísimo—añadía—que hiere dando á la vez la medicina; que si abre contristado las llagas merecidas y precisas, acto continuo, con manos paternas y amorosas, las embalsama y cura.

¡Ah!... Vivir en temor santo es prepararse dignamente para morir en gracia y después resucitar en gloria.

¡Temamos pues á Dios!... Pero temámosle teniendo *confianza*.

Que temer no es desconfiar, ni mucho menos; y, como las armas de la *confianza* no son excluidas por las armas del *temor*, el cual más bien las aguza y temple, de aquí que sea preciso esgrimir ambas armas para mejor vencer en el combate.



## LA CONFIANZA

La *confianza* es el alimento del espíritu, y el espíritu, como el cuerpo, cuando no se alimenta desfallece y muere aún siendo inmortal, porque muere para el bien.

Es el manjar más necesario y natural del sér bien organizado.

El alma racional, que de ese manjar preciso no se nutre, todo lo ve negro en torno suyo; todo triste, salvaje y yerto; su mísera existencia entre los hombres, sus hermanos, es la del odioso y despreciable confinado á un país extraño y enemigo.

Cuando el corazón cierra las puertas á la virtud de confiar y de esperar, se las abre de par en par á la tristura, al desaliento y al terror, que son los signos más positivos de una infelicidad cierta é incurable.

En cambio, si se las abre á la confianza en Dios Omnipotente y Bueno—que jamás deja incumplidas sus promesas—alcanza del cielo el favor que contrarresta la flaqueza de la humana condición y obtiene, por lo tanto, la dicha de que es posible gozar en esta vida de peligros y pesares llena.

La confianza en Dios es la hija predilecta de la fe, que—suave como la linfa y con borboteos acordados de manso regatillo—atrae hacia nosotros los fructíferos rocíos de la Divina Gracia.

\*  
\* \*

El Creador—que todo lo hizo bien y ama á su criatura—no quiere la infelicidad del hombre, sino que desea elevarle á las más sublimes alturas de la dicha, no por el hombre, que nada vale en sí, sino para el hombre á quien tanto El ama.

¿Cómo, pues, no esgrimir esperanzados el

arma de la confianza, que está fundida, bruñida y afilada en la promesa de un Dios tres veces Santo, que ni vacila ni nos engaña ni se engaña?...

El Señor desea conducirnos por el camino bello de la paz temporal al puerto, mucho más bello, de la dicha eterna; y lo hace con la dulcísima ternura con que una madre cariñosa lleva de la mano á su pequeñuelo para que no tropiece.

Es el Pastor Divino, que no sólo perdona al corderillo frívolo é ingrato, sino que lo carga con amor sobre sus hombros y lo vuelve al redil, que incauto abandonó, y lo hace, á un mismo tiempo, agradecido y bueno...

¡Pastor bondadoso!... ¡Celoso ganadero que lleva á sus ovejas á prados de pastos sabrosos y abundantes, en donde ya no falte nada á su rebaño!...

*¡Metámosnos en su infinita misericordia!*—exclama la bendita Santa en su *Morada* sexta...

\*  
\* \*

Cese, pues, el hombre en sus demasías y abra, de par en par, los ventanales de su pecho para que entre en él la espléndida confianza, bellísima aurora del sol de la Caridad.

Con igual siniestro fin con que las aguilas rondan las encrespadas cimas, y el rugiente león cruza la selva, se mecen las obstinadas tentaciones sobre el flaco corazón humano y no podrá cooperar debidamente á los salvadores efluvios de la gracia, si á las armas *temor* y *confianza*, no acompaña la mejor de todas: el *Amor de Dios*.

¿No veis como la tierra palpita de gozo é hincha sus mares insondables tan luego como el disco apacible de la Luna se aproxima á ella?

Pues así late animoso el corazón, y se inflama de modo inusitado, y se desborda en torrentes de *Divino Amor*, cuando la *confianza* en Dios nos envuelve y acaricia con la felpa deliciosa de su manto.

\*  
\* \*

## EL AMOR

El amor es la vida del hombre: vivir es amar.

Todos los actos del humano sér responden al amor: al amor del mal ó al amor del bien.

Así como puso Dios en el beleño una raiz maravillosa que sabe ocasionar salud ó muerte, así pone en el corazón humano el fuego inestinguible de esta pasión que da felicidad ó desventura.

Al infundirle el soplo de la vida, avivó en él la lumbre perenne del amor, para que éste, y sólo éste, fuera el que impulsara todos sus movimientos y deseos.

El amor reina, como supremo señor y soberano, sobre todas las facultades de nuestro sér.

Enciende los anhelos, gobierna los apetitos, avasalla la voluntad y manda, con imperio, á todos las potencias del alma.

Todas las pasiones le sirven dócilmente; todas le rinden vasallaje, y todas le piden su po-

der y consentimiento para ennoblecer ó denigrar al hombre.

\*  
\* \*

Cuando el amor, dócil á la sagrada ley, va en pos de la virtud, y se propone que por caminos rectos y puros las pasiones ennoblezcan á la criatura racional, no sólo le obedecen sumisas las potencias del alma, sino que, firme y lealmente complacidas, le animan y ayudan en su empresa.

El entendimiento parece que se ilumina milagrosamente y distingue, con meridiana claridad, la falsía de los brillantes atractivos y la ruindad de los mentirosos oropeles, con los que tapan su maldad los estímulos y afectos perniciosos.

A la memoria, rezagada, acuden con desusadas oportunidad y prontitud las eternas verdades de la fe.

Y ambas potencias convencidas y sabiamente doctrinadas exigen á su vez, de la indecisa voluntad, que marche decidida por el camino de la justicia y la razón.

En ese camino, áspero, al parecer, pero realmente suave y lleno de venturas y deleites para quien lo anda, el hombre encuentra á Dios.

¡Allí está su Hacedor!... El Todopoderoso, quien al caldearle en el crisol de su Bondad incomprensible y desmedida, le dignifica y ennoblece.

¡Qué más!... Si hasta parece que le endiosa y que le funde en el mismo Creador, á la ma-

nera que la simple gota de agua, sumerjida en rico vino, toma el gusto delicioso y el ideal color de éste.

Nada hay más grato, ni que mejor satisfaga las ansias del ambicioso corazón humano, como cuando se embriaga en la sublime delectación de la *caridad*.

De esa virtud arrobadora—madre de las demás virtudes—que encierra toda la Ley divina en estos dos únicos preceptos: *Ama á Dios sobre todas las cosas, y al prójimo como á ti mismo*.

Ella es la virtud más natural, á la par que la más noble y fecunda.

La bondadosa por excelencia; la magnánima; la de mayor inagotable generosidad; la que sublima y enaltece á la criatura racional.

Cuando tiende el sol de mayo por el mundo las hebras de su rubia cabellera, las plantas embalsaman el ambiente con sus fragancias vegetales; los pajarillos trinan en las frondosas alamedas; las aguas adquieren transparencia para mostrar sus arenosos lechos; los cie los palpitan con placer inusitado; y las tardes y las noches se confunden, medidas por un mismo céfiro, cuyo hálito saludable exhala, por doquier, el vivífico incienso de la naturaleza.

Igual que obra en el mundo el sol de Mayo, obra la Caridad en el alma humana: en ella condensa los fecundos gérmenes de todo bien, de toda ventura y de toda gracia...

No bien ella surge en el corazón humano, la voluntad se torna en fuente del valor; en manantial del heroísmo; en espanto de la maldad;

en azote de la tentación, en antídoto seguro y eficaz de la verdadera infelicidad del tiempo.



Oiertamente que el hombre ignora de cual de las gracias—que gratuita, copiosa y liberalmente reparte el Creador á las criaturas—dependerá su salvación; pero hay una que se puede asegurar que es infalible.

Esa es la *Caridad*.

¡Allí en donde llegue á prender, una chispa siquiera, de aquella voraz hoguera de *Amor de Dios* en que se consumía el transverberado corazón de Teresa de Jesús, ya no hace falta más!...

En la casa en donde entra el amor de Dios todo se transforma y dignifica: lo áspero se convierte en suave; lo pesado en ligero; lo duro en blando; y en plácida esperanza la vacilación y el desaliento.

El hombre, hijo de la culpa, se vuelve hijo de la gracia, la cual hace que el alma adquiera—casi sin esfuerzos—excepcionales energías para obrar el bien, como la llama toma extraordinarios bríos para arder cuando la agita el viento.



Así como la luz divina no irradia en todos los hombres con la misma plenitud, así tampoco la pujanza de estas tres armas—*Temor, Confianza y Caridad*—es idéntica en todos los

brazos, ni se activa en igual espacio de tiempo; pero ellas pueden hacer á todos los hombres santos, porque todos los santos fueron hombres y por ellas se santificaron, sin que por eso ellos las poseyeran en igual grado.

Nada hay tan hermoso é invariable como la ordenada variedad de la santidad, que se parece á la grandiosa epopeya de la creación, en la cual tampoco hay dos cosas exactamente iguales.

¿Son con entera precisión iguales los crepúsculos de todos los días del año?

¿Se excusa, por ventura, la perezosa aurora de los días grises de que la precedan irremisiblemente brumosos y pálidos albores?

Pues no por eso deja de ser igual cada día el tiempo que emplea la Tierra en volver sobre su eje, ni que todos los días y todas sus auroras juntas dejen de ser, igualmente, el tiempo que esa misma Tierra tarda en recorrer su órbita.

Arcanos son estos en los que no puede, ni debe penetrar la inteligencia humana, porque ya se los dan salvados, satisfactoriamente, la fe en la palabra del Señor y la confianza en Su Infinita Bondad.

\*  
\* \*

En la vida de la prueba conviene que las tribulaciones no cedan sino á intervalos, más ó menos largos; y que las consolaciones tengan igualmente ciertos eclipses pasajeros, para que la esperanza y el alivio sean: la una la



fuente de la constancia, y el otro el patrimonio de quien lo merezca.

Dios es padre y juez de todos: El no envía al hombre los dolores y las tribulaciones por gusto y sin razón; sino que lo hace para despegarle de las cosas sensibles y descarnarle de los apetitos ciegos, á cuyo fin le ha provisto de esas tres armas poderosas, de las que puede usar cuando le plazca.

Pero, como es tan buen padre, aún hace más: Dios sabe que algunos que tienen salud le ofenderían si siguieran teniéndola y, cual médico celoso de ellos mirando á su mayor bien, les quita esa salud del cuerpo para evitarles la más grave enfermedad del alma.

Comprende, igualmente, que el rico y el ensalzado deben cesar en sus bonanzas, porque con ellas van derechos á la perdición, y los deja pobres ó humillados para que se salven.

Ahora bien: ¿y cómo esgrimir esas potentes armas?...

Pues buscando y siguiendo la senda de la verdad, á la cual la misma razón natural nos lleva, si la ennoblecemos y perfeccionamos con la fe.

Adquiere la razón, acompañada de la fe, una virtud y poder tan excelentes que, con ella todos ven y saben y no temen; porque ese consorcio de la razón y de la fe, da de modo milagroso lumbré á los ciegos, y ciencia á los indoctos y á los tímidos audacia.

Así como el sol tiene lumbré de suyo y no prestada de otro planeta, porque Dios se la dió cuando le hizo, así el hombre, tiene de suyo, y no prestado de otra criatura, el mágico

reflector de la razón, porque, Dios al crearle, se le dió para que en él se reflejara la gracia divina, que le ganaría Cristo Redentor.

\*  
\* \*

Dice mi Patrona, Santa Teresa de Jesús, *que temor, confianza y amor de Dios, son los tres castillos sobre los que se da guerra al mundo, al diablo y á la carne, y, á su vez, San Ignacio de Loyola afirma, que la gracia de Cristo, que no nos faltará jamás, será más poderosa que todos nuestros enemigos.*

Considere el cristiano, atentamente, de alto á bajo y de extremo á extremo, esas dos verdades tan consoladoras, y se utilizará de esa eficaz gracia, y hallará el camino corto y recto que conduce á esos tres castillos.

\*  
\* \*

Los siete sabios de Roma, encargados de la educación del hijo del emperador Diocleciano, quisieron examinar á su educando de la ciencia más sutil antes de reintegrarle al palacio de su padre.

Escogieron para el examen la ciencia de las matemáticas y, al efecto, pusieron oculta-mente—sin que él lo advirtiera—debajo de cada una de las cuatro patas de su lecho una hoja de yedra.

Llamando luego al infante le dijeron: mide la alcoba con la vista y dínos si hay algo en ella más bajo ó más alto que antes; y qué camino debemos seguir para volver á la corte.

El infante, después de considerar lo alto y lo bajo y lo largo y lo corto, contestó de esta manera: O el suelo han alzado ó el techo han abajado ó han movido la cama de su sitio. Y, en cuanto al camino que debemos seguir, yo creo que el más *recto*; porque éste, como la línea recta, será el más corto.

Considerando los maestros la gran agudeza del discípulo, emprendieron satisfechos el *camino*.

## XIII

### ¡EGO SUM VIA!...

La oración del Creador es viaje divino; es camino real por el cual fue Cristo nuestro Rey, y fueron todos los escogidos y los santos, á gozar el tesoro de llegar al cielo.

(*Santa Teresa*.—Camino de perfección, 34 y 35).

**D**ESDE aquel instante supremo, en que consumó la redención humana el sagrado misterio de la Cruz, la Providencia derrama, sin cesar, y gratuita y generosamente, el tesoro inextinguible de la gracia sobre todos aquellos hombres que se apresten voluntariamente á recibirla.

Y... ¡oh misterio el más insondable de la vida!... ¡El hombre, poseyendo la grandeza de la razón—que es rayo de luz robado al cielo—rechaza frecuentemente ese riquísimo tesoro, que tiene el doble valor de venir de Dios y de acercar á Dios!...

¡Ceguera incomprensible, porque ese tesoro abarca y resuelve, satisfactoriamente, todo

cuanto conspira á la felicidad posible—aunque imperfecta—del tiempo, y á la cierta y perfecta de la eternidad!...

Ese rico tesoro—que irracionalmente y con frecuencia despreciamos—vivifica la fe que es el encanto de la vida; y afirma la esperanza que es su consuelo y alegría; y vigoriza la caridad que es el jugo y la sangre que la avivan.

Loco es el hombre que no está siempre pronto y bien dispuesto á recibir dignamente el tesoro inestimable de la gracia, porque sin esas disposición y prontitud, difícil le sería conseguir los efectos maravillosos que produce.

El gran San Agustín se decía á sí mismo en el admirable libro de los soliloquios: *Hízote Dios sin tí; mas no te puede salvar sin tí.*

\*  
\*  
\*

Todos pues — sin excepción alguna — tenemos á nuestro alcance los suficientes medios para ser felices, puesto que, para obtenerlos, no se nos pide otra moneda que la que nosotros podemos y aun tenemos obligación de fabricar.

Para triunfar en el combate de la vida, y santificar el alma, y obtener la dicha posible en el tiempo, es indispensable caminar por las huellas salvadoras de Jesús, á quien todas las cosas unánimemente proclaman como único y verdadero Dios.

¡De ese *único* Maestro de la verdad que es luz de luces; y fortaleza de los débiles; y ciencia de los indoctos; y riqueza de los po-

bres; y *camino*, en fin, *de verdad y vida* de todos los hombres!...

¡De ese Hombre-Dios, que, inmóvil en los altares—como la estatua de granito que coloca la piedad en los sepulcros—mueve los corazones y los fortalece y santifica!...

De aquel Dios bondadoso que se hizo hombre para enseñar á los hombres con la palabra y el ejemplo, la senda verdadera de la dicha; y que, dueño y señor de cuanto existe, escogió para cuna el tosco tablero de un pesebre y para ser conocido y adorado el cajón miserable de un establo...

De quien prefirió á los goces y recreos la humillación y las ofensas, y que murió—porque quiso—en un cadalso, en brazos del instrumento más vil é ignominioso.

Del único que ha dicho á los humanos seres—desde que el mundo es mundo—(1): *Yo soy el camino, la verdad y la vida*; añadiendo á su solemne afirmación sólo estos tres consejos:

(2) *El que quiera venir en pos de Mí, niegue-se á sí mismo; tome cada día su cruz; y sígame...*

## I

### PRIMER CONSEJO

#### Niéguese á sí mismo

Prescindir de todo cuanto se oponga al exacto cumplimiento de la Ley de Dios es, simplemente, un acto racional y lógico, porque significa la digna correspondencia á la obliga-

(1) San Juan, cap. XIV.

(2) San Lucas, cap. IX.

ción natural é ineludible, impuesta por el Creador á todas las criaturas.

En razón y en justicia esto no debe estimarse como virtud porque, cabalmente, lo irracional, lo que repugna á la dignidad y á la conciencia es faltar, á sabiendas, al cumplimiento de ese deber inexcusable.

Apartar lejos de sí cuantos obstáculos contraríen la consecución de las ansias del alma—que son las de obtener el fin para que fue criada—tampoco es otra cosa sino profesarse uno á sí mismo juicioso y verdadero amor.

Poner en manos del Creador lo que nos agrada, nos rodea y pertenece es indudablemente, algo muy levantado y noble, pues ya supone reconocimiento honrado de que todo se lo debemos porque todo nos viene de El; pero tampoco acaba con negarse uno á sí mismo.

Para negarse uno á sí mismo es preciso practicar estas dos virtudes: rendir á Dios totalmente—como entrañables amantes y leales siervos—el holocausto de todo nuestro sér; y rendírselo igualmente al prójimo, cuando así lo demanden el servicio y el amor de Dios.

La primera de esas dos virtudes parece ser la de los justos; las dos reunidas constituyen, ciertamente, la superior virtud de los santos.

\*  
\* \*

Renunciar, con gusto, ante la voluntad divina los bienes temporales y acatar resignados los males externos, así como rendir las facultades y potencias interiores, es obrar en razón y justicia y—no pocas veces—trabajar

muy cuerdamente en bien y provecho temporales del cuerpo, y aún hacer siempre lo que demanda el alma, ansiosa de perfección y de sosiego.

Por ventura ¿nos servirán de algo—en el día tremendo de la muerte—los honores, las riquezas, las galas y deleites con tanto trabajo y desvelo conseguidos?...

Y aún antes de llegar ese hórrido momento, ¿cuántas veces el alma errante y desamparada—al bogar elegiacamente por los amargos horizontes del desengaño—no se ha deshecho destrozada en lamentos y clamores como éstos?...

*¡Honras que deslumbrásteis breve rato y que sin embargo costásteis tantos y tan grandes sacrificios!... ¡Satisfacciones que de éticos arroyos de alegría os trocásteis, presto, en torrentes de abundosas y quemantes lágrimas!... ¡Bienes de fortuna, ó más bien infortunados bienes, que sólo servísteis para aumentar cuidados!... ¿qué dejásteis todos vosotros en el alma en pago de la dignidad, la libertad y el descanso que tan despiadados la robásteis?...*

*¡Molestias sin cuento; penas continuas; sudores inútiles; yugo insoportable; vergonzosa esclavitud; una amargura incesante y remordimientos de conciencia!... ¿Y no os basta todavía?...*

Por eso, sensato corazón, al prescindir de todo ésto, satisfecho y convencido quedarás de que no es sacrificio lo que haces, sino procurar no poco provecho para el cuerpo, y un bienestar grande é innegable para el alma.



Pero cuando al total sacrificio de los gustos y placeres de la vida; cuando á la virtud de recibir agradecidos los goces y resignados los sufrimientos, se unen la cesión de nuestro derecho, y la abnegación de nuestro juicio, y la sumisión de nuestra voluntad ante el prójimo —aún sabiendo que éste yerra—y se practica solamente mirando al amor y gloria del Creador, entonces sí que de verdad *se niega uno á sí mismo*, y sí que se siguen fielmente las huellas de Jesús... ¡Entonces sí que se practica esa virtud excelentísima, que tanto estima y recompensa el divino Redentor, y que no cesó de recomendar, mientras anduvo entre los mortales, diciéndoles á toda hora y en toda ocasión: *Amaos los unos á los otros como Yo os amo á todos*.

Así como la mimosa lluvia, al caer mansamente sobre la tierra, hace que la pradera se vista de esmeralda y que se dore y madure el fruto de la vid, así la concordia entre los hombres—agente celestial que de lo alto viene—dulcifica y sazona las cordiales relaciones entre nuestros semejantes, y cuantos actos y negocios impone á todos la vida en sociedad.

¡Ningún valor tiene ceder de nuestro derecho y de nuestro juicio cuando estamos equivocados; pues, si no lo hiciéramos así, pecaríamos abiertamente de injustos, de necios, ó de irracionales.

El verdadero amor al prójimo consiste en sacrificar la propia inteligencia en todo cuanto demande la caridad fraterna; pero siempre que de ello no se siga pecado contra la caridad para con Dios.

Evitar contiendas; quitar tropiezos; practicar actos de prudencia, de paz, de abnegación, de misericordia y de sacrificio, todo eso se contiene, clara y terminantemente, en el nuevo y sabio precepto del Salvador: *Amarás á tu prójimo como á tí mismo.*



Los enemigos, más fieramente opuestos al sacrificio de nuestro derecho y á la abnegación de nuestro juicio, son la malicia y la soberbia de ese amor propio—que debería más bien llamarse impropio—que echa en el corazón tan largas y hondas raíces, como las que los troncos seculares del olivo y de la encina echan en la tierra.

La empresa más difícil y más contraria al sér humano es la de acomodarse al pensamiento de sentir bajamente de la propia estimación.

Sólo la simple idea de considerarse uno á sí mismo sujeto á caer en los errores y defectos que advierte en los demás, subleva y repugna de tal modo al orgulloso corazón, que, antes de dar forma real á semejante idea, prefiere incurrir en las mayores necedades y cometer las más estupendas injusticias.

¡Qué más, si hasta sucede, casi siempre, que cuanto menos capaz la criatura se adhiera con más fuerza al propio parecer, y doblemente cree que su opinión es la sola oportuna y acertada!...

Así nace y se reproduce, tanto como la grama y la langosta, la funesta desunión de los

hermanos; y así se ensañan las contiendas y crece la impiedad; y se enardece y fomenta el odio—al cual siempre castiga Dios con especial dureza—y huyen de la vida familiar y de la sociedad entera la rectitud, el amor, la paz y la justicia.

Oierto que es lícito y necesario sostener, en todo tiempo, la verdad contra el error; la rectitud contra la injusticia; la cultura y la educación contra la ignorancia y la rudeza; pero no es prudente hacerlo con violencias, ni altiveces, ni tesón, porque fácilmente los buenos propósitos—desordenadamente ejercitados—se convierten en ofensa directa á Dios y en mayor obscuridad y contumacia por parte de los contradictores.

No hace falta prescindir de la verdad, para dar oportunamente de lado á orgullosos extremos y á soberbias impropcedentes, en aras de la paz y de la unión.

Y sobre todo, ¡cuánto disgustan al mismo Dios esos extremos orgullosos y esas soberbias impropcedencias, cobarde é impunamente usadas, contra los ancianos, los padres y los ministros del Señor!...

\*  
\* \*

Aún más difícil que la abnegación del propio juicio es el rendimiento de la rebelde voluntad.

Es la voluntad la facultad más íntima de nuestro sér, y á pesar de sus gallardías, es, no pocas veces, la menos independiente de nuestras facultades.

Esclava de las demás, y víctima de la irreflexión, permite—sin darse cuenta de ello—que sólo el impulso ciego de la pasión sea el que imprima actividad á la mayoría de sus energías.

Cuando la cólera la agita, no repara en cometer los mayores desatinos, ni en realizar actos espantables de los cuales tiene después que arrepentirse.

Cuando el orgullo y la ambición la empujan adquiere tan febril vigor, que es capaz de ir á los últimos rincones de la tierra, y hasta de escudriñar, osadamente, los escondrijos y misterios más ocultos del universo.

Y si es la vil pereza la que se apodera de ella, ni el desengaño ni el dolor la mueven.

Siempre el rígido filo de la pasión maldita—dura y cortante como tersa espada—es el que la vigila y la alzaprima para que no ceda, ni se sume, ni someta al imperio, justo ó injusto, de la voluntad ajena.

\*  
\* \*

Mas cuando el hombre sensato acude á la prudente reflexión—virtud magnánima que pone eficaz freno al desborde irracional de las pasiones—esta—con igual delicadeza y suavidad con que la blanda brisa lleva el polen fecundador á la palmera estéril—se cuida de conducir á la extraviada voluntad al seno maternal de la razón, á fin de que allí beba el néctar vivificante de la verdad y la justicia.

No seremos benignos los unos con los otros; no nos amaremos con la sinceridad que Dios

desea, en tanto que no se activen recíprocas condescendencias, y mientras no se dobleguen, en muchas circunstancias y ocasiones, las altiveces y exigencias de la propia voluntad.

\*  
\* \*

A la mayoría de los espíritus, especialmente de este siglo, cuya característica es huir del sacrificio como de horrible espectro, lo mismo que á los ánimos viciosos y pusilánimes, les parecen impracticables y punto menos que imposibles, semejantes abnegaciones y sumisiones.

¡Una villana y suicida cobardía, y no otra cosa, es ese medroso parecer que aumenta la infelicidad, porque mayor vergüenza es ser cobarde que vencido!...

¿Qué saben ellos lo que son tales abnegaciones si sólo las miran desde lejos?... ¿Qué, si el irrisorio miedo no los deja aproximarse á ellas?... ¿Qué, si los amedranta, miserablemente, lo mismo que á los niños en mantillas los asusta el coco?...

¡Imbéciles y ciegos!... ¡En su necio desvarío, no quieren atender á los saludables requerimientos de la gracia!...

¡Cubierto el cristalino de sus enfermos ojos por las cataratas del orgullo y los sentidos, no les llega á la retina la esplendente claridad de la experiencia — gran descubridora de las realidades de la vida—y por eso no pueden ver lo que esa experiencia pone de manifiesto á los ojos sanos!

¡Suicidas inconscientes, que no se excusan

—como no se excusa nadie—de que esa experiencia esté formada en ellos—como lo está en los demás—con las dolorosas astillas que el tiempo va arrancando poco á poco al humano corazón, y que, en ellos, sea cada vez más insufrible y duro el dolor, por no querer asirse á la voluntad de Dios, la cual restaña todas las heridas, en tanto que los que se acogen á las verdades evangélicas, pasan por iguales dolores, casi sin sentirlos, como las abejas que liban la flor de los zarzales sin que las hieran las espinas.

## II

### SEGUNDO CONSEJO

#### **Tome cada día su cruz**

Así como sólo hay una infelicidad verdadera, que es la transgresión voluntaria de la Ley divina, tampoco hay más que una cruz verdaderamente perenne, que es la nostalgia que padece el alma ausente de su patria el cielo.

Pues si de la cruz nadie se libra, porque nos es innato el destierro; si hay que llevarla indefectiblemente; si no hay más remedio que cargar con ella ¿no será una insensatez llevarla desesperado, aumentando así su peso con la infelicidad proveniente del pecado?...

La Providencia Altísima—siempre justa y sabia—ha distribuído, temporal y proporcionalmente entre los hombres, las múltiples y

variadas ramas de ese árbol arcaico, bíblico y fecundo que brota en el campo del destierro.

Ella ha hecho que todos y cada uno de los hombres participen de esas ramas, grisáceas y elegíacas, en la forma y medida más adecuadas y convenientes á la santificación y salvación de sus respectivas almas.

Las enfermedades, los dolores y las molestias todas del cuerpo, así como las penas, persecuciones, calumnias, ofensas y demás acritudes del espíritu, y hasta las mismas ansias conque el alma leal busca y anhela su verdadera patria, todo eso son las ramas del árbol de la cruz.

El Hombre-Dios; El Hijo milagroso de un Padre que lo engendró sin madre, y que nació de una Madre que lo concibió sin padre; Dios nuestro Redentor, quien, excluyendo el pecado, se hizo en todo lo demás semejante al hombre, no se contentó con decir á éste *toma tu cruz*, sino que El—Suma Pureza y Grandeza Suma—tomó á su vez, no una, sino todas las cruces juntas...

La hiel de cuantas amarguras existieron, existen y existirán en lo que el mundo sea mundo, fue exprimida copiosamente en el caliz que bebió aquel Hombre-Dios, para aminorar la hiel—harto menos amarga—de las nuestras, y obtener la remisión de nuestras culpas!

\*  
\*  
\*

¿Quién, al considerar las tremendas penas que padeció el inocente Cristo, sólo por nuestro bien, no aceptará agradecido las llevade-

ras que nosotros padecemos, y que son tan justamente merecidas?...

¿Quién, al mirar á Jesús crucificado con los clavos de nuestras pasiones; y llevando incrustadas en la frente las espinas de nuestras discordias... é impresas en su corazón—sangrientamente lanceado—las llagas de nuestras maldades, será todavía tan perverso que no enfrene sus vicios... ni tema rendir la cuenta de ellos... ni tiemble, más que el azogue ante el brazo vengador de su Justicia?

¡Ah!... consideremos esta profecía aterradora que escribió el Padre Granada en el Símbolo de la Fe: *Si Dios trató á su Hijo con el tremendo rigor que se descubre en su pasión, y eso que, siendo inocente, sólo pagaba por ajenas culpas ¿cómo tratará al siervo rebelde cuando le hallare cargado con pecados propios?...*

\*  
\* \*

Son la resignación y la paciencia la característica fiel de las almas grandes: el signo más expresivo y gráfico que distingue á los hombres de razón.

A quien lleva resignado la cruz que Dios envía, parecele la existencia benigno sol de abril, que acaricia y no hiere; sereno y lumínico crepúsculo de un verano apacible y continuado; oxígeno bienhechor y necesario que fortifica y da salud.

Tenga por cierto que será más dichoso en los brazos opresores de su cruz, que la mansa oveja en las fértiles cañadas, y que el águila



imperando sobre las cumbres más altas y frondosas.

Que se hará dueño de sí; y señor del cielo y de la tierra; y gobernará su vida con acierto, con utilidad, con provecho y con gran contento, porque la cruz—por abultada y pesada que parezca—cuando es llevada con resignación resulta leve, cual ligera pluma, y breve como sople de aire.

¡Si cabalmente el único dictamo capaz de aliviar los trabajos de este mundo, es la conformidad cristiana!...

Como las puras y campestres brisas, que impregnadas de romero, tomillo y mejorana embalsaman al naciente día, así la paciencia devota y la sumisión á la voluntad Divina, llevan al corazón humano inefables consolaciones y copiosas dulcedumbres, que dejan en el alma resplandores de celeste claridad.

Cuando al gélido lago—que heló con sus rigores el glacial invierno—le visita la cálida y riente primavera, le hace recobrar con la alegría la serena transparencia de sus aguas, á la par que engalana sus riveras de afelpado y místico verdor.

El ánimo que helaron las contrariedades y el dolor, no bien se vé abrigado por el tupido manto de la conformidad con la voluntad Divina, se siente plácidamente revestido de valor y fortaleza suficientes, para anegarse confiado en la resignación cristiana, que conforta tanto y le hace acoger, ¿qué digo acoger?... desear y buscar, con gusto y gratitud, los trabajos, las contradicciones y las cruces...

¡Providencial y encantador contraste!... En

tanto que las almas conformadas aligeran la carga de sus cruces y hasta parece que las menguan, los espíritus impacientes y pusilánimes—con el trabajo de eludirlas, sin resultado y la pena exagerada en aguantarlas—no sólo las multiplican torpemente, sino que aumentan su peso y su grandor.

Las abejas laboriosas y prudentes lo mismo sacan miel de la flor del espino que de la nítida azucena, mientras que el inhábil y perverso aspid, siempre torna en letal veneno los pétalos delicados, tanto del uno como de la otra.

\*  
\* \*

No sólo recomienda el Celestial Maestro que tome cada cual su cruz, sino que añade que la tome *cada día*; es decir: todos los días.

Nada más justo que esto... Hasta que el hombre no deje en el sepulcro el fardo pesado de las deudas que tiene con el Creador, no puede considerarse libre de no pecar y necesita, por tanto, velar constantemente sobre el estigma, siempre vivo, de la primera desobediencia que lleva desde que nace, y del cual no se desprende hasta que muere.

### III

#### TERCER CONSEJO

#### ¡Y sígamel...

Seguir á Jesucristo es caminar por el destierro de la vida, con aquella confianza con que El marchó al Huerto de Getsemaní la víspera de su pasión y muerte.

Es postrarse ante el Creador y, ofrendándole el modesto búcaro de nuestros sentidos y potencias, repetirle incesantemente esta sublime oración del Hombre-Dios.

(1) *¡Pase de mí este caliz, si es posible!... pero no se haga mi voluntad sino la tuya.*



*¡Pase de mi este cáliz, si es posible!... Súplica vehemente y respetuosa, en la cual todo el orgullo humano se anonada y se derrite en presencia del Dios Omnipotente, como arden y se consumen ante el altar alabastrino los cirios lagrimosos, hechos de cera virgen.*

*¡Oración ingente y reparadora!... ¡Manantial inagotable de esperanzas, en el que el alma—sedienta de favor—bebe las aguas puras y saludables de la gracia, que calman la tentación; que ahogan la culpa; y que empujan con eficacia al corazón para que—sin más vacilaciones ni tropiezos—vaya á lavar serenamente sus herrumbres y su lodo, al palestino Jordán de la humildad...*

*De esa humildad—maravillosamente resurtidora—que es signo infalible de que el hombre se ha hecho grande.*

*¡Nunca es más racional, ni más gigante el hombre como cuando, hincadas las rodillas en el suelo, implora la divina protección!...*

*Ni nunca más feliz; ni más honorable y sabio, que cuando hinche su espíritu con el jugo*

---

(1) San Lucas, cap. 22, v. 42.

vivificante de la humildad, que es opulentísima nodriza de todas las virtudes.



*¡Mas hágase tu voluntad!...* Son las cuatro palabras—fundamento de la fe y alentadoras de la devoción—con que termina sus consejos el Divino Maestro de Humildad.

¿Cómo no someterse amorosamente á la voluntad de Dios, en todas las tribulaciones y aflicciones—y más principalmente en aquellas que al inexperto corazón le parezcan más horrendas—si, á través de las penas que producen, contemplamos la admirable y evidente asiduidad del Creador por nuestro bien, y la bondad, misericordia y justicia con que nos colma de visibles, invisibles y siempre ingentes beneficios?...

Si las estrellas del cielo son unos signos milagrosos que escriben en todos los tiempos y en todas las latitudes la palabra tremenda *Eternidad*, la total sumisión á la voluntad de Dios, no es menos signo milagroso que, lo mismo en la umbrosa melancolía de las contradicciones, como en los satánicos llamamientos de la tentación, como en todos los sucesos de la vida, escribe en el fondo de las almas fieles estas proféticas palabras: *Dicha temporal y salvación eterna.*

## XIV

### LOS MODELOS

Veo yo, claramente, que para contentar á Dios y que nos haga grandes mercedes, quiere que sea por manos de la Humanidad Sacratísima de Cristo en quien Su Majestad se deleita.

(*Sta. Teresa.*—Morada 6).

(1) *Como el águila que incita á sus polluelos y que revolotea en torno suyo para enseñarlos á volar, así Jesús y María extienden las alas de su ejemplo, y sobre ellas toman al hombre redimido, para levantarlo del suelo, y servirle de sostén y guía, en los vuelos gloriosos del espíritu...*

*La Humanidad de Cristo y los misterios de su vida, pasión, muerte y resurrección, y la persona misma de la Santísima Virgen, en cuyas purísimas entrañas el Verbo de Dios tomó la Humanidad, son los medios instituidos por la Sabiduría del Altísimo, para influir con su gracia en nuestras almas y ennoblecer toda nuestra*

---

(1) Deuteronomio, cap. XXII.

*naturaleza, y perfeccionarla uniéndonos con Dios.* Esto dice mi respetable amigo el Obispo de Málaga—Excmo. é Ilmo. Sr. Muñoz Herrera—al comentar la devoción del Santo Rosario.

Porque así como el incienso necesita, para exhalar su delicioso aroma, derretirse y consumirse en candente brasa, así el espíritu del hombre, para gozar de los efluvios de la gracia y con ella perfeccionado unirse al Creador, ha de inflamarse, previamente, en los incendios de sus heroicos modelos Cristo Salvador y María Inmaculada.

\*  
\* \*

Si el mal cristiano, movido por su bárbara arrogancia, desprecia los dones bautismales, y se lanza al combate de la prueba sin orientación ni guía, ¿no ha de ser infeliz y de enlodarse en el fango inmundo de la vil bajeza?...

Hasta las aguas más transparentes y más puras, cuando dejan el manantial para correr tumultuaria y caprichosamente, se encharcan al menor tropiezo que hallan, y pronto se embarran, empantanan y corrompen.

Cuando la noche anubarrada con la escuela de la adversidad nos prueba, no es á las cosas humanas—pobres é inestables—á las que ha de pedir la natura humana los consuelos que necesita ni la perfección que ansía.

En los llameantes y trágicos desastres del pecado; cuando la sierpe de las pasiones oprime con sus anillos, al confiado corazón, y el huracán de la impiedad arrolla las más dig-

nas aspiraciones de la mente, el hombre que da yerto, incapaz y descuajado, si no vuelve su mirada á esos dos magnos modelos de lo sobrenatural y ultra-telúrico.

\* \*

Venerandos y prósidos modelos, que de igual naturaleza que la nuestra y con los mismos sentires y flaquezas que nosotros, pero exentos del pecado original, ofrecen, generosamente, á sus desterrados hermanos los mortales, cuantos medios y recursos necesitan estos para ennoblecerse y santificarse en el destierro.

Su humildad y su obediencia; su castidad y su pobreza; su honradez y su justicia; son libros perennemente abiertos, en los cuales aprende el espíritu inmortal á vencer á su enemiga deleznable la materia.

El hombre caído y desgraciado puede llegar á la suma felicidad que es endiosarse, si copia la mansedumbre y el amor del Verbo crucificado é imita la paciencia y fortaleza de aquella mujer—llena de gracia y bendita entre todas las mujeres—en cuyas purísimas entrañas ese Verbo Divino tomó carne.

\* \*

Ved á Jesucristo: con la modestia con que el manso arroyuelo corre casi oculto entre espadañas y juncales, El pasa serenamente, sin pompas ni temores vanos, por el oleaje cólerico y orgulloso de este mundo y, á despecho de las majestades efímeras del tiempo,

ennoblece el trabajo y la pobreza que estaban rebajados... Y pacifica las conciencias que bramaban más inquietas que los hoscos y rugientes mares... Y rehace los deprimidos y turbados espíritus de los rebeldes, de los rudos, de los despechados y enfermizos, con sólo estas dos frases, que únicamente El en este mundo, tuvo autoridad para decir:

(1) *Aprended de Mí que soy manso y humilde de corazón y hallaréis el reposo para vuestras almas...* (2) *Yo no he venido á destruir la Ley, sino que he venido á darla cumplimiento.*

No he venido á pedir al hombre que fabrique mundos, ni que haga milagros, ni que realice cosa alguna que sea superior á sus endebles fuerzas.

Vine á recordarle, únicamente, lo que debe á Dios, no sólo por ser su Creador sino por lo que recibe de Dios y de Dios espera; y, por tanto, la obligación ineludible en que se encuentra de honrarle, de servirle y de amarle sobre todas las cosas, y con todas las potencias y sentidos.

\*  
\* \*

Si para dar reposo al alma—que es la mayor ventura de esta vida—hay que buscar al Redentor y seguir sus pasos, para hallarle y caminar sobre sus huellas, es preciso imitar á María, porque con idéntico fulgor con que brillan los solares rayos en la linfa de un puro manantial, así se reflejan en María, cual en

(1) San Mateo, cap. 11.

(2) San Mateo, cap. 15.



límpido espejo, las excelsas y heroicas virtudes del adorable Redentor.

Como en la vida mortal del Hombre-Dios desde Belén hasta el Calvario, en la de María—honra y prez de la familia humana—desde su nacimiento, y más principalmente desde la Encarnación hasta la Asunción, se hallan reunidos todos los aspectos, facetas, noches y crepúsculos, en sus más subidos grados, los actos más grandiosos y heroicos que se registraron en las páginas del mundo, y que se registrarán mientras el mundo sea mundo.

\*  
\* \*

Una mujer de la Judea; una criatura igual á nosotros; pero que ya en su nacimiento fue favorecida con los supremos dones de santidad, gracia y belleza, va á ser nuestro modelo...

¡Y qué modelo!... ¡Aquella *mujer potentada y misteriosa* que un día vió San Juan en maravilloso éxtasis (1) *vestida del sol, teniendo bajo sus piés la luna y la frente adornada con una corona de doce estrellas del cielo...*

La criatura más poderosa y perfecta fabricada por la diestra omnipotente del Creador... La predilecta y privilegiada criatura que excedería en hermosura y en pureza á los Serafines, y en virtud y sabiduría á los justos y los santos, apareció callada y modestamente en este mundo, para que se realizara en una hermana nuestra—que sería á la vez nuestra

---

(1) Apocalipsis. cap. XII. v. s.

maestra—el prodigio más estupendo de la naturaleza y de la gracia: el de hacerse Madre Inmaculada del Hombre-Dios.

\*  
\* \*

¡*Qué más pude hacer que Yo no hiciera!*... clamaba con frecuencia Jesucristo, dolorido y quejoso de la humanidad dura y rebelde...

Yo conseguí que mi Eterno Padre favoreciera á una hermana vuestra con la más privilegiada gracia de su Omnipotencia.

Yo hice que el mayor de sus Arcángeles la anunciara su bienaventurada y próxima maternidad, por obra y virtud del Espíritu Santo.

Yo, en persona, santifiqué su casto seno y moví su corazón para que ella—lejos de vanagloriarse y de crecer en su propia estimación, al verse levantada de este suelo mucho más que lo está el cielo, y sublimada á tal punto que únicamente Dios pudiera aventajarla—no sólo no se juzgara superior á ninguno de vosotros, sino que, ganando en virtud á la par que ascendía en dignidad, siguiera siendo con todos tan sencilla, tan modesta y bondadosa como lo era antes.

Yo realicé el portento, sin segundo, de que en ella se juntaran la virginidad y la maternidad, acompañadas de los naturales á la vez que mayores quebrantos, sin que sus labios profirieran la menor queja ni se mermaran su religiosidad y su paciencia, sino que más bien aumentaran en ella, de día en día, la prontitud y ligereza para correr, apresurada, por los más subidos riscos de la perfección.

¡Miradla enamorados!... ¡Es nuestra madre!... Es la más afligida de las vírgenes; y la más desconsolada de las madres; y la más dolorida de los mártires; y, sin embargo, vedla sufrir sumisa y silenciosa con la misma triste, pero resignada serenidad, con que surge la descolorida y melancólica aurora de los días grises entre las pardas y lontanas nieblinas del oriente.

Como la ideal granada que abre su acre corteza para dar salida á rojos y exquisitos frutos, así Ella resquebraja la acerba envoltura del desangrado corazón, para dejar que corran á raudales vívidos ejemplos de piedad, de resignación y confianza, en los cuales bebían sus hermanos la magna ciencia de las verdades eternas, que es la ciencia más fe-raz germinadora de las únicas venturas reales y positivas.

¿Por qué no ir, ansiosos, á beber las aguas saludables de esa ciencia?...

Dice un escritor contemporáneo (Augusto Nicolás) *que las virtudes no existen para ser creídas sino para ser imitadas...*

Pues contemplemos á María—suma y compendio de todas ellas — y en su vida terrenal encontraremos enseñanzas para todas las edades, todos los tiempos, y todas las circunstancias en que nos hallemos.

De niña—á los tres años de edad—ya María practicó el acto más noble y heróico de religión, prometiendo, libre y espontáneamente, consagrar la plenitud de su existencia al servicio y adoración del Creador.

De doncella fue la admiración de todas las

gentes por su castidad, su inocencia, su sencillez, su fe viva, su ardiente caridad y su constante exactitud en el cumplimiento de la Ley de Dios.

De madre jamás se vanaglorió ni enalteció, y eso que conocía, con toda evidencia, la suma de perfecciones y grandezas de quien, hijo suyo en el tiempo, era á la vez Verbo de Dios, Hijo también del Padre Eterno, y Todopoderoso como El.

Cual la más cariñosa de las madres cuidó, con el mayor esmero y la solicitud más delicada al Divino Hijo, á quien—desde el momento mismo en que le dió á luz—además de la ternura natural de madre, ofrendó reverente el religioso respeto de sierva devota, reconociéndole y adorándole como único y verdadero Dios.



Generosa co-redentora de su linaje, el linaje humano, Ella—con igual fidelidad con que la Luna sigue en el cielo la marcha de la tierra—siguió al Redentor en todos los pasos de su abnegada vida mortal, hasta el momento mismo en que, sobre el madero de la cruz, consumó la venturosa Redención de la humanidad caída.

Y lo mismo cuando predicaba á los hombres las divinas enseñanzas, como cuando con ojos abrasados presenció los tormentos y muerte que le hicieron sufrir encarnizados enemigos, Ella fue la sola criatura humana que, sin interrupción alguna, acató totalmen-

te en su interior, la Suprema voluntad del Padre Eterno, y la única, también, que dió á la Altísima Persona del Hijo todo el culto y holocausto de entrañable amor, que en justicia, le eran debidos.

¿Quién como Ella conoció, apreció y reverenció la sublimidad y valor de la Celestial Palabra, y quien como Ella rogó con más intensidad y constancia al Supremo Señor que esa Celestial Palabra produjera, en la injusta y ciega humanidad, la tan deseada como costosísima rehabilitación de todos los hombres?...

¿Seremos pues nosotros, no ya aquella maldita raza farisaica, sino la demente muchedumbre—no menos ingrata y deícida de los actuales tiempos—que, en pago de la doctrina salvadora que nos señala el seguro y único camino de la verdadera dicha, vayamos también, en loca y estúpida carrera, al crimen espantoso de aquellos bárbaros asesinos que gritaban desaforadamente ¡Tole!... ¡Tole!... *crucifícale?*...



## EPÍLOGO

---

Fie el alma de la bondad de Dios que es mayor que todos los males que podemos hacer, y no se acuerda de nuestra ingratitud, cuando nosotros, conocidamente, queremos tornar á su amistad.

(*Santa Teresa.*--Su vida, 10.)

**S**E lee, en un libro antiguo, que un príncipe romano fue vilmente calumniado por la segunda mujer de su padre, el emperador, y que éste, indignado, le desterró de la patria, confinándole á una isla muy lejana.

Que durante muchos años vivió el príncipe vida disipada, maldiciendo constantemente de su padre y pensando en vengarse de él, hasta que cierta noche soñó que, debajo de la cama en que dormía, brotaban cuatro vides, las cuales, á su vez, echaban siete frondosas ramas entre las que se deslizaba, cautelosamente, una asqueante sierpe—parecida á la serpiente del paraíso terrenal—y la cual lanzaba ponzoña por la boca, á la vez que le picaba con furor los ojos.

Despertó aterrado el infeliz infante, y grandes fueron su espanto y su aflicción al advertir que, efectivamente, sus ojos apenas si veían.

Llamó apresurado á sus criados y les ordenó que trajeran inmediatamente á su presencia al doctor Merlín, reputado adivino de la isla.

Venido que fue el sabio, el príncipe le narró de pe á pa todo lo soñado, y cómo al despertar se encontró casi ciego; terminando su narración de esta manera:

—Yo conjeturo que este horrible sueño, que me ha dejado con terrores y sin vista, es misteriosa revelación del cielo y te suplico que lo estudies y me lo aclares, pues te juro ante Dios que nos escucha, que en la gracia divina y en tu saber confío.

—Pues lo manda así tu alteza—contestó el sabio—y es tanta la fe que manifiestas, ten por cierto que Dios me dará ciencia para que El y tú seais servidos.

Levantó su mirada al firmamento, como pidiendo inspiración; meditó breve rato; y después, dando á su voz al salir del pecho un sonido ronco—al igual que las palomas que forman á boca cerrada sus arrullos lo mismo para gemir que para amar—murmuró, casi imperceptiblemente, á fin de que sólo las oyera el príncipe, estas cortas y tremendas frases:

—La sierpe y las vides, así como los sarmientos que de éstas brotan, obedecen á una misma mano; van á un mismo fin, y contra una sola persona que eres tú. Las cuatro fecundas vides son los cuatro elementos: tierra, agua,



aire y fuego, de los que aquella adúltera se vale—como de su aguijón la sierpe—para infundir el pús de su ponzoña á las siete ramas ó fértiles sarmientos, cuajados copiosamente de hojas, tijeretas y racimos, representantes de los siete pecados capitales.

—Admirado me has, sabio Merlín—clamó el desdichado príncipe—pero indícame también el remedio que haya para que yo pueda recobrar la vista que he perdido.

—*Salgan todos los que en tu palacio son*—contestó el mago—*y tú y yo solos entraremos en la cámara donde duermes, y allí mismo te mostraré el remedio.*

Así se verificó; y una vez que se quedaron los dos solos en la cámara del príncipe, el mago separó la cama y, haciendo grandes esfuerzos, lograron levantar una gran losa de piedra que había bajo ella.

Entonces apareció una pequeña hornilla de tierra, alimentada por fuerte fuego, y encima de ella, una olla de agua hirviendo. En derredor de esa hornilla siete sopladores—á manera de fuelles—avivaban el fuego para que el agua no cesara de hervir un solo instante.

—*Mientras la olla exista y el agua siga hirviendo*—le dijo entonces Merlín—*no acabará tu mal, porque esos sopladores son siete demonios que mantienen y avivan, tenazmente, la hoguera de la hornilla.*

Ya el avisado príncipe no se acostó más en aquella cama traidora y maldecida...

La noche primera la pasó en vela, trabajando briosamente hasta destruir un soplador; y la otra, y la otra, y las cuatro subsiguientes, consiguiendo, al final de la semana, que todos los sopladores quedaran inutilizados por completo.

Inmensa fue su alegría, pues apagado el fuego, cesó el agua de hervir y él recobró la vista totalmente.

Temeroso de que el fuego renaciera de sus propias cenizas, como el ave Fénix, se apresuró á verter el agua, ya casi fría, sobre el rescaldo de la hornilla; rompió la olla de barro en siete cachos, y los arrojó, resuelto, al espumoso mar.

Igual que aparece en el espacio la esplendente luna llena, plateada, majestuosa, apacible, solitaria y aérea, así entonces surgió de entre las verdes aguas una figura esbelta, bella y arrogante, que bien pudiera ser la *victoria* que creía echar de menos Carlos V, al llegar á viejo.

—Soy emisaria de tu padre el justiciero Emperador—dijo al espantado príncipe, con iguales serenidad y parsimonia que usaba el sabio Antonio de Guevara en sus sentencias.

—Vengo á decirte, en su augusto nombre —prosiguió la aparición—que, como no hay nada oculto en este mundo que al fin no se sepa, ni nada encubierto que el tiempo no descubra, tan luego como él supo y descubrió las maldades de su infame esposa, tu madrastra, ordenó que la ahorcaran en la plaza pú-

blica, para escarmiento de malvados. Que le disculpes el desvío en que te tuvo, mientras vivió engañado, y que vuelvas presuroso á la madre patria, en la que te esperan, impacientes, sus amantes y paternales brazos.

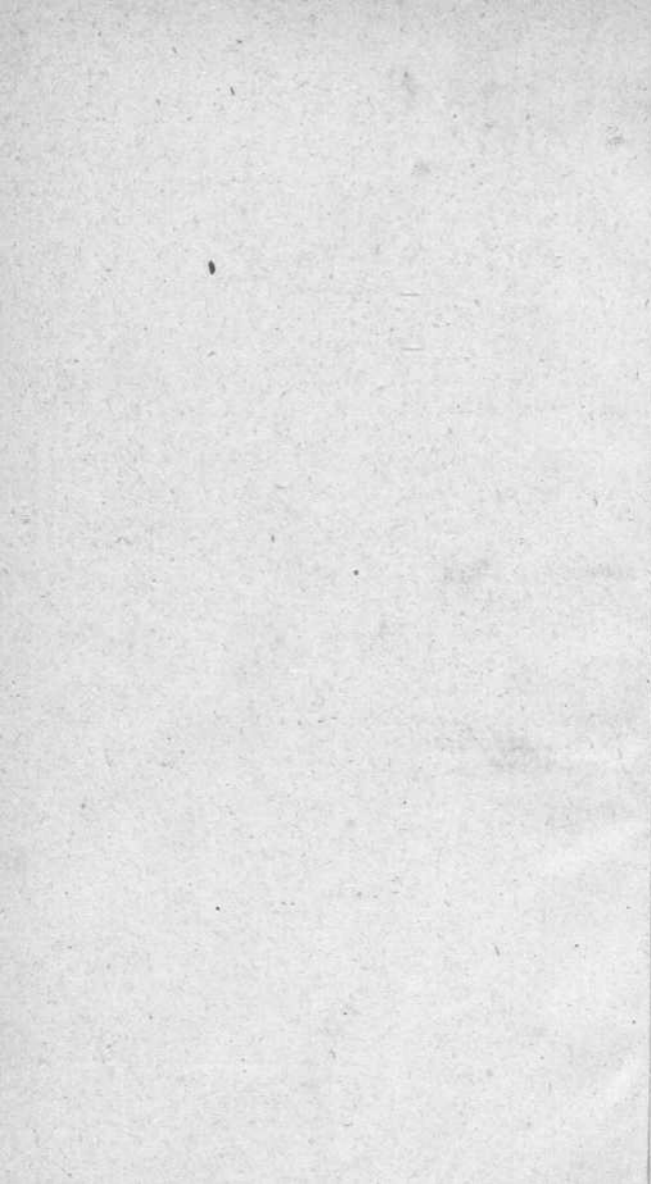
FIN DEL TOMO.



# ÍNDICE

---

<u>Capítulos</u>	<u>Páginas</u>
Al lector . . . . .	VII
Invocación. . . . .	1
I . . . . . El destierro . . . . .	8
II . . . . . La infelicidad. . . . .	19
III. . . . . ¡Non serviam! . . . . .	26
IV. . . . . La Esfinge. . . . .	40
V. . . . . El rey Midas . . . . .	47
VI. . . . . Maleficios del dios Eros . . . . .	53
VII. . . . . Belial . . . . .	63
VIII. . . . . Demasias de Epulón . . . . .	70
IX. . . . . El engendro de Eter y la Tierra . . . . .	75
X . . . . . Los quelonios . . . . .	81
XI. . . . . ¡Magnum bellum! . . . . .	91
XII. . . . . Las armas . . . . .	103
XIII. . . . . ¡Ego sum via! . . . . .	120
XIV. . . . . Los modelos . . . . .	137
Epílogo . . . . .	147







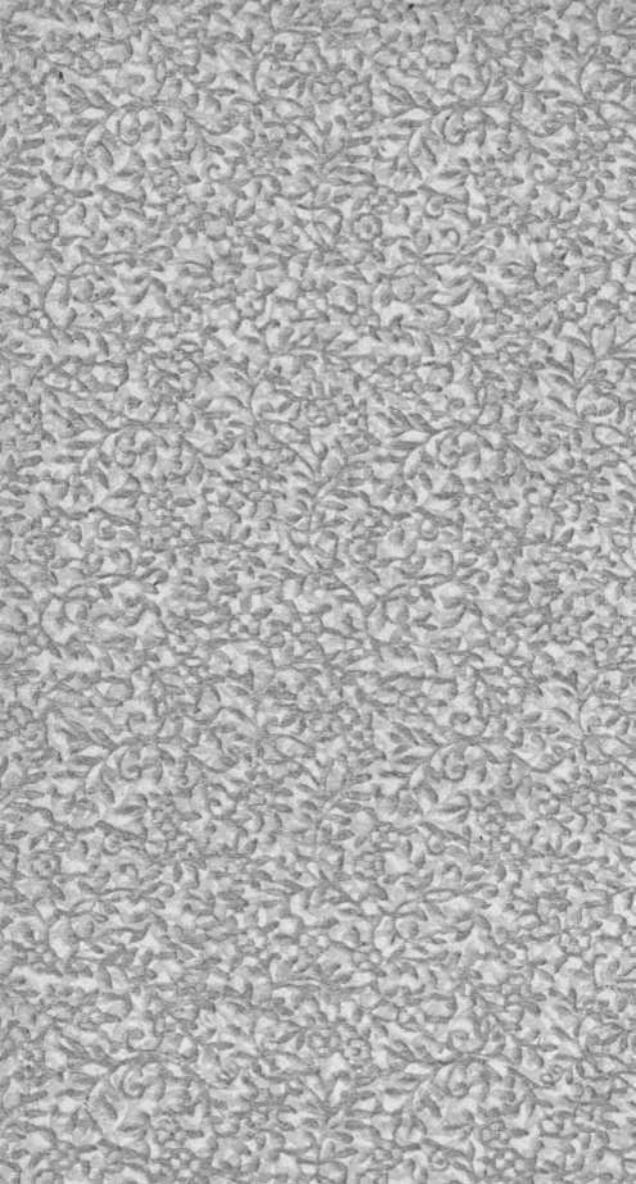


17

588

4

2



# MARQUÉS DE SAN JUAN DE PIEDRAS ALBAS

BIBLIOGRAFÍA TERESIANA

## SECCIÓN IV

Libros en los que se alude a Santa Teresa de Jesús,  
citando textos relativos a sus Obras o a su Historia.

Número.....	588	Precio de la obra.....	Ptas. ....
Estante... ..	4	Precio de adquisición. »	.....
Tabla.....	2	Valoración actual.....	»

S

B  
Y  
E  
D

588.

LA PEÑA

LUCHAR

Y VENCER

ES LEY

DE CRISTO